S XIX
6975

MEMORIAS DE UN MEDICO.

Novela de

Alejandro Dumas.

PRIMERA PARTE.

TOMO III.

CÁDIZ=1847.

Imprenta de la Casa de Misericordia, á Cargo de don F. G. de M.

XXVII.

Luisa de Francia.

LA hija mayor del rey se hallaba aguardando á su padre en la gran galeria de Lebrun, la misma en que Luis XIV, en 1683, recibiera al dux imperial y á los cuatros senadores genoveses que venian á implorar el perdon para la repùblica.

Al estremo de esta galeria, opuesto al otro por donde el rey debia entrar, se hallaban dos ó tres damas de honor que parecian consternadas.

Llegó Luis XV en el momento en que principiaban á formarse algunos grupos en las antesalas, pues la resolucion que al parecer habia formado aquella

mañana la princesa comenzaba á esparcirse en el palacio.

Luisa de Francia, princesa de talle majestuoso y de una hermosura verdaderamente régia, pero cuya purísima frente arrugaba á veces una tristeza desconocida, Luisa de Francia, decimos, imponia á toda la corte con la práctica de las mas austeras virtudes, ese respeto á los grandes poderes del Estado que de cincuenta años á aquella parte nadie sabia ya venerar en Francia sino por interés ò por temor.

A mas: en una época en que no era mucho el afecto del pueblo hácia sus monarcas,—aunque no se les daba todavìa el nombre de tiranos,—todos generalmente la apreciaban, porque su virtud no era feroz, y aun cuando jamás se hubiese hablado de ella en público, no habia nadie que no supiera que tenia buen corazon, como diariamente lo acreditaba con sus beneficios, mientras los demas se hacian célebres con el escándalo.

Luis XV temia á su hija por lo mismo que la estimaba, y aun á veces se envanecia con ella, siendo por otra parte la única de sus hijas á quien disimulaba sus chanzas picantes ó sus familiaridades triviales, y mientras llamaba *Pingajo*, *Tiritaña* y *Corneja* (1), á

(1) Largo rato hemos estado vacilando sobre si dejariamos estas tres palabras en francés— *Loque*, *Chiffe* y *Graille*—por ser los apodos que á sus hijas daba el rey Luis XV, ó sobre si las traduciríamos. Tal vez hubiéramos hecho mejor en respe-

sus tres hijas Adelaida, Victoria y Sofia, daba el tratamiento de *señora* á Luisa de Francia.

Desde que el mariscal de Sajonia se habia llevado al sepulcro el alma de los Turena y de los Condé, todo parecia pequeño alrededor del trono que habia perdido mucha parte de su grandeza y esplendor, y solo Luisa, de un catácter verdaderamente régio y que por compensacion parecia heróica, formaba el orgullo de la corona de Francia, que no tenia ya mas que esta única perla fina, en medio de su oropel y de sus piedras falsas.

No pretendemos decir con eso que Luis XV amase á su hija, pues sabido es que este monarca no amaba á nadie mas que á sì mismo. Queremos solo indicar que le mostraba mas inclinacion que á las otras.

Al entrar vió á la princesa sola en medio de la galeria, apoyada la mano en una mesa incrustada de jaspe y de lapiz lázuli.

Iba vestida de negro; sus cabellos sin polvo se ocultaban bajo el doble encaje de su cofia; su frente, menos severa que de costumbre, estaba tal vez mas triste. No miraba nada en torno suyo, y algunas veces solamente dirigia sus ojos melancólicos á los retra-

---

tar el testo original, pero nos hemos decidido á lo contrario para mejor comprension de nuestros lectores, de los cuales no todos quizá hubieran acertado el verdadero significado.

No creemos se nos culpe por esto.

(*Nota del traductor.*)

tos de los reyes de Europa, á cuya cabeza brillaban sus antepasados los reyes de Francia.

El traje negro era el vestido de viaje ordinario de las princesas, ocultando los largos bolsillos que se llevaban todavìa en aquella época, como en tiempos en que las reinas no se desdeñaban en ser amas de gobierno en su palacio, y Luisa, siguiendo su ejemplo, guardaba en su cinturon, sujetas á un anillo de oro, las muchas llaves de sus cofres y de sus armarios.

No dejó el rey de ponerse pensativo cuando vió con qué silencio, y sobre todo con qué atencion, se miraba el resultado de aquella escena; pero la galería era tan larga, que colocados los espectadores en los dos estremos de ella, no podian incurrir en la falta de indiscretos para con los actores. Veian, y este era su derecho; no oian, y este era su deber.

La princesa diò algunos pasos hácia el rey, y tomándole la mano se la besó respetuosamente.

—Dicen que marchais señora? le preguntò Luis XV. Vais á Picardía?

—No, señor, dijo la princesa.

—Entonces, ya adivino, dijo el rey alzando la voz, vais de peregrinacion á Noirmontiers.

—No, señor, respondió Luisa, me reriro al convento de Carmelitas de San Dionisio, de que puedo ser abadesa, segun sabeis.

Estremecióse el rey, pero su rostro permaneció tranquilo aunque su corazon estuviese realmente alterado.

—¡Oh! no, dijo, no, hija mia, ¿no me abandonaréis, no es verdad? Es imposible que me abandoneis.

—Padre mio, hace mucho tiempo que he elegido ese retiro, y V. M. me ha dado su autorizacion; os suplico, padre mio, que no me lo negueis ahora.

—Sí, es verdad, he dado esa autorizacion, pero despues de haberla combatido largo tiempo, bien lo sabeis. La he dado porque esperaba que en el momento de partir os faltaria valor para dejarme. Vos no podeis sepultaros en un cláustro, no; esas son costumbres olvidadas; nadie entra en un convento sino por pesares ó descalabros de fortuna. La hija del rey de Francia no es pobre, que yo sepa, y si es desgraciada nadie debe verlo.

La palabra y el pensamiento del rey se sublimaban á medida que se poseia mas y mas de ese papel de rey y de padre que jamas un actor representa mal, cuando el orgullo aconseja al uno y el sentimiento inspira al otro.

—Señor, respondió Luisa, que reparaba en la emocion de su padre, y á quien aquella emocion tan rara en el egoista Luis XV afectaba á su vez mas profundamente de lo que ella queria manifestar, señor, no debiliteis mi alma mostrándome vuestra ternura. Mi pesar no es un pesar vulgar, y hé aqui porque mi resolucion es superior á las costumbres de nuestro siglo.

—¿Conque tienes pesares? esclamó el rey en un arranque de sensibilidad. ¡Pesares tú! ¡pobre niña!

—Crueles, inmensos, señor, respondió Luisa.

—¿Y por qué me los has ocultado?

—Porque son pesares que no puede curar la mano de un hombre.

—¿Ni la de un rey?

—Ni la de un rey, señor.

—¿Tampoco la de un padre?

—Tampoco, señor.

—Sin embargo, sois religiosa, Luisa, y sacais fuerzas de la religion.

—No todas las que necesito, señor, y me retiro á un cláustro para hallar mas. En el silencio habla Dios al corazon del hombre, en la soledad habla el hombre al corazon de Dios.

—Pero haceis al Señor un sacrificio enorme que nada compensará. El trono de Francia dá una sombra auguta á los hijos educados en torno de él, ¿no os basta esas sombra?

—La de la celda es mas profunda todavia, padre mio, pues fomenta la paz del corazon, es dulce á los fuertes como á los débiles, á los humildes como á los soberbios, á los grandes como á los pequeños.

—¿Os creeis espuesta á algun peligro? En ese caso, Luisa, el rey está aquí para defenderos.

—¡Señor, defienda Dios primero al rey!

—¿Os lo repito, Luisa, os dejais estraviar por un celo mal entendido. Bueno es rezar, pero no siempre. Siendo tan buena y tan piadosa, ¿que necesidad teneis de rezar tanto?

—¡Jamás rezaré bastante, padre mio! ¡jamás rezaré bastante, ò mi rey, para conjurar todas las desgracias que van á caer sobre nuestras frentes. Esa bondad que Dios me ha dado, esa pureza que hace veinte años me esfuerzo por purificar incesantemente

no llenan todavia, á lo menos yo así lo creo, la medida de candor y de inocencia que necesita la victima expiatoria.

Luis XV dió un paso atrás y contemplando á su hija con un asombro cada vez mas creciente:

—Nunca, dijo, me habeis hablado así; os estraviais hija mia, el ascetismo os pierde.

—Oh! señor, no llameis con tan mundano nombre la abnegacion mas verdadera, y sobre todo mas necesaria que jamás súbdita alguna ha ofrecido á su rey, ni hija á su padre en una urgente necesidad. Señor, vuestro trono, cuya sombra protectora me ofreciais ahora mismo orgullosamente, vacila bajo golpes que no sentís todavía, pero que yo ya preveo. Sí, presiento abrir sordamente un abismo donde puede sepultarse de pronto la monarquia. Señor, ¿os han dicho alguna vez la verdad?

Luisa miró en torno suyo para ver si alguien podia escucharla, pero viendo á todos á bastante distancia, continuó.

—Pues bien, yo lo sé; yo, que bajo el hábito de una hermana de la misericordia he visitado veinte veces las calles mas lòbregas, las guardillas mas miserables y los sitios en que mas pululaban los desgraciados. Pues bien! en esas calles, en esas encrucijadas y en esas guardillas, señor, vuestros súbditos se mueren de hambre y de frio en el invierno, de sed y de calor en el verano. Los campos que vos no veis, porque vuestros viajes son únicamente de Versalles á Marly y de Marly á Versalles, los campos no tienen

ya granos, no diré para alimentar á los pueblos, pero ni aun para sembrar los surcos, que maldecidos no sé por qué poder enemigo, devoran y no producen. Todas esas gentes que carecen de pan rugen sordamente porque rumores vagos y desconocidos, voces siniestras y lúgubres son llevadas á sus oidos por la brisa nocturna, y esos rumores, esas voces, les hablan de hierros, de cadenas, de tiranías, y á estas palabras se despiertan, cesan de quejarse y comienzan á rugir. Por su parte, los parlamentos piden el derecho de representacion, es decir, el derecho de deciros en voz alta lo que dicen en voz baja: ¡Rey, tú nos pierdes! sálvanos ò nos verémos precisados á salvarnos nosotros mismos. Los guerreros cavan con su espada inútil una tierra donde germina la libertad que los enciclopedistas han arrojado en ella á manos llenas. Los escritores,— pues ya los ojos de los hombres comienzan á ver cosas que antes no veian,— los escritores saben el mal que hacemos al mismo tiempo que lo hacemos, y lo dicen al pueblo que murmura sordamente cada vez que vé pasar á sus monarcas. ¡V. M. casa á su hijo! En otro tiempo, cuando la reina Ana de Austria casó al suyo, la ciudad de Paris hizo presentes á la princesa Maria Teresa. Hoy, por el contrario, no solamente guarda silencio la ciudad, no solamente nada ofrece, sino que V. M. ha tenido que aumentar los impuestos para pagar los coches que conducen á una hija de César al palacio de un hijo de San Luis. Aunque mucho tiempo hace que no está acostumbrado el clero á rogar á Dios, conoce

sin embargo que las tierras están dadas, los privilegios agotados, las arcas v acías, y vuelve á orar á Dios por lo que él llama la felicidad del pueblo.—En fin, señor, ¿será menester que os diga lo que sabeis demasiado bien, lo que habeis visto con sentimiento y no habeis hablado de ello á nadie? Los reyes, nuestros hermanos, que en otro tiempo nos envidiaban, los reyes, nuestros hermanos, nos vuelven las espaldas. Vuestras cuatro hijas, señor, las hijas del rey de Francia, vuestras cuatro hijas no se han casado, y sin embargo, hay veinte principes en Alemania, tres en Inglaterra, diez y seis en los Estados del Norte, y esos sin contar nuestros parientes los Borbones de España y de Nápoles qne nos olvidan ó se alejan de nosotros con los demas. Acaso el turco se hubiera acordado de nosotras sino fuéramos las hijas del cristianísimo. Oh! no hablo por mí, padre mio, no me quejo; estoy contenta con mi suerte, puesto que me veo libre, puesto que no soy necesaria á ninguno de mi familia, puesto que en el retiro, en la meditacion y en la pobreza podré pedir á Dios que aleje de vuestra frente y de la de mi sobrina esa horrorosa tempestad que veo formarse allá abajo en el encapotado horizonte del porvenir.

—Hija mia! hija mia! dijo el rey, tus temores te hacen ver ese porvenir peor de lo que es.

—Señor, señor, dijo Luisa, acordaos de aquella profetiza real que como yo auguraba á su padre y á sus hermanos la guerra, la destruccion y el incendio; y su padre y sus hermanos se reian de sus agüeros creyéndolos insensatos. No me trateis como á ella,

padre mio, y reflexionad bien, ¡oh mi rey! sobre lo que os digo.

Luis XV se cruzó de brazos, y dejó caer la cabeza sobre su pecho.

—Hija mia, dijo, me hablais severamente; esas desgracias por las cuales me reconvenís ¿son acaso obra mia?

—No, señor, no; son de la época en que vivimos. Vos sois arrastrado como todos nosotros. Escuchad, señor, los aplausos que suenan en los teatros á la menor alusion contra la monarquía; mirad por la noche bajar con gran estrépito grupos de alegres jóvenes las pequeñas escaleras de los entresuelos cuando la escalera principal de mármol está sombrìa y desierta. Señor, el pueblo y los cortesanos han sabido buscarse placeres independientes de los nuestros; se divierten sin nosotros, ó mas bien cuando nos presentamos en los parajes donde ellos se divierten, les entristecemos. Ay! continuó la princesa con adorable melancolia, ay! pobres gallardos donceles! pobres encantadoras mujeres! amad, cantad olvidad, sed felices. Yo os incomodaba aqui, mientras que allá abajo os serviré. Aquì ahogais vuestras alegres risas temerosos de desagradarme; allá abajo pediré á Dios con todo mi corazon por el rey, por mis hermanas, por mis sobrinos, por el pueblo de Francia, por vosotros todos, en fin, á quienes amo con la energìa de un alma que ningun roze de pasion ha gastado todavìa.

—Hija mia, dijo el rey despues de un momento de silencio, os suplico que no me abandoneis, á lo menos en este instante, en que acabais de destrozar mi corazon.

Tomò Luisa de Francia la mano de su padre y fijando con amor sus ojos en la noble fisonomìa, de Luis XV, dijo:

—No, no, padre mio; no debo permanecer ni una hora mas en este palacio. Siento en mi interior fuerzas bastantes para rescatar con mis lágrimas todos los placeres á que vos aspirais, vos, qne todavía sois jóven, que sois buen padre y que sabeis perdonar.

—Quédate con nosotros, Luisa, quédate con nosotros, dijo el rey estrechando á su hija en sus brazos.

La princesa meneò negativamente la cabeza.

—Mi reino no es de este mundo, dijo tristemente desprendiéndose de los brazos paternos. Adios, padre mio. He dicho hoy cosas que hace diez años me oprimian el corazon. El peso me ahogaba. Adios; estoy contenta. Mirad como me sonrio! hasta hoy no he sido feliz. Nada echo de menos.

—Ni á mí tampoco, hija mia?

—Ay! os echaría de menos si supiera que no iba á veros mas; pero ireis algunas veces á San Dionisio, ¿no es verdad? No me olvidaréis enteramente.

—Oh! jamás! jamás!

—No os enternezcais, señor. No demos á entender que esta separacion va á ser duradera. Mis hermanas, segun creo, nada saben todavia, mis criadas son las únicas que están en el secreto. De ocho dias á esta parte estoy haciendo todos mis preparativos, y deseo ardientemente que no resuene el ruido de mi partida, sino despues de el de las pesadas puertas de San Dionisio. Este último ruido me impedirá oir el otro.

Leyó el rey en los ojos de su hija que su designio era irrevocable. Por otra parte, preferia que se marchara sin ruido, pues si Luisa temia el ruido de los sollozos por su resolucion, el rey lo temia mucho mas por sus nervios.

Ademas, queria ir á Marly, y si sufriera demasiado dolor en Versalles tendria que aplazar necesariamente el viaje.

En fin, pensaba que no volveria á encontrar ya, al salir de aquella orgía, indigna á la vez de un rey y de un padre, aquella fisonomia grave y triste que le parecia una reconvencion de su índole y perezosa existencia.

—Haz lo que mas te plazca, hija mia, dijo, y recibe la bendicion de tu padre, á quien siempre has hecho feliz.

—Besaré solo vuestra mano, señor, y dadme mentalmente esa preciosa bendicion.

Espectáculo grande y solemne era para los que estaban enterados de su resolucion el que presentaba aquella noble princesa, que á cada paso que daba se dirigia hácia sus antepasados, quienes desde el fondo de sus marcos de oro le daban al parecer las gracias porque venia, viviendo aun, á buscarlos en sus sepulcros.

Al llegar el rey á la puerta, saludó á su hija y volvió atrás sin decir una sola palabra.

La corte le siguiò como exigia la etiqueta.

XXVIII.

Lugajo, Tiritaña, y Corneja.

DIRIGIÓSE el rey á la antesala donde tenia costumbre de pasar algunos momentos antes de la caza ó del paseo, para dar órdenes particulares al género de servicio que necesitaba en el resto del dia.

Al pasar por la galería saludò á los cortesanos y les hizo una seña con la mano indicando que queria estar solo.

Luis XV quedó solo en efecto, y continuó su camino atravesando un corredor al cual tenia salida la habitacion de sus hijas. Al llegar delante de la puerta cerrada con un tapiz, se parò un instante, y meneando la cabeza, dijo en voz baja:

—No habia aqui mas que una buena, y acaba de partir.

Un atronador ruido de voces contestó á estas palabras, nada lisonjeras en verdad para las hijas que quedaban. El tapiz se levantó, y Luis XV fué saludado con las siguientes palabras, que á una le dirijieron tres voces:

—¡Gracias, padre mio!

El rey se hallaba delante de sus otras tres hijas.

—Ah! eres tù, *Pingajo*, dijo dirigiéndose á la mayor de las tres, es decir á Adelaida. Ah! pardiez! tanto peor; que te enfades ó no, he dicho la verdad.

—Ah! dijo Victoria, nada nos habeis dicho de nuevo, señor; ya sabemos que siempre habeis preferido á Luisa.

—Pardiez! has dicho una gran verdad, *Tiritaña.*

—¿Y por qué habeis de preferir á Luisa? preguntó en tono áspero Sofia.

—Porque Luisa no me atormenta, respondió con esa ingenuidad de la que Luis XV ofrecia un tipo tan perfecto en sus momentos de egoismo.

—Oh! pues no tengais cuidado, porque ya os atormentará, padre mio, dijo Sofia con un tono de aspereza que atrajo particularmente hácía ella la atencion del rey.

—¿Qué sabes tú de eso, dijo, *Corneja*? Por ventura al partir te ha revelado Luisa sus secretos? Esto seria muy estraño, porque no te ama.

—Es que debeis saber que le pago en la misma moneda, respondió Sofia.

—Muy bien! dijo Luis XV, aborreseos, detestaos,

despedazaos: ese es vuestro negocio; siempre que no me estorbeis para restablecer el òrden en el reino de las amazonas, me es indiferente. Pero deseo saber en qué puede atormentarme la pobre Luisa.

—La pobre Luisa! dijeron á un tiempo Victoria y Adelaida; torciendo las labios de dos maneras diferentes.

—¿En qué puede atormentaros? Voy á decíroslo, padre mio.

Sentóse el rey en un gran sillon colocado cerca de la puerta, de suerte que quedase libre la retirada.

—Porque Luisa, respondiò Sofìa, está un poco atormentada del demonio que agitaba á la abadesa de Chelles, y se retira al convento para hacer esperimentos.

—Vamos, vamos, dijo Luis XV, os suplico que dejeis aparte los equívocos sobre la virtud de vuestra hermana, de la cual nunca se ha hablado fuera de palacio, donde, sin embargo, se dicen tantas cosas. No seais pues *vos* la primera en empezar.

—Yo.

—Sí, *vos*.

—Oh! no hablo de su virtud, dijo Sofía, ofendida de la acentuacion particular dada por su padre á la palabra *vos* y de su repeticion afectada; digo que hará esperimentos y nada mas.

—Y bien! aun cuando se meta á aprender de alquimia y haga armas y ruedas de sillones, y toque mal la flauta ó la pandereta, destroze los clavicordios y arañe las cuerdas, ¿què mal veis en eso?

—Digo que vá á dedicarse á la polìtica.

Luis XV tembló.

—A estudiar la filosofía, la teología y á continuar los comentarios sobre la bula *unigenitus*; de suerte que cogidas entre sus pláticas gubernamentales, sus sistemas metafísicos y su teologìa parecerèmos las inùtiles de la familia.

—Si esto conduce á vuestra hermana al paraìso, ¿què mal veis en ello? replicó Luis XV, aunque bastante afectado por el punto de contacto que habia entre la acusacion de *Corneja* y la diatriba polìtica que Luisa le habia dirigido á su salida. ¿Envidias su beatitud? Eso es propio de malas cristianas.

—No, ¡pardiez! dijo Victoria; la dejo ir á donde quiera; pero no la sigo.

—Ni yo tampoco, respondiò Adelaida.

—Ni yo, dijo Sofía.

—Además, ella nos aborrecia, dijo Victoria.

—A vosotras? dijo Luis XV.

—Sì, á nosotras, á nosotras, respondieron las otras dos hermanas.

—Ya verèis dijo Luis XV, como esa pobre Luisa ha escogido el paraìso solo para no encontrarse con su familia.

Esta salida motivò una carcajada general de las tres hemanas: Adelaida, la mayor de las tres, reuniò toda su lògica para dar al rey un golpe mas mortal que los que acababan de deslizarse sobre su coraza.

—Señoras, señoras, dijo Adelaida en el tono a-

fectado que le era particular, cuando salia de esa indolencia que habia movido á su padre á darle el nombre de *Pingajo*, señoras, ¿no habeis encontrado ó no os habeis atrevido á decir al rey la verdadera razon de la partida de Luisa?

—¡Ola! ¡ola! alguna otra maldad, replicó el rey. Callad, *Pingajo*, callad!

—Oh! señor, dijo esta, bien sè que os disgustarè un poco.

—Decid que lo esperais asì, y esto será mas exacto.

Adelaida se mordió los labios.

—Pero, añadio, diré la verdad.

—Bueno! esto promete. La verdad! Os curais vos decir esas cosas. ¿Digo yo jamás la verdad? Y ya veis, no por eso me siento peor, á Dios gracias.

Y Luis XV se encojiò de hombros.

—Vamos, hablad, hermana mia, hablad, dijeron á porfia las dos princesas, impacientes por saber qué era lo que tanto debia ofender al rey.

—¡Qué corazones tan buenos! murmuró Luis XV, ¡còmo aman á su padre!

Y se consolò pensando que les pagaba en igual moneda.

—¿Sabéis, continuó Adelaida, lo que nuestra hermana Luisa temia mas en el mundo, ella, que gustaba tanto de la etiqueta? Pues era....

—Qué era?·... repitió Luis XV; sepamos, y acabemos de una vez, puesto que habeis dado principio.

—Pues bien, señor, temia la intrusion de sugetos estraños.

—¿La intrusion habeis dicho? esclamó el rey disgustado de aquel preámbulo, porque veia de antemano á donde se dirigia: la intrusion! ¿por ventura hay intrusos en mi palacio? Me obligan á recibir las personas que no quiero?

Esta era una manera bastante diestra de cambiar absolutamente el sentido de la conversacion, pero Adelaida era un sabueso demasiado fino en malicia, para permitir que le quitaran la pista cuando iba trás las huellas de alguna maldad.

—He dicho mal, señor, replicó; he dicho mal, no es esa la palabra propia; en lugar de intrusion debiera haber dicho introducion.

—Ah! ah! esclamó el rey, esa es ya una mejora; confieso que la otra palabra me disgustaba; prefiero introduccion.

—Y sin embargo, señor, continuò Victoria, creo que tampoco esa es la verdadera palabra.

--¿Pues cuál es?

--La presentacion.

--¡Ah! sí, dijeron las otras hermanas apoyando el parecer de la mayor; presentacion, esta es la palabra técnica.

El rey se mordió los labios.

--¡Ah! ¿lo creeis así? dijo.

--Sí, replicó Adelaida. Digo, pues, que mi hermana temia mucho las nuevas presentaciones.

--¿Y bien, qué tenemos con eso? esclamó el rey, que deseaba concluir cuanto antes.

--Que habrá tenido miedo de ver llegar á la córte á la señora condesa Dubarry.

--¡Ea! ¡ea! esclamò el rey con un movimiento irresistible de despecho; acabad de hablar, y no useis de tantos rodeos. ¡Cáspita! ¡còmo nos haceis perder tiempo!

--Señor, respondiò Adelaida, si he tardado tanto en decir á V. M. lo que acabo de decirle, es porque el respeto me ha contenido, y solo una òrden de V. M. podia abrirme la boca sobre semejante asunto.

--¡Sí, eh! ¡cómo si la tuvieseis siempre cerrada! cómo sino bostezárais, ni mordiérais!.....

--Pero no es menos cierto, señor, continuó Adelaida, que creo haber hallado el verdadero motivo de la retirada de mi hermana.

—Pues yo os digo que os engañais.

—¡Oh! señor, repitieron á un mismo tiempo y meneando la cabeza Victoria y Sofía; ¡oh! señor, no nos equivocamos, estamos seguras de ello.

—Ola! interrumpió Luis XV ni mas ni menos que un padre de Moliere. Ola! Ola! segun veo, aqui no hay mas que una sola opinion. La conspiracion está en el seno de mi familia. Hè aquì por què no puede verificarse esa presentacion; hè aqui porque esas señoras no estan en su cuarto cuando vienen á visitarlas y no contestan á los memoriales ni á las peticiones de audiencia.

—¿A què memoriales y á què peticiones de audiencia? preguntò Adelaida.

—Toma! bien lo sabeis; á los memoriales de la señora Juana Vaubenier, dijo Sofía.

—Y á las peticiones de audiencia de la señorita Lagne, dijo Victoria.

A estas palabras, no pudiendo ya contenerse el rey, se levantó poseido del mas violento furor; sus ojos, de ordinario dulces y tranquilos dejaron escapar una chispa de indignacion, y como, por otra parte, ninguna de las hermanas se sentia con valor para desafiar cara á cara y con valor la còlera paternal, las tres humillaron su frente ante aquella ráfaga precursora de vecina tempestad.

—¿Y direis ahora esclamò el rey, que me engañaba cuando decia que la mejor de las cuatro se habia marchado?

—Señor, dijo Adelaida, V. M. nos trata mùcho peor que á sus perros.

—¿Y sabeis por què? Porque mis perros, al verme, me acarícian, por que mis perros son verdaderamente ùnos amigos y.....á propósito, me despido de vosotras, señoras, y vòyme á visitar á Carlota, Belle-Fille y Gredinet. ¡Pobres animales! sì, los amo, y sobre todo por que lo mejor que tienen es el no ser ni hipócritas, ni falsos, ni calumniadores.

Dicho esto, saliò el rey á toda prisa, pero apenas hubo dado unos cuantos pasos en la antesala, cuando oyó á sus tres hijas que entonaban en coro la primera estrofa de una cancion, muy en boga en aquella època, compuesta contra la condesa Dubarry, y titulada *La linda Borbonesa.*

El rey estuvo por volverse atrás, y acaso lo hubieran pasado mal sus hijas, pero se contuvo y continuò su camino gritando para no oir.

—¡Señor capitan de los galgos, ola! Señor capitan de los galgos!

El empleado á quien se honraba con este tìtulo singular acudiò al momento.

—Que abran el gabinete de los perros, dijo el rey.

—Oh! señor, esclamò el empleado colocándose respetuosamente ante Luis XV, suplico á V. M. que no dé un paso mas.

—Pues què hay? sepamos, dijo el rey detenièndose en el umbral de la puerta, por debajo de la cual pasaban silvando los alientos de los perros que olian á su amo.

—Señor, dijo el empleado, dispensad mi atrevimiento, pero no puedo permitir que el rey entre en este cuarto.

—¡Ah! comprendo, dijo el rey; el gabinete no está en órden..... ¡pues bien! haced salir á Gredinet.

--Señor, murmuró el empleado pintada la mayor consternacion en su rostro, Gredinet no ha bebido ni comido hace dos dias, y se teme que tenga rabia.

--¡Oh! decididamente soy el hombre mas desdichado del universo, esclamó Luis XV. ¡Gredinet con rabia! Este es el colmo de la desgracia.

El capitan de los galgos creyò que seria muy conveniente derramar una lágrima para animar la escena.

El rey se volvió á su gabinete donde le esperaba su ayuda de cámara.

Este, al observar la desusada fisonomía del monarca, se ocultó en el alféizar de una ventana.

--¡Ay! bien lo veo murmurò Luis XV sin reparar

en aquel fiel servidor que no era un hombre para el rey, y marchando á pasos largos por su gabinete, ¡ay! bien lo veo, Choiseul se burla de mí; el delfin se considera ya medio soberano, y cree que lo será del todo cuanto haga sentar á su querida austriaca en el trono; Luisa me ama pero con sobrada dureza, puesto que la echa de ascética y me abandona; mis otras tres hijas me cantan canciones en que se me ridiculiza; el conde de Provenza traduce la *Lucrecia*; el conde de Artois recorre las callejuelas; mis perros rabian y quieren morderme. Decididamente no hay nadie que me ame mas que esa pobre condesa. Vayan pues al diablo todos los que quieran causarme pesadumbre.

Entonces, con una resolucion desesperada y sentándose junto á la mesa de despacho, junto á la mesa que habia recibido el peso de los últimos tratados y de las cartas soberbias del gran rey.

--Comprendo ahora, esclamó, el motivo por qué todo el mundo procura acelerar la llegada de la delfina. Creen que con solo presentarse aquí me haré su esclavo ó me dejaré dominar por su familia. ¡Pardiez! tiempo me queda para ver á mi querida nuera; sobre todo si su llegada me ha de ocasionar nuevos disgustos domésticos, nuevos chismes y nuevas disensiones. Vivamos, pues, tranquilos todo el tiempo que podamos, y para conseguirlo detengámosla en el camino. Ella debia, continuò el rey, pasar por Reims y Noyon sin pararse y venir en seguida á Conpiegue: mantengamos el primer ceremonial. Tres dias de recibimiento en Reims, y uno, no..... ¡pardiez! dos, ¿qué diablos! tres

dias, de fiesta en Noyon. Esto nos hará ganar seis dias, seis buenos dias.

El rey tomó la pluma y dirigió á Stainville la órden para que se detuviera tres dias en Reims y otros tantos en Noyon.

Despues, mandando llamar el correo de gabinete.

--Parte á escape, dijo, hasta que hayas entregado esta órden á la persona que indica el sobre.

En seguida escribió con la misma pluma:

«Querida condesa: hoy instalamos á Zamora en «su gobierno. Parto para Marly al momento y esta no«che iré á Luciennes á deciros lo que en este instan«te pienso.

«La Francia.»

Tomad, Lebal, dijo, id á llevar esta carta á la condesa, y portaos bien con ella; este es un consejo que os doy.

El ayuda de cámara hizo una reverencia y salió.

XXIX.

La señora Condesa de Bearne.

EL objeto primordial de tan contrarias emociones y tan encarnizadas luchas, la piedra de toque de todas aquellas disensiones de córte, tan temidas por los unos, tan anheladas por los otros, la señora condesa de Bearne, en fin, viajaba en posta camino de Paris como á su hermana habia dicho Chon.

Era este viage resultado de una de esas maravillosas invenciones, que en momentos de apuro acudian en ayuda del vizconde Juan.

No pudiendo hallar entre las damas de la córte esa madrina, tan deseada y tan necesaria, puesto que sin ella no podia verificarse la presentacion de la con-

desa Dubarry, habia echado el vizconde, allá en sus adentros, una ojeada por las provincias, y despues de haber hecho un escrupuloso registro, por los pueblos, villas y lugares, hallò lo que necesitaba en las márgenes del Mosa, en una casa enteramente gòtica, pero bastante bien conservada y de mediana apariencia.

Lo que buacaba era una vieja pleitista y un viejo proceso.

La pleitista era la condesa de Bearne.

El viejo proceso era un negocio que podia decidir de toda su fortuna y que dependia del señor de Maupeon, que hacia poco contrajera relaciones con la Dubarry, con quien él habia descubierto un grado de parentesco desconocido hasta entonces, llamándola por consecuencia su prima, y mostrando por ella una amistad y un interés que le valieron el titulo de vice-canciller que le habia dado el rey, y el de *vice* que, por abreviacion sin duda, le daba todo el mundo.

La de Bearne era lo que se llama un verdadero pleitista, muy semejante á la Condesa de Escarbaguas ó á la señora de Pimbeche, ambas escelentes tipos de aquella época, pero que por lo demás llevaban, como se vé, un notable apellido.

Agil, flaca, angulosa, siempre alerta, siempre meneando sus ojos de gato azorado bajo sus cejas grises; la señora de Bearne habia conservado el traje de las mujeres de su juventud, y como la moda, por mas caprichosa que sea, consiente en hacerse razonable algunas veces, el traje que usaban los jóvenes en 1740,

era el mismo cabalmente que en 1770 llevaban las viejas.

Chon, la querida hermana y la fiel consejera de la condesa Dubarry, se presentó en casa de la señora de Bearne bajo el nombre de la señorita Flageot, es decir, representando el papel de la hija del abogado de la de Bearne.

Recibióla esta con un vestido de flores de seda, de anchas blondas, y de insondables bolsillos, manteleta de encaje y cubierta la cabeza por una enorme cofia.

Llevaba este traje la anciana condesa no tanto por gusto cuanto por economiā. No era de esas personas que se avergüenzan de su pobreza, porque su pobreza no procedia de culpa suya, y si sentia no ser rica, era solamente por no poder dejar una fortuna digna de su nombre á su hijo, jòven, verdadero tipo provincial, tímido como una doncella, y mas adicto á las dulzuras de la vida material que á las alhagadoras fantasmas de la gloria.

Quedábale por otra parte el recurso de llamar *mis tierras* á las tierras que el abogado disputaba á los Saluces: pero como era una mujer de gran instinto, conocia que si necesitaba tomar alguna cantidad prestada sobre aquellas tierras, no hallaria ni un usurero, y eso que en Francia los habia en aquella época muy atrevidos, ni un procurador, y eso que los ha habido emprendedores, que le prestasen sobre aquella garantia, ni le adelantásen la menor suma sobre aquella restitucion.

He aqui porqué, reducida á la renta de las tierras no embargadas judicialmente, la condesa de Bearne, que contaba con mil escudos de renta poco mas ò menos, huia de la córte, donde gastaba doce libras diarias solo por alquiler del coche que arrastraba á la señora litigante para ir á visitar á los señores jueces y señores abogados.

Habia huido sobre todo porque desesperaba de sacar antes de cuatro ò cinco años su legajo del estante donde esperaba su turno. Hoy los procesos son largos; pero en fin, sin vivir la edad de un patriarca, el que entabla uno puede esperar verlo concluido, mientras que antiguamente un proceso atravesaba dos ó tres generaciones, y, como esas plantas fabulosas de *las mil y una noches*, no florecia sino al cabo de doscientos ó trescientos años.

La señora de Bearne no quería devorar el resto de su patrimonio por querer recuperar las diez dozavas partes hipotecadas, y era, como hemos dicho, lo que siempre se ha llamado una mujer de los tiempos antiguos, es decir, sagaz, prudente, fuerte y económica.

Seguramente hubiera dirigido ella misma su negocio citando, defendiendo y ejecutando mejor que un procurador, un abogado, un alguacil cualquiera; pero llevaba el nombre de Berne, y este nombre era un obstáculo para muchas cosas. De aqui resultaba que, devorada de pesares y angustias semejante al divino Aquiles, que retirado bajo su tienda sufria mil muertes cuando sonaba aquella trompeta que fingia no oir.

la señora de Bearne pasaba los dias en descifrar viejos pergaminos, caladas sus gafas sobre la nariz, y las noches en envolverse en su bata da Persia, sueltos al viento sus cabellos grises, defendiendo delante de su almohada de rollo la causa de aquella herencia reclamada por los Saluces, causa que ganaba siempre con una elocuencia de que quedaba tan satisfecha, que en circunstancias iguales la deseaba para su abogado.

Ya se comprende que en tan favorable coyuntura, la llegada de Chon, que se presentaba bajo el nombre de la señorita Flageot, debia causar, y causò en efecto, una dulce y agradable sorpresa á la señora de Bearne.

El jòven conde estaba en el ejército.

Nada se cree tan fácilmente como aquello que ardientemente se desea. Esto nos prueba el por qué la señora de Bearne se dejó cojer fácilmente en el lazo que le tendió la jóven Chon.

Sin embargo, podia concebirse alguna ligera sospecha, pues la condesa hacia ya veinte años que conocia á Flageot, á quien habia visitado mas de doscientas veces en su calle de *Leon menor*, y jamás habia observado sobre la alfombra cuadrilátera, que le habia parecido demasiado exigua para la inmensidad del gabinete, jamás, decimos, habia observado sobre aquella alfombra los ojos de un niño travieso que viniera á buscar los dulces en los bolsillos de los clientes y de las clientas.

¿Pero se trataba acaso de pensar en la alfombra del procurador, se trataba de encontrar al niño que

pudiera jugar en medio de ella, se trataba, en fin, de profundizar sus recuerdos? La señorita Flageot era la señorita Flageot y punto concluido.

Además, estaba casada, finalmente, última muralla contra todo mal pensamiento, no venia espresamente á Verdun, sino que iba á Strasburgo á reunirse con su esposo.

La señora de Bearne bien hubiera podido pedir á la señorita Flageot una carta de su padre que la diese á reconocer; pero si un padre no puede enviar á su hija, á su propia hija, sin carta, ¿á quién, pues, se dará una mision de confianza? Por otra parte, ¿á qué venian semejantes temores? á dónde conducian semejantes sospechas? con qué objeto habia andado sesenta leguas para contar semejantes fábulas?

Si ella hubiera sido rica, si, como la mujer de un banquero, de un arrendador general ò de un asentista, hubiera tenido que llevar consigo su equipage, vajilla y diamantes, habria podido pensar que era un complot tramado por los ladrones; pero la señora de Bearne se reìa grandemente cuando pensaba algunas veces en el chasco que se llevarian los ladrones, que no deberian hallarse muy bien informados para pensar en ella.

Luego que hubo marchado Chon con su traje sencillo y su mal cabriolé guiado por un solo caballo, que había tomado en una casa de postas, donde habìa dejado su silla, se convenció la señora de Bearne de que habìa llegado el momento de hacer un sacrificio; subió á su vez en un viejo coche, metiendo tal

prisa á los postillones, que pasò por Lachaussée una hora antes que la delfina, y llegó á la barrera de S. Dionisio cinco ó seis horas apenas despues de la señorita Dubarry.

Como la viajera llevaba muy poco equipaje, y como lo que mas interesaba era averiguar la certeza de lo que se habia contado, mandò parar su carruaje á la puerta de la casa del señor Flageot; calle del Leon menor.

Como ya puede imaginarse el lector, no se efectuò esto sin que un número bastante crecido de curiosos,—los parisienses los son todos,—se detuviera delante de aquel venerable coche que parecia salir de las caballerizas de Enrique IV, y que recordaba el vehículo favorito de este monarca por su solidez, su monumental arquitectura y sus cortinas de cuero arrugadas, que se corrían por medio de una varilla de cobre verdosa no sin producir terribles chirridos.

La calle del Leon menor no es una calle muy ancha.

La señora condesa de Bearne la obstruyò majestuosamente, y habiendo pagado á los postillones, les mandò que llevaran el carruaje á la posada donde acostumbraba á parar, es decir, á la del *Gallo*, situada en la calle de San German de los padres.

La condesa, sosteniéndose por medio de una grasienta cuerda que allí estaba á guisa de baranda, subió la oscura escalera que conducia á la habitacion del señor Flageot, donde reinaba una frescura que no desagradó á la vieja, fatigada por la rapidez y el calor del camino.

El señor Flageot, cuando su criada Margarita anunció á la señora condesa Bearne, se alzò sus calzones, que los habia dejado caer á causa del calor, se encasquetó una peluca que procuraba tener siempre al alcance de su mano, y se puso una gran bata.

Asi compuesto y arreglado, se dirigió sonriendo hácia la puerta, pero en aquella sonrisa se traslucia una admiracion tan pronunciada, que la condesa se creyó obligada á decirle:

--Eh! soy yo, amigo mio.

--Sí, ya lo veo, señora condesa, respondió Flageot.

Entonces el abogado, arreglando púdicamente su bata, condujo á la condesa á un sillon de cuero en el ángulo mas claro del gabinete, no sin arreglar prudentemente los papeles de su bufete, porque sabia que la condesa era muy curiosa.

--Ahora, señora, dijo galantemente Flageot, permitidme que me regocije con tan agradable sorpresa.

Negligentemente hundida la señora de Bearne en un ancho sillon, levantaba en aquel momento los piés para dejar entre la tierra y sus zapatos bordados de seda, el intèrvalo necesario para que diese paso á un almohadon de badana que Margarita ponia delante de ella; al oir al abogado, se incorporó rápidamente.

—Cómo! sorpresa? dijo calándose los anteojos que acababa de sacar de su estuche para ver mejor á Flageot.

—Sin duda, como que os suponia en vuestras tierras, señora, contestó el abogado usando de una amable lisonja para calificar las tres fanegas de huerta de la señora Bearne.

—Como veis, allí estaba; pero á vuestra primera indicacion las he abandonado.

—¿A mi primera indicacion? dijo el abogado en el colmo del asombro.

—A vuestra primera palabra, á vuestro primer aviso, á vuestro primer consejo en fin, como gusteis.

Los ojos de Flageot se dilataron hasta ponerse tamaños como las gafas de la condesa.

—Creo que he estado diligente, continuó esta, y que no os quejaréis de mi.

—Todo lo contrario, señora; pero permitidme que os diga que no veo absolutamente lo que tengo que hacer en eso.

—Còmo! dijo la condesa, ¿lo que teneis que hacer? Todo, ò mas bien, vos sois quien lo ha hecho todo.

—Yo?

—Ciertamente, vos... Pero, vamos á ver... ¿tenemos aquí algo de nuevo?

—Oh! sí, señora; se dice que el rey medita un golpe de Estado por lo cual toca al parlamento... Pero, ahora que me acuerdo... podrìais tomar alguna cosa.

—Eh! qué diantre! se trata acaso del rey? ¿Se trata de golpes de Estado?

—Pues de qué se trata, señora?

—Se trata de mi pleito, y aludiéndoos á él os decia si habia algo de nuevo.

—Oh! en cuanto á eso, dijo Flageot meneando tristemente la cabeza, nada, señora, absolutamente nada.

—Es decir, nada...

—Eso es, nada...

—Nada, desde que vuestra hija me ha hablado, pues como me vió antes de ayer, ya comprendo que no puede haber ocurrido gran cosa desde aquel momento.

—Mi hija, señora?

—Sin duda, vuestra hija, la que me habeis enviado.

—Perdonad, señora, dijo Flageot, perdonad que os diga que es imposible que os haya enviado á mi hija.

—Imposible?

—Por una razon muy sencilla, y es que no la tengo.

—Estais seguro de ello? dijo la condesa.

—Señora, respondió Flageot, tengo el honor de ser soltero.

—Vaya! vaya! esclamò la condesa.

Flageot llegò á alarmarsè; llamó á Margarita para que trajese el refresco ofrecido á la condesa, y sobre todo para que la vigilase.

—Pobre mujer! dijo para sí, habrá perdido el juicio.

—Cómo! dijo la condesa, ¿no teneis una hija?

—No, señora.

—Una hija casada en Strasburgo?

—No, señora, no, mil veces no.

—¿Y no habeis encargado á esa hija, continuó la condesa insistiendo en su idea, no habeis encargado á esa hija que me anunciase al pasar que al fin se habia señalado dia para la vista de mi pleito?

—No.

La condesa diò un brinco sobre su sillon apretando sus rodillas con ambas manos.

—Bebed un poco, señora condesa, dijo Flageot; eso os hará provecho.

Y al propio tiempo hizo una seña á Margarita, la cual aproximó dos vasos de cerveza en un plato; pero la vieja no tenia sed, y rechazò el plato y los vasos tan rudamente, que Margarita llegó á picarse, pues la buena criada tenia al parecer algunos privilegios.

—Vamos, vamos, dijo la condesa mirando á Flageot por debajo de sus anteojos: espliquémonos un poco, si os place.

—No deseo otra cosa, dijo Flageot; quedaos Margarita; la señora condesa beberá al momento; entretanto espliquémonos.

—Si, espliquémonos si quereis, porque hoy estais inconcebible, amigo mio; cualquiera diria que estos calores os han trastornado la cabeza.

—No os irriteis, señora, dijo el abogado haciendo girar su sillon sobre los dos pies de atras para alejarse de la condesa, no os irriteis y hablemos.

—Si, hablemos. ¿Decís que no teneis una hija, señor Flageot?

—No, señora, y lo siento en el alma, ya qne al parecer esto seria de vuestro agrado aunque....

—Aunque, repitió la condesa.

—Aunque por lo que hace á mí, preferiria un muchacho; los muchachos tienen mejor salida, ò mas bien causan menos pesadumbre en estos tiempos.

La señora Bearne juntò las dos manos con una profunda inquietud.

—¡Como! dijo, ¿no me habeis mandado á llamar á Parìs por una sobrina ò una prima cualquiera?

—Jamás he pensado en eso, señora, sabiendo cuanto cuesta vivir en París.

—¿Pero y mi pleito?

—Me reservo teneros al corriente cuando le toque su turno.

—¡Como! ¿cuando le toque su turno?

—Sí.

—¿Luego no le ha tocado?

—Que yo sepa, no, señora.

—¿No se ha señalado dia para su vista?

—No.

—¿Ni se trata de señalarlo?

—No, señora, no.

—Entonces esclamó la vieja levantándose, entonces quiere decir que me han engañado, que se han burlado indignamente de mí.

Flageot se subiò su peluca murmurando.

—Mucho me lo temo, señora.

—¡Señor Flageot! esclamó la condesa.

El abogado dió un brinco sobre su silla é hizo seña á Margarita, la cul se preparó á defender á su amo.

—Señor Flageot, continuó la condesa, no toleraré semejante humillacion, y me dirigiré al subdelegado de policía para que busque á la bachillera que me ha hecho ese insulto.

—¡Bah! ¡Bah! esclamó Flageot, eso es muy dudoso.

—Una vez averiguado su paradero, continuó la condesa arrebatada por la cólera, presentaré una demanda.

—¡Otro proceso! dijo tristemente el abogado.

Semejantes palabras hicieron conocer á la condesa su verdadera situacion y disiparon su arrebato.

—¡Ay! dijo, ¡llegaba tan feliz!

—¿Pero que os ha dicho esa mujer, señora?

—En primer lugar, que iba de vuestra parte.

—¡Intrigantuela!

—Y de vuestra parte me anunciaba la vista de mi pleito; esto era inminente; por mucha prisa que me diera me esponía á llegar tarde.

—¡Ay! repitió á su vez Flageot, nuestro asunto está muy lejos de hallarse en el estado que pensabais.

—¡Cómo! ¿estamos olvidados?

—Olvidados enteramente, sepultados, enterrados señora, y á no suceder un milagro, y ya sabeis, los milagros son tan raros....

—¡Oh! si, murmuró la condesa lanzando un suspiro.

Flageot contestó con otro suspiro modulado al de la condesa.

—Escuchad, señor Flageot, continuò la señora Bearne, ¿queréis que os diga una cosa?

—Decidla señora.

—No sobreviviré á esto.

—¡Oh! en cuanto á eso hariais mal.

—¡Dios mio! Dios mio! dijo la pobre condesa,

me siento sin fuerzas.

—Animo, señora, ánimo, dijo Flageot.

—¿Pero no podriais darme un consejo?

—¡Oh! sì, señora, que os volvais á vuestras tierras, y no creais en lo sucesivo á los que se presenten de mi parte sin una carta.

—Bien veo que será necesario volverme á mis tierras.

—Creo que es lo mas prudente.

—Pero creedme, señor Flageot, dijo la condesa, no nos volveremos á ver mas, á lo menos en este mundo.

—Por qué, señora?

—Porque tengo muy crueles enemigos.

--Juraría que esta ha sido una jugarreta de los Saluces.

--En ese caso la jugarreta es muy mezquina.

--Si, muy mezquina, dijo Flageot.

--¡Oh! ¡la justicia! ¡la justicia! esclamò la condesa, mi querido Flageot, es el antro de Cacò!

--¿Y eso por qué? dijo este, porque la justicia no tiene libertad para obrar, porque el parlamento está supeditado y porque el señor de Maupeon ha querido subir á canciller no contentándose con su destino de presidente.

--Señor Flageot, quisiera beber ahora.

--Margarita, gritó el abogado.

Margarita volviò á entrar, pues habiase ya retirado viendo que la conversacion iba tomando el giro mas pacifico.

--Entró, decimos, con el plato y los dos vasos que se habia llevado, y la señora de Bearne bebió lentamente su vaso de cerveza, despues de haber honrado á su abogado con el choque de su vaso; en seguida pasò á la antecámara despues de una triste reverencia y un adios mas triste todavia.

Flageot la siguió con la peluca en la mano.

Hallábase la señora de Bearne en la meseta, y ya buscaba la cuerda que servia de pasamanos, cuando una mano se colocò sobre la suya y una cabeza chocò contra su pecho.

Esta mano y esta cabeza pertenecian á un pasante de procurador que subia de cuatro en cuatro las altas gradas de la escalera.

La anciana señora, no sin murmurar en voz baja, maldiciendo veinte veces al aturdido, continuó bajando, en tanto que el pasante, que habia ya llegado á la meseta, empujaba la puerta gritando con la voz franca y alegre de los curiales de todos tiempos.

---Tomad, señor Flageot, tomad; es para los aùtos de Bearne.

Y le alargò un papel.

Volver á subir apenas oyó este nombre, dar un empellon al pasante, lanzarse sobre Flageot, arrancarle el papel, asediar al abogodo en su gabinete, hè aqui lo que la vieja condesa habia hecho antes que el escribiente hubiese recibido dos bofetones que Margarita le aplicaba ó hacia ademan de aplicarle en pago de dos besos.

--Y bien! esclamò la condesa, ¿què hay de nuevo, amigo Flageot?

--¿Cómo quereis que lo sepa, señora, si todavia está en vuestras manos el papel que nos lo ha de decir? Si teneis la bondad de entregarmelo, podremos saberlo.

--Verdad es, amigo Flageot, leed, leed pronto.

Este miró la firma del billete.

--Es de Guildon, nuestro procurador, dijo.

---Oh! Dios mio!

---Me avisa, continuó Flageot con un asombro que iba en aumento, que me disponga para la vista del pleito que está señalada para el mártes.

---Para el mártes! gritó la condesa dando un brinco, ¡para el mártes! Por Dios, Flageot, no nos chanceemos esta vez, porque no podria soportar otro engaño.

--Señora, dijo Flageot, si alguno se chancea es Guildon, y en ese caso seria esta la primera vez de su vida que gastase chanzas conmigo.

--¿Pero es suya esa carta?

--La firma dice Guildon, miradla.

--Es verdad!.....señalada la vista para el martes. Ay! amigo Flageot, ¿con que esa dama que ha ido á verme no es una intriga?

--Asi parece.

--Pero puesto que no ha sido enviada por vos..... ¿Estais seguro de que no la habeis enviado?

--¡Pues no he de estarlo, señora!

--¿Entonces quién la ha enviado?

—Eso mismo dijo yo.

—Porque al fin, alguien debe haberla enviado.

—Yo me pierdo en conjeturas.

—Y yo me ahogo en ellas.

---Ah! dejadme leer otra vez, mi querido Flageot; está señalada la vista para el martes, no hay duda, asi dice la esquela, ante el señor presidente Maupeon.

--Diablo¡ eso dice?

--Sin duda.

--Lo siento!

--Por qué?

--Porque es muy amigo de los Saluces el presidente Maupeon.

--Lo sabeis?

--No sale de su casa.

--Pues nos hallamos peor que estabamos. ¡Es mucha desgracia la mia!

--Y sin embargo, dijo Flageot, es preciso ir á visitarle.

--Me recibirá muy mal.

--Es probable.

--Ah! señor Flageot, què me decís?

--La verdad, señora.

--Como! no solamente perdeis el valor, sino que me quitais el que yo tenia.

--Delante del señor de Maupeon nada bueno puede sucederos.

--¡Llevais la debilidad hasta ese punto, vos, que sois un Ciceron!

--Ciceron hubiera perdido la causa de los Ligurios si la hubiese defendido delante de Verres, en

vez de hablar delante de César, dijo Flageot que no halló cosa mas modesta que contestar para rechazar el honor insigne que su clienta acababa de dispensarle.

--¿Con que me aconsejais que no vaya á verle?

---Dios me libre, señora, de aconsejaros semejante irregularidad; solamente os compadezco al veros obligada á tener esa entrevista.

---Me hablais, señor Flageot, como un soldado que piensa desertar de sus filas; cualquiera diria que temeis defender este pleito.

---Señora, respondió el abogado, algunos he perdido en mi vida que me presentaban mas probabilidades de ganarlo que el vuestro.

La condesa suspiró, pero reuniendo toda su energía:

---No me desanimaré por eso, dijo con una especie de dignidad que hacia un notable contraste con la fisonomía cómica de aquella conferencia, no se dirá que asistiéndome el derecho, he retrocedido ante la cábala y la intriga. Perderé el pleito, pero habré mostrado á los prevaricadores la frente de una muger de rango como no hay muchas hoy en la corte. ¿Quereis acompañarme, señor Flageot, á casa de vuestro vice-canciller?

—Señora, dijo Flageot llamando tambien á su auxilio toda su dignidad, ¿ignorais que los individuos de la oposicion del parlamento de Parìs hemos jurado no tener relaciones, fuera de las audiencias, con los que han abandonado los parlamentos en el asunto del se-

ñor de Aiguillon? Ya sabeis aquello de que de la union nace la fuerza, y como el señor de Maupeon ha tomado cartas en este negocio, y como no nos faltan motivos poderosìsimos para estar quejosos de él, permanecerèmos en nuestro campo hasta enarbolar una bandera.

—Mi pleito está en desgracia, segun veo, suspiró la condesa: abogados malquistados con sus jueces, jueces malquistados con sus clientes... No importa, seguiré con la misma constancia.

--Dios os asistirá, señora, dijo el abogado echando su bata sobre su brazo izquierdo, como un senador romano hubiera hecho con su toga.

--Este es un pobre abogado, dijo para sì la señora de Bearne, un pobre abogado, y casi me avengo á creer que tengo menos probabilidades de ganar el pleito con èl delante del parlamento, que tenía en mi casa delante de la almoada de mi cama.

Y en seguida, levantando la voz añadió con una sonrisa bajo la cual queria disimular su inquietud;

--Adios, señor Flageot, os suplico que estudieis bien la causa; nadie sabe lo que puede suceder todavia.

--¡Oh! señora, dijo Flageot, no es la defensa la que me embaraza. Será buena, y tanto que me prometo hacer en ella algunas alusiones terribles.

--¿Sobre què, señor, sobre qué?

--Sobre la corrupcion de Jerusalen, señora, que compararé con las ciudades malditas y sobre las cuales llamarè el fuego del cielo. Ya conoceis, señora, que nadie podrá equivocarse, y que Jerusalen será Versalles.

--Señor Flageot, esclamò la condesa, no me comprometais, ò por mejor decir, no comprometais mi causa.

--Ay! señora, vuestra causa está perdida con el señor de Maupeon; asi que solo se trata de ganarla á los ojos de nuestros contemporáneos, y puesto que no se nos hace justicia, daremos escándalo.

--Señor Flageot.....

--Señora, seamos filósofos, movamos ruido.

--Llévese el diablo á los abogados como tù que solo piensan en cubrirse con sus harapos filosòficos! murmuró la condesa.

Y luego continuó entre dientes.

--Vòyme á casa de Maupeon del cual tal vez saque mas partido que de tí por lo mismo que no es filósofo.

Dicho esto, la anciana señora despidióse del abogado Flageot y se alejó de la calle del Leon menor, despues de haber sido presa en dos dias de los mas crudos desengaños y de las mas dulces esperanzas.

XXX.

El vice-canciller.

MIENTRAS se encaminaba la anciana condesa á la casa del señor de Maupeon temblaba como el azogue, sin embargo de que una refleccion que se le habia ocurrido por el camino no podia menos de tranquilizarla.

Segun todas las probabilidades lo adelantado de la hora impediria que el de Maupeon la recibiese y se contentaria con anunciar su próxima visita al portero.

En efecto, serian las siete de la tarde, y aunque era aun de dia, la costumbre de comer á las cuatro, ya generalizada en la nobleza, interrumpia en general todo asunto despues de comer hasta el dia siguiente.

La señora de Bearne, que deseaba vivamente ver

al vice canciller, se consoló, sin embargo, con la idea de que no le hallaría. Esta es una de esas frecuentes contradiciones del espíritu humano que se comprenderán siempre sin poderlas esplicar.

Presentóse pues la condesa esperando que el portero la iba á despedir; tanto era lo que estaba embebida en tales ideas, que tenia ya preparado un escudo de tres libras para ablandar al Can-Cervero y obligarle á que presentara su nombre en la lista de las audiencias solicitadas.

Asì que la condesa llegó al frente de la casa, halló al suizo hablando con un ujier que al parecer le daba una òrden. Esperò discretamente temerosa de que su presencia incomodase á los dos interlocutores; pero al verla en su coche de alquiler se retirò el ujier.

El portero entonces se aproximó al coche y preguntò el nombre de la pretendienta.

--Ya se, dijo ella, que no tendré probablemente el honor de ver á S. E.

--No importa, señora, respodiò el portero, hacedme el honor de decirme como os llamais.

--Condesa de Bearne, respondiò.

--Monseñor está en casa, replicó el portero.

--¿Cierto? esclamò la señora de Bearne llena de sorpresa.

--Digo que monseñor está en casa, repitió aquel.

--Pero sin duda S. E. no recibirá á nadie.

--Recibirá á la señora condesa, dijo el portero.

La señora de Bearne bajó, no sabiendo á punto fijo si dormia ó estaba despierta. El portero tiró de un

cordon que hizo resonar por dos veces una campana. El ujier se presentò en la escalera, y el portero hizo seña á la condesa que podia entrar.

--¿Quereis hablar á monseñor? preguntò el ujier?

--Es decir que desearia ese favor sin atreverme á esperarlo.

--Tened la bondad de seguirme, señora condesa.

--¡Hablaban tan mal de este magistrado! dijo para sì la condesa siguiendo al ujier; sin embargo, tiene una buena cualidad, y es que se halla visible á todas horas. Un canciller!... pues no deja de ser estraño!

Y mientras esto pensaba se estremecia con la idea de encontrar á un hombre tanto mas áspero é intratable, cuanto que habia adquirido este privilegio por el celo que desplegaba en el cumplimiento de sus deberes. El señor de Maupeon, sepultado bajo su enorme peluca y vestido con su casaca de terciopelo negro, trabajaba en un gabinete con las puertas abiertas.

La condesa al entrar dirigió una rápida ojeada á su alrededor: pero vió con sorpresa que estaba sola, y que ninguna otra figura mas que la suya y la del flaco, amarillo y consumido canciller se reflejaba en los espejos.

El portero anunció á la señora condesa de Bearne.

El señor de Maupeon hizo un movimiento, pero tan rápido, que al mismo tiempo que se levantó, se encontrò tambien sentado en su ancho sillon.

Por lo que toca á la señora de Bearne hizo las tres cortesías de rigor.

El lijero cumplimiento que siguió á las reveren-

cias fuè un poco violento y embarazoso, pues ella no esperaba el honor... no creia que un ministro tan ocupado hiciera el sacrificio de algunas de sus horas de descanso....

El señor de Maupeon la interrumpiò diciendo que el tiempo no era menos precioso para los súbditos de S. M. que para sus ministros, que, sin embargo, habia que hacer todavia algunas distinciones entre las personas que tenian priesa, y que por lo tanto daba siempre la mejor parte de su sobrante á los que merecian estas distinciones.

La señora de Bearne hizo nuevas reverencias, á las que siguió un silencio forzado, porque allí debian cesar los cumplimientos y comenzar las preguntas.

El vice-canciller aguardaba pasando acariciadoramente su mano por la barba.

--Monseñor, dijo la condesa, he querido presentarme á V. E. para esponerle humildemente un grave negocio de que depende mi fortuna toda.

El señor de Maupeon hizo con la cabeza una lijera seña que queria decir:

--Hablad.

--En efecto, monseñor, replicò ella, sabed que toda mi fortuna, ó mas bien la de mi hijo, está interesada en el pleito que estoy actualmente siguiendo contra la familia de los Saluces.

El vice-canciller continuó acariciando su barba.

--Pero conozco tanto vuestra equidad, monseñor, que aunque me consta el interés, y aun diré, amistad que profesa V. E. á la parte contraria, no he vacilado

un solo instante en venir á suplicará V. E. que se sirva atenderme.

El señor de Maupeon no pudo menos de sonreirse al oir elogiar su equidad, pues esto se asemejaba demasiado á las virtudes apostòlicas de Dubois, á quien cumplimentaban tambien por sus virtudes cincuenta años antes.

--Señora condesa, dijo, teneis razon en decir que soy amigo de los Saluces; pero tambien teneis razon en creer qne al tomar los sellos me he despojado de toda amistad. Os contestaré, pues, dejando á un lado toda preocupacion particular como conviene al jefe soberano de la justicia.

--Oh, monseñor! bendito seais! esclamó la vieja condesa.

--Examino, pues, vuestro asunto como simple jurisconsulto, continuó el canciller.

--Y yo os doy gracias á V. E., tan hábil en estas materias.

--¿Creo que vuestro pleito vá á verse pronto?

--En la próxima semana, monseñor.

--Y ahora qué deseais?

--Que V. E. tome conocimiento de los autos.

--Los conozco ya.

--Pues bien, preguntó temblando la vieja condesa, ¿qué pensais de ellos, monseñor?

--De vuestro pleito?

--Sì.

--Digo que no queda la menor duda.

--Duda de qué? de que se gana?

--No, de que se pierde.

--¿V. E. dice que perderé mi causa?

--Indudablemente. Os darè pues, un consejo.

--Cuál? preguntó la condesa asiéndose fuertemente á esta última esperanza.

--Que si teneis que hacer algunos pagos despues de fallado el proceso.

--Y qué?

--Que tengais dispuestos vuestros fondos.

--Pero, monseñor, entonces nos arruinamos.

--Pero ya comprenderéis, señora condesa, que la justicia no puede entrar en esta clase de consideraciones.

--Sin embargo, monseñor, al lado de la justicia está la piedad.

--Precisamente por esa razon, señora condesa, se administra la justicia á ciegas.

--Sin embargo, no me negará V. E. un consejo.

--Eso es otra cosa. ¿De qué género lo quereis?

--¿No hay medio alguno de entrar en un arreglo, de obtener un fallo mas dulce?

--¿No conoceis á ninguno de vuestros jueces? preguntó el vice-canciller.

--A ninguno, monseñor.

--Es lástima! Y por otra parte los señores Saluces se hallan en íntimas relaciones con las tres cuartas partes del parlamento.

--La condesa se estremeció.

--Advertid, continuó el vice-canciller, que esto nada importa en cuanto al fondo de las cosas, porque un juez no se deja arrastrar por influencias particulares.

Esto era tan cierto como la equidad del canciller y las famosas virtudes apostólicas de Dubois. La condesa estuvo á punto de desmayarse.

--Pero en fin, continuó el canciller, luego que el juez cumple lo que la integridad exije, piensa mas en el amigo que en el estraño; esto es muy natural, y como será justo que perdais el pleito, podrán muy bien ser demasiado desagradables para vos las consecuencias.

--Oh! es espantoso lo que V. E. me dice.

--Por lo que hace á mí, señora, continuó el señor de Maupeon, podeis creer que me abstendrè; no tengo que hacer recomendacion alguna á los jueces, y cómo yo no juzgo, puedo hablar.

--Ay monseñor, yo, acá en mis adentros, sospechaba una cosa.

El vice-canciller abriò unos ojos tamaños como puños y los fijó investigadoramente en la condesa.

--Que los Saluces vivian en Paris, que estan relacionados con todos mis jueces y por último serian muy poderosos.

--Porque ante todas cosas les asiste el derecho.

--¡Ay monseñor, cuán cruel es oir salir semejantes palabras de la boca de un hombre infalible como lo es V. E.!

--Aun cuando os digo eso, replicó el señor de Maupeon con fingida sensibilidad, os aseguro que quisiera seros ùtil.

La condesa tembló; le parecia ver cierta oscuridad, ya que no en las palabras, á lo menos en el pen-

samiento del vice-canciller, y le parecia tambien que se disipaba aquella oscuridad y descubriria detras alguna cosa favorable.

--Por lo demas, señora, prosiguió el señor de Maupeon, el nombre que llavais es uno de los mas cèlebres de Francia, y es al mismo tiempo, con respecto á mì, una muy eficaz recomendacion.

--Ya, pero eso no me impedirá perder mi pleito, monseñor.

--Què quereis? yo no puedo hacer nada.

--Oh! monseñor, monseñor! dijo la condesa meneando la cabeza: ¡còmo están las cosas!

--¿Acaso quereis decir, señora, replicó sonriendo Maupeon, que allá en nuestros tiempos estaban mejor?

--Ay! si, monseñor, á lo menos asi me parece, y recuerdo con placer el tiempo en que, simple abogado del rey en el parlamento, pronuciábais aquellas hermosas arengas, que yò, jóven todavìa, iba á aplaudir con entusiasmo. Què fuego! què elocuencia! qué virtud! Ay! señor canciller, en aquellos tiempos no habia intrigas ni favores; en aquel tiempo hubiera ganado mi pleito.

--Pero teniamos á la señora de Phalaris que queria reinar en los momentos en que el rejente cerraba los ojos y á la Soutis que se colocaba por todas partes para ver si podia pellizcar alguna cosa.

--Oh! monseñor, la señora de Phalaris era una dama tan principal, y la Soutis tan buena muchacha...

--Que nada podia negárseles.

--O que nada sabian negar.

--Ah! señora condesa, dijo el canciller riéndose de una manera que admirò á la vieja litiganta, pues tan franco y natural era el aire que aquel afectaba, no me hagais hablar mal de mi administracion por amor á mi juventud.

--Pero V. E. no puede, sin embargo, impedirme que llore mi fortuna perdida y mi casa para siempre arruinada.

--Hé ahì lo que no es de nuestro tiempo, condesa; sacrificad á los ìdolos del dia, sacrificad.....

--Ay! monseñor, los ìdolos no quieren á los que vienen á adorarles con las manos vacìas.

--Qué sabeis?

--Yo?

--Sì, ¿habeis hecho acaso la prueba?

--Oh! monseñor, sois tan bueno, que me hablais como un amigo.

--Eh! somos de la misma edad, condesa.

--¡Que no tuviera yo veinte años, monseñor, y que no fuéseis vos todavia simple abogado! Defenderiais mi pleito, y no habria Saluces que pudieran conmigo.

--Desgraciadamente no tenemos ya veinte años, señora condesa, dijo el vice-canciller con un suspiro galante, y por consiguiente necesitamos implorar á los que los tienen, puesto que vos misma confesais que esa es la edad de la influencia..... Cómo! ¿No conoceis á nadie en la corte?

--Señores viejos, retirados, que se avergonza-

rian de su antigua amiga..... porque está pobre. Mirad monseñor, yo tengo entrada en Versalles, y si quisiera, iria; ¿pero á qué he de ir? Ay! vuelva yo á entrar en posesion de mis doscientas mil libras y entonces me buscarán. Haced este milago monseñor!

El canciller finjió no oir esta ùltima frace.

—En vuestro lugar, dijo, olvidaria á los viejos como ellos os olvidan, y me dirigiria á los jóvenes que tratan de reclutar partidarios. ¿Conoceis un poco á las hijas de S. M.?

—Me han olvidado.

—Y luego nada pueden hacer. ¿Conoceis al delfin?

—No.

—Y por otra parte, continò el señor de Maupeon, está demasiado ocupado con su archiduquesa, que vá á llegar, para que pueda pensar en otra cosa; pero veamos entre los favoritos.

—Ni tan solo sé como se llaman.

--El señor de Aiguillon?

--Un pobre diablo de quien se dicen cosas indignas; que se ocultò en un molino mientras los demas se batian.....

--Bah! esclamó el canciller, es preciso no creer nunca mas que la mitad de lo que se dice. Busquemos otros.

—Buscad, monseñor, buscad.

—Pero ¿por qué no? Sì...no....Sí tal...

—Hablad, monseñor, hablad.

—¿Por qué no os dirigís á la misma condesa?

—¿A la señora Dubarry? dijo la litiganta abriendo su abanico.

—Sì, es buena en el fondo,

—De veras!

—Y oficiosa sobre todo.

—Pertenezco á una casa demasiado antigua para gustarle, monseñor.

—Creo que os equivocais, condesa; lo que ella desea es trabar relaciones con buenas familias.

—¿Lo creeis asì? dijo la vieja condesa vacilando ya en su opinion.

—La consceis?

—No.

—Hé ahi el mal! pues tiene mucho influjo.

—Ah! sì, tiene mucho influjo, pero jamás la he visto.

—Ni á su hermana Chon?

—No.

—Ni á su hermana Bischi?

—No.

—Ni á su hermano Juan?

—No.

—Ni á su negro Zamora?

—Cómo su negro?

—Sì, su negro es una potencia.

—¿Ese diablillo horroroso cullo retrato se vende en el Puente Nuevo y que parece un perro dogo vestido?

—El mismo.

—¡Yo conocer á ese negrillo, monseñor! esclamó

la condesa ofendida en su dignidad; y ¿cómo quereis que le haya conocido?

--Vamos, veo que no quereis conservar vuestras tierras, condesa.

--Por qué decis eso?

--Porque despreciais á Zamora.

--Pero ¿qué puede hacer Zamora en todo eso?

--Puede hacer que ganeis vuestro pleito.

¡El, ese mozambique, hacer que gane mi pleito! Suplico que me digais como haria eso.

--Diciendo á su ama que tendria gusto en que ganaseis el pleito. Ya sabeis lo que pueden las influencias. Hace todo lo que quiere de su señora, y su señora hace lodo lo que quiere del rey.

--¿Con qué es Zamora quien gobierna la Francia?

--¡Hum! esclamó vl señor de Maupeon meneando la cabeza, Zamora es muy influyente, y yo prefiriria indisponerme mas bien con.... con la delfina, por ejemplo, que con él.

--¡Jesus! esclamò la señora de Bearne, á no ser una persona tan formal como V. E. la que me dice semejantes cosas....!

--¡Oh! es que debeis saber que no soy yo solo quien tal cosa dice, sino todos. Preguntad á los duques y pares, si olvidan, cuando van á Marly ó Luciennes, los confites para la boca ó las perlas para las orejas de Zamora. Yo, que estoy hablandoos, yo, que soy el canciller de Francia ó poco menos, ¿en que creis que estaba ocupado cuando habeis llegado? Pues estaba

estendiendo para él los despachos de gobernador.

--De gobernador?

--El señor de Zamora ha sido agraciado con el titulo de gobernador del castillo de Luciennes.

--¿El mismo titulo con que se premió al conde de Bearne despues de veinte años de servicio?

--¿Nombrándole gobernador del castillo de Blois? Si, eso es.

--¡Que degradacion, Dios mio! esclamó la vieja condesa ¿con qué la monarquía está perdida?

--A lo menos está enferma, condesa; pero de un enfermo que va á morir, ya sabeis que se saca lo que se puede.

--Sin duda, sin duda; pero todavia es necesario poder acercarse al enfermo.

--¿Sabeis lo que necesitariais para ser bien recibida por la señora Dubary?

--Qué?

--Necesitariais llevar este despacho á su negro.

--Yo!

--Magnífica entrada en materia!

--¿Lo creeis así, monseñor? dijo la condesa consternada.

--Estoy seguro de ello....

--Pero... repitió la señora de Bearne.

--Pero no conoceis á ninguna persona que sea amiga suya?

--Y vos, monseñor?

--Yo!....

--Sí.

--Yo, apurado me veria.

--Vamos, decididamente, dijo la pobre vieja desesperada con tantas alternativas; decididamente no quiere hacer nada por mí la fortuna. V. E. me recibe, como jamas he sido recibida, cuando ni aun esperaba tener el honor de verle, y sin embargo, me falta todavia alguna cosa: no solamente èstoy dispuesta á hacer la córte á la señora Dubarry, yo, una Bearne, sino que para verla no tengo incoveniente en hacerme la embajadora de ese espantoso negrillo, á quien no habria honrado con un puntapié si le hubiese encontrado en la calle, y hé aquí que no puedo llegar siquiera hasta ese pequeño monstruo.

El señor de Maupeon volvió á acariciar su barba y discurria al parecer, cuando el ujier anunció de repente:

--El señor vizconde Juan Dubarry.

A estas palabras el canciller diò una palmada en señal de asombro, y la condesa cayò sobre un sillon sin pulso y sin aliento.

--Decid ahora que os abandona la fortuna, esclamó el canciller. Ah! condesa, condesa, el cielo, por el contrario, combate en vuestro favor.

--Volviéndose en seguida hácia el ujier sin dar á la pobre vieja tiempo para recobrarse de su estupor, dijo.

--Decidle que pase adelante.

Retiróse el ujier, pero no tardó en volver á parecer, precediendo á nuestro conocido el conde Dubarry, que entró con aire desenvuelto y con el brazo en cabestrillo.

Despues de los saludos de costumbre, y cuando la condesa, indecisa y trémula, iba á levantarse para despedirse, cuando ya el canciller la saludaba con un lijero movimiento de cabeza indicando por esta señal que la audiencia estaba terminada:

--Perdonad, monseñor, dijo el vizconde; perdonad, señora, que venga á molestaros; os suplico que os quedeis.... pues que si S. E. me da permiso, solo dos palabras son las que tengo que decirle.

Volvió á sentarse la condesa sin hacerse de rogar; su corazon rebozaba de alegria y palpitaba de impaciencia.

--¿Pero tal vez os estorbaré caballero? balbuceò la condesa.

—Oh! no. Dos palabras solamente tengo que decir á S. E.; me bastan diez minutos de su precioso tiempo, el puramente necesario para esponer mi queja.

—Queja, decìs? preguntò el canciller á Dubarry.

—Asesinado! monseñor; sì, asesinado! Ya comprendeis; no puedo dejar pasar esta clase de cosas. Que se nos vilipendie, que se nos denigre, á todo esto puede uno sobrevivir; pero que no se nos degüelle, porque entonces nuestra muerte es infalible.

—Esplicaos, señor, dijo el canciller aparentando asombro.

—Pronto concluyo..... pero, Dios mio, siento interrumpir la audiencia de esta señora.

—La señora condesa de Bearne, dijo el canciller presentando la vieja dama al vizconde Juan Dubarry.

Este dió graciosamente algunos pasos atrás para

hacer su reverencia; la condesa hizo lo mismo, y ambos se saludaron con tanta ceremonia como hubieran hecho en la córte.

—Cuando acabeis, señor vizconde, dijo ella.

—Señora condesa, no me atrevo á cometer un crìmen de lesa-galanterìa.

—Hablad, señor, hablad, mi asunto es solamente relativo á intereses; el vuestro es relativo al honor, y por consiguiente teneis mas prisa que yo.

--Señora, dijo el vizconde, me valdré de vuestra amabilidad.

Y refiriò su asunto al canciller, que le escuchó gravemente.

--Necesitais testigos, dijo el señor de Maupeon despues de un momento de silencio.

--Ah! esclamó Dubarry, reconozco en voz al juez íntegro, que no quiere ceder á otra influencia que á la de la irrecusable verdad. Pues bien, os presentaré testigos...

--Monseñor, dijo la condesa, ya hay uno.

--Quién? preguntaron á un tiempo el vizconde y Maupeon.

--Yo! dijo la condesa.

--Vos, señora? esclamó el canciller.

--Oidme; ¿no ha pasado la ocurrencia en el pueblo de Lachaussée?

--Sí, señora.

--En la casa de postas?

--Sí.

--Pues bien, yo seré vuestro testigo. He pasado

por el sitio del atentado dos horas despues de haberse cometido.

--¿Cierto, señora? dijo el canciller.

--Ah! cuánto no es mi agradecimiento! dijo el vizconde.

--Por mas señas, prosiguiò la condesa, que el pueblo todo estaba sembrado de corrillos que se entretenian en referir el suceso.

--Os advierto, señora, dijo el vizconde, que si consentis en servirme en este negocio, es muy probable que los Choiseul hallen medio de haceros arrepentir de vuestra generosidad.

--Ay! esclamó el canciller, y les seria esto tanto mas fácil, cuanto que la señora condesa tiene en este momento un pleito de éxito dudoso.

—Monseñor, monseñor, dijo la condesa llevándose las manos á la frente, no hago mas que rodar de un abismo en otro.

--Apoyaos un poco en el señor vizconde, dijo el canciller á media voz y os prestará un brazo sólido.

--Nada mas que uno, dijo Dubarry; pero conozco á quien tiene dos buenos y poderosos que os puedo ofrecer.

--Ay! señor vizconde, esclamó la yieja, ¿es formal esa oferta?

--Pardiez! servicio por servicio, señora; yo acepto los vuestros; aceptad los mios. ¿Está dicho?

--Sì, los acepto, señor... Oh! es demasiada felicidad.

--Pues bien, señora, ahora mismo voy á visitar

á mi hermana; dignaos tomar un asiento en mi coche...

--Sin motivo, sin prepararme. Oh! señor, no me atrevo.

--Teneis un motivo, señora, dijo el canciller deslizando en la mano de la condesa el despacho de Zamora.

--Señor canciller, esclamó la condesa, sois mi Dios tutelar. Señor vizconde, sois la flor de la nobleza francesa.

—Estoy á vuestra disposicion, dijo el vizconde mostrando el camino á la condesa, que partió como un pájaro.

—Gracias por mi hermana, dijo en voz baja Juan al señor de Maupeon; gracias, primo mio. Me parece que he representado bien mi papel.

--Perfectamente, dijo Maupeon; pero no te olvides de contar allá abajo cómo he representado el mio. Por lo demás, te advierto que te guardes de la vieja porque es muy ladina.

En aquel momento se volvió la condesa.

Los dos hombres se encorvaron para hacer un saludo ceremonioso.

Un coche magnìfico con lacayos de régias libreas esperaba á la puerta. Subió á èl la condesa henchida de orgullo, Juan hizo una seña y el coche partió.

Luego que salió el rey de la habitacion de la Dubarry, luego que esta hubo recibido unos breves instantes á los cortesanos, la condesa quedó á solas con Chon y su hermano, el cual no se habia mostrado desde luego, á fin de que no se averiguase el estado de su herida, que era por cierto bien poca cosa.

El resultado del consejo de familia habia sido entonces que la condesa, en lugar de partir para Luciennes, como habia dicho al rey, habia marchado para París. La condesa tenia allì en la calle de Valois un pequeño palacio que servia de habitacion á toda aquella familia errante sin cesar por montes y por valles, cuando los asuntos mandaban ó los placeres exigian.

La condesa se instaló en su palacio, tomò un libro y esperò.

Durante este tiempo el vizconde preparó su plan de ataque.

La favorita no habia tenido valor de atravesar á Parìs sin asomar la cabeza de vez en cuando á la portezuela, porque uno de los instintos de las mujeres lindas es mostrarse al público, pues conocen que son dignas de dejarse ver. La condesa, pues, no tuvo inconveniente en manifestarse, de suerte que no tardò en propagarse la noticia de su llegada á Parìs, y desde las dos de la tarde hasta las seis recibió mas de veinte visitas, lo cual fué un beneficio para aquella pobre condesa, que se hubiera muerto de tedio si se hubiera quedado sola; pero gracias á esta distraccion pasó el tiempo entre meditar y coquetear.

Cuando el vizconde pasò por delante de la iglesia de S. Eustaquio conduciendo á la condesa de Bearne á casa de su hermana, el gran cuadrante señalaba las siete y media.

La conversacion que tuvo lugar en el coche, espresó bien á las claras las dudas de la condesa en aprovecharse de tan buena fortuna.

Por lo que al vizconde toca, no se cansaba de afectar aquella dignidad de protector y se deshacia en admiraciones sin número sobre la singular casualidad que proporcionaba á la señora de Bearne el conocimiento de la señora Dubarry.

Por su parte la condesa de Bearne elogiaba continuamente el tacto, la delicadeza y afabilidad del vicecanciller.

Mientras tenian lugar estas recìprocas mentiras, avanzaban los caballos con celeridad, llegando el coche á la puerta del palacio Dubarry á las ocho menos algunos minutos.

—Permitidme, señora, dijo el vizconde dejando á la señora de Bearne en un salon de recibimiento, permitidme que vaya á anunciar á la señora Dubarry el honor que la espera.

—Oh! señor, dijo la condesa, no consentiré que se la incomode.

Juan se aproximó á Zamora, que habia atisbado por las ventanas de la antesala la llegada del vizconde, y le díó una órden en voz baja.

—Oh! qué negrito tan hermoso! esclamó la condesa. ¿Es de vuestra señora hermana?

—Sì, señora; es uno de sus favoritos, dijo el vizconde.

—Oh! le felicito por ello.

Casi al mismo tiempo se abieron las dos hojas de la puerta del salon de recibimiento, y el lacayo introdujo á la condesa de Bearne en el gran salon, donds celebraba sus audiencias la señora Dubarry.

En tanto que la de Bearne examinaba suspirando el lujo de aquel delicioso retiro, Juan Dubarry habia ido á buscar á su hermana.

—Es ella? preguntò la condesa.

—En carne y hueso.

—Nada sospecha?

—Nada absolutamente.

—Y el vice-canciller?

—Tampoco. Todo conspira en nuestro favor, querida amiga.

—Entonces, puesto que ella nada sospecha, no permanezcamos mas tiempo juntos.

—Teneis razon, pues me parece que es perra vieja. Dònde está Chon?

—Ya lo sabeis, en Versalles.

—Sobre todo, que no se deje ver.

—Se lo he recomendado bastante.

—Entonces podeis entrar, princesa.

La señora Dubarry empujó la puerta del gabinete y entrò.

Aquellas dos actrices animadas del deseo de complacerse una á otra, cumplieron escrupulosamente todas las ceremonias de etiqueta desplegadas en semejantes casos en la época en que pasan los acontecimientos que referimos.

La señora Dubarry fué la primera que tomò la palabra.

—Ya he dado gracias á mi hermano, señora, dijo, por haberme proporcionado el honor de vuestra visita; y ahora os las doy á vos por haberos tomado la molestia de venir á visitarme.

—Y yo, señora, respondió la de Bearne, cuyo gozo no le cabia en el pecho, no sé qué tèrminos emplear para espresaros todo mi agradecimiento por la amable acogida que teneis á bien dispensarme.

—Señora, esclamó á su vez la condesa haciendo una reverencia respetuosa, es un deber para mí ofrecer mi respetos á una dama tan distinguida como vos, y solo deseo la ocasion de serviros.

Y hechas las tres reverencias por una y otra parte, la condesa Dubarry indicó un sillon á la señora de Bearne, mientras que se sentaba ella en otro.

XXXI.

El despacho de Zamora.

Señora, dijo la favorita á la condesa, hablad ya os escucho.

—Dispensa, hermana mia, dijo Juan que permanecia de piè, dispensa si te digo qne esta señora no viene á pretender nada, y que el objeto de su visita es desempeñar una comision que el señor canciller le ha confiado para tì.

La señora de Bearne dirigiò una mirada llena de gratitud á Juan, y presentó á la condesa el despacho firmado por el vice-canciller, en el cual se erigia á Luciennes en castillo real, y se nombraba á Zamora gobernador del mismo.

—Mucho os agradezco, señora, este servcio, dijo la condesa despues de haber dirigido una rápida ojeada al despacho, y mucho desearìa se me presentáse una ocasion para serviros igualmente.

—Oh! es cosa muy fácil, señora, esclamò la de Bearne con una vivacidad que encantó á los dos hermanos.

—De qué modo, señora? decídmelo.

—Puesto que mi nombre, señora, no debe seros desconocido....

—Còmo desconocido! una Bearne!

—¿No habeis oido hablar de un proceso de que depende toda mi fortuna?....

—Que os disputan los Saluces á lo que creo.

--Ay! si señora.

--Si, si, conozco ese asunto, dijo la condesa; S. M. hablò de él delante de mí á mi primo de Maupeon.

--¿S. M., esclamó la litiganta. S. M. ha hablado de mi pleito.

--Si, señora.

--Y en que términos?

--Ay! pobre condesa, esclamò á su vez la señora Dubarry meneando la cabeza.

--Ah! pleito perdido, no es verdad? esclamó la vieja con triste acento.

--Si os he de hablar francamente, mucho lo temo, señora.

--Lo ha dicho S. M.?

--S. M., sin manifestar su opinion, porque es prudente y delicado, consideraba al parecer á esos bienes

como propios ya de la familia de los Saluces.

--Oh! Dios mio, Dios mio, si S. M. estuviese al corriente del negocio, si supiera que se trata de una cesion procedente de una obligacion ya satisfecha.... sí, porque se han pagado los doscientos mil francos. Es cierto, muy cierto efectivamente que no tengo los recibos, pero tengo las pruebas morales, y si pudiera defenderme á mí misma delante del parlamento, demostraria por deduccion....

—Por deduccion! interrumpió la condesa que ni una palabra comprendia de la Bearne, pero que, sin embargo, parecia prestar la mas seria atencion á su defensa.

—Sì, señora, por deduccion.

—La prueba por deduccion es admisible, dijo Juan.

—Ah! lo creèis asi, señor vizconde? esclamò la vieja.

—Vaya si lo creo! contestó el vizconde sin perder en un ápice su gravedad y serio continente.

Sì, por deduccion probaria que esa obligacion de doscientas mil libras, que con los intereses devengados forma hoy un capital de mas de un millon, probaria que esa obligacion fechada de 1406 ha debido ser satisfecha por Guido Gaston IV, conde de Bearne en la hora de su muerte en 1417, puesto que se halla escrito de su puño y letra en su testamento: «en la hora de mi muerte *no debiendo nada á los hombres* y dispuesto á comparecer ante el tribunal de Dios.»

—Bien y qué? dijo la condesa.

—Y què! ya comprendereis en su consecuencia que si nada debia á los hombres, es prueba de que habia pagado á los Saluces, pues de otro modo hubiera dicho: «debiendo 200,000 libras» en lugar de decir «no debiendo nada.»

—Es indudable que lo hubiera dicho, interrumpió Juan.

--Pero no teneis otra prueba?

--¿Además de la palabra de Gaston IV? No, señora: pero advertid que á él le llamaban el irreprensible.

--Entonces vuestros adversarios tienen la obligacion.

--Sí, lo sè, dijo la vieja, y he ahì precisamente lo que embrolla el pleito.

Hubiera debido decir lo que aclara, pero la señora de Bearne veia las cosas bajo el punto de vista que mas le acomodaba.

--¿Segun eso, vuestra conviccion es que los Saluces han sido satisfechos? dijo Juan.

--Sí, señor vizconde, contestó la señora de Bearne, no me queda de ello ni la menor sombra de duda.

--¿Pero sabes, Juan, replicó la condesa volviéndose á su hermano, sabes que esa deduccion, como dice la señora de Bearne, cambia en gran manera el aspecto de las cosas?

--En gran manera, si, señora, replicó Juan.

--En gran manera para mis adversarios, conti-

nuó la condesa, porque los términos del testamento de Gaston IV son bien claros y terminantes: «no debiendo nada á los hombres.»

--No solamente es claro, sino lógico, dijo Juan. No debia nada á los hombres, luego ha pagado lo que les debia.

--Luego ha pagado, repitió la señora Dubarry.

--Ah! Sra. ¡ojalá vos fuerais mi juez! esclamó la vieja condesa.

--En otro tiempo, dijo el vizconde, en un caso semejante no se hubiera recurrido á los tribunales, pues bastaria el juicio de Dios para decidir el negocio. Por lo que hace á mí, es tal la conviccion que tengo de la justicia de la causa, que si semejante medio de defensa estuviese aun en uso, me comprometeria á ser el campeon de la Sra. condesa.

--Tanto favor, caballero?

--Lo digo como lo pienso; á mas de que no haria otra cosa que lo que hizo mi abuelo Dubarry Moore, que tuvo el honor de aliarse á la familia real de los Estuardos, cuando combatiò en campo cerrado por la jóven y hermosa Edith de Scarborough, y obligò á su adversario á confesar que mentia como un villano; por desgracia han muerto ya los tiempos aquellos de gloria y esplendor, y hoy dia los hidalgos, para discutir sus derechos, se ven obligados á someter sus causas al juicio de un enjambre de golillas, que no comprenden una frase tan clara como esta: «no debiendo nada á los hombres.»

--Pero advierte, hermano mio, que hace tres-

cientos años que se escribió esa frase, se aventuró á decir la Sra. Dubarry, y es menester contar con lo que en el tribunal se llama, segun creo, la prescripcion.

--No importa, no importa, dijo Juan, estoy convencido de que si S. M. oyese á la Sra. condesa defender su pleito, como acaba de hacerlo delante de nosotros....

--Oh! le convenceria, ¿no es verdad, caballero vizconde? estoy segura de ello.

--Y yo tambien.

--Sì, pero ¿como harèmos para que me oiga?

--Seria preciso para eso que me hiciérais el favor de ir á verme un dia en Luciennes, y como S. M. me dispensa el honor de visitarme con frecuencia.....

--Sí, no hay duda, pero todo eso depende de la casualidad.

--Vizconde! dijo la condesa con encantadora sonrisa.

--Ya sabeis que yo confio mucho en la casualidad; no tengo porqué quejarme de ella.

--Y sin embargo, la casualidad puede hacer que ni en ocho dias, ni en quince, ni acaso en tres semanas vea esta Sra. á S. M.

--Es verdad.

--Entre tanto su pleito debe verse el lùnes ó mártes.

--El mártes, señor.

--Y estamos en viérnes.

--Oh! entonces! dijo la Sra. Dubarry sentimentalmente, entonces será preciso renunciar á esta esperanza.

--Cómo renunciar? dijo el vizconde con aire profundamente pensativo; nada menos que eso.

--Si pudiese obtener una audiencia en Versalles? dijo tímidamente la Sra. de Bearne.

--Oh! no la obtendriais.

--Con vuestra proteccion, señora?

--Oh! mi proteccion nada podria hacer; S. M. aborrece los asuntos oficiales, y en este momento se ocupa solamente en uno solo.

--El de los parlamentos? preguntó la Sra. de Bearne.

--No, el de mi presentacion.

--Ah! esclamó la vieja litiganta.

--Porque bien sabeis, señora, que apesar de la oposicion del Sr. de Choiseul, á pesar de las intrigas del señor de Praslin y contrariando las opiniones de la Sra. de Grammont, el rey ha decidido que sea yo presentada.

--No, no, señora, no lo sabia; dijo la litiganta.

--Oh! pues sì, si, está ya decidido, dijo Juan.

--¿Y cuándo se verificará esa presentacion, señora?

--Muy pronto.

--El rey quiere que se verifique antes de la llegada de la delfina, á fin de poder llevar á mi hermána á las fiestas de Compiegne.

--Ah! comprendo; es decir ¿que os hallais en

disposicion de ser presentada? preguntò tìmidamente la condesa.

--Oh! si por cierto. La señora baronesa de Aloni.... ¿por supuesto que conoceréis á la baronesa de Aloni?

--Ay! no señor. A nadie conozco, pues como hace veinte años que he abandonado la córte....

--Pues bien, la señora baronesa de Aloni es la que me sirve de madrina. El rey la proteje decididamente; su marido es gentil-hombre de cámara; su hijo pasa á la guardia con promesa de obtener pronto una tenencia; su baronía se ha erigido en condado; los bonos contra la caja del rey se han permutado en acciones de la villa, y el dia de la presentacion recibirá veinte mil escudos al contado.

--Lo comprendo todo, dijo la condesa de Bearne con graciosa sonrisa.

--Ah! estoy discurriendo, esclamò Juan.

--Qué? preguntó la señora Dubarry.

--Qué lástima! añadió dando un bote sobre su asiento; ¡que lástima que no hubiese visto ocho dias antes á la señora condesa en casa de nuestro primo el vice-canciller!

--Por qué?

--Porque entonces no teniamos compromiso alguno con la baronesa de Aloni.

--Hablas, hermano como un prestigiador, dijo la señora Dubarry, y no te comprendo.

--No me comprendes?

--No.

--Apuesto cualquier cosa á que me comprende la señora condesa.

--Perdonad, señor, pero en vano procuro comprender.

--Hace ocho dias que no tenias madrina.

--Es verdad.

--Pues bien.... ¿me comprendes ahora?

--No, habla.

--Esta señora te hubiera servido de madrina, y lo que el rey hace por la Sra. de Aloni lo hubiera hecho por la señora condesa.

--La de Bearne abriò desmesuradamente los ojos.

--Ay! esclamò.

--¡Si supiérais, continuò Juan, con cuanta generosidad se ha dignado S. M. concederme todos estos favores! No habia necesidad de pedirselos, sino que se ha anticipado. Desde que se le dijo que la baronesa de Aloni se ofrecia por madrina de Juana:--«Enhorabuena, dijo, estoy cansado de todas esas necias que son mas orgullosas que yo, segun parece. Condesa, me presentaréis esa mujer, no es verdad? ¿Tiene algun pleito pendiente, algunas deudas?»

Los ojos de la condesa se abrieron mucho mas.

--Solamente, añadió el rey, me disgusta una cosa.

Ah! disgustaba á S. M. una cosa?

--Si, una sola. «Una sola cosa me disgusta, y es que para la presentacion de la Sra. Dubarry hubiera yo querido un nombre histórico.» Y al pronunciar S. M. estas palabras miraba al retrato de Carlos I hecho por Vandick.

—Sí, comprendo, dijo la vieja litiganta. S. M. de-

cia eso, á causa de la alianza de los Dubarry y Moore con los Estuardos, de que ahora mismo hablabais.

—Justamente.

—El hecho es, dijo la señora de Bearne con una entonacion imposible de describir, el hecho es que jamás he oido hablar de la familia Aloni.

—Sin embargo, es muy buena familia, dijo la condesa y ha presentado sus pruebas ó poco menos.

—Ah! Dios mio! esclamó de repente Juan, levantándose de su sillon.

—Qué es eso? esclamó la señora Dubaray procurando contener una carcajada que los gestos de su hermano hacian retozar en su cuerpo.

—¿Qué es eso, señor vizconde, os habeis pinchado tal vez? preguntó la vieja litiganta con cierto interés.

—No, dijo Juan dejándose caer suavemente sobre su sillon, no, es una idea que me ocurre.

—Qué idea? dijo la condesa riendo, casi te ha trastornado.

—Muy buena debe ser! esclamó la señora de Bearne.

--Escelente!

—En ese caso dìnosla.

—Sola una cosa tiene de mal.

—Què cosa?

—Que es de imposible ejecucion.

—Sin embargo, dila.

—Temo apesadumbrar á alguna persona.

—No importa, hablad vizconde, hablad.

—Estaba pensando que si dijera á la señora de Aloni la observacion que hacia el rey al mirar el retrato de Cárlos I...

—Oh! eso sería poco atento.

—Verdad es.

—Entonces no pensemos ya en eso.

—Qué lástima! continuó el vizconde como hablando consigo mismo, ¡las cosas marchaban tan bien! la señora condesa que tiene un gran nombre y que es una mujer de talento podia ofrecerse en lugar de la baronesa de Aloni, con lo cual á mas de haber ganado su pleito, y como la señora condesa ha hecho muchos gastos durante los diferentes viajes que ese pleito le ha obligado hacer á Paris, se la hubiera dado una indemnizacion. Ah! semejante fortuna no se presenta dos veces en la vida!

—Ah! y es verdad que no! esclamó la señora de Bearne, deslumbrada ante aquella risueña perspectiva.

En la posicion en que se hallaba la pobre litigante, cualquiera hubiera dicho lo propio que ella, y cualquiera hubiera sentido se desvaneciese tan pasajera esperanza.

—Ya ves, hermano mio, dijo la condesa con un acento de profunda compasion, ya ves como has afligido á la señora condesa, ¿no bastaba que yo le hubiese probado que nada podia pedir al rey antes de su presentacion?

—Oh! si pudiera hacer retroceder mi pleito!

—Ocho dias solamente, dijo Duburry.

—Sì, ocho dias dijo la señora de Bearne, porque

durante esos ocho dias será presentada vuestra hermana.

—Sí, pero dentro de ocho dias el rey estará en Compiegne en medio de las fiestas; la delfina habrá llegado.

—Es verdad, es verdad, dijo Juan, pero..... silencio!.... silencio! me ocurre otra idea.

—Cuál, señor, cuál? dijo la de Bearne.

—Me parece, sí, no, ¡sí, sì, sì!

La señora de Bearne repitió con ansiedad los monosìlabos de Juan.

—Habeis dicho sí, señor vizconde, esclamó la vieja condesa.

—Creo que he hallado el modo de vencer el obstáculo.

—Habla.

—Escuchad esto.

—Escuchamos.

—Tadavía es un secreto tu presentacion ¿no es verdad?

--Sin duda, solo esta señora.....

--Oh! estad tranquila! esclamó la condesa.

--Tu presentacion es un secreto; se ignora que has encontrado una madrina.

--Sin duda; el rey quiere que el suceso les coja á todos de sorpresa.

--Oh! esta vez somos felices.

--¿De veras, señor vizconde? preguntò la señora de Bearne.

--Somo felices, os lo repito, añadió Juan.

Los oidos se abrieron, los ojos se dilataron, y Juan aproximó su sillon á los otros dos sillones.

--La señora condesa por consiguiente ignora que vas á ser presentada, y que has hallado una madrina.

--Sin duda lo ignoraria, si no me lo hubiese dicho, dijo la de Bearne.

--Natural es suponer que no nos habeis visto, y de consiguiente que lo ignorais todo. Pedir una audiencia al rey.

--Pero la Sra. condesa dice el rey me la negará.

--Pedir audiencia al rey, ofreciéndole ser madrina de la condesa. ¿Comprendeis bien el busilis?.... Como ignorais que tiene una, pedis una audiencia al rey, ofreciéndoos ser madrina de mi hermana: S. M. no podrá mènos de acoger favorablemente una peticion hecha por una Sra. de vuestra clase; por lo mismo S. M. os recibe, os agradece la oferta, os pregunta cómo puede pagaros su agradecimiento, y entonces es el caso de hablar de vuestro pleito y alegar todo lo que en vuestra defensa nos habeis alegado á nosotros. S. M. escucha, se hace cargo de todo, recomienda el asunto, y os encontraréis con vuestro pleito ganado cuando lo creiais perdido.

La Sra. Dubarry fijó en la condesa una mirada de curiosidad. Esta conoció probablemente el lazo que se la tendia.

--Oh! yo, miserable criatura, dijo vivamente, ¿cómo quereis que S. M.. .!

--No hablemos mas. Creo haber mostrado en esta ocasion mi buena voluntad, dijo Juan.

--Si no se tratase mas que de eso..... dijo la condesa con ansiedad.

--La idea no es mala, replicò con enigmática sonrisa la Dubarry, la idea no es mala, pero tal vez la Sra. condesa muestre repugnancia á semejantes supercherías, aun tratándose de ganar su pleito.

--¡A semejantes supercherìas! replicó Juan; ah! no por cierto! y pregunto? quién sabrá esas supercherías?

--La Sra. tiene razon, contestò la condesa esperando salir del atolladero por medio de este sesgo, y preferiría prestarle un servicio positivo para conciliarme realmente su amistad.

--Esa es demasiada amabilidad seguramente, dijo la Sra. Dubarry con cierto acento de ironìa que no se escapò á la Sra. de Bearne.

--Pues bien todavia tengo un recurso, dijo Juan.

--Un medio?

--Sí.

--De hacer ese servicio positivo?

--¡Por mi vida, vizconde, que habeis nacido para poeta! dijo la Dubarry; y Beaumarchais, con toda su brillante imaginacion, no tiene tantos recursos como vos.

La vieja condesa esperaba con la mayor ansiedad saber en que consistia este recurso.

--Dejemos bromas á un lado, dijo Juan. Tu eres íntima amiga de la baronesa de Aloni, ¿no es cierto?

--Es muy cierto.

--Se incomodaria si no te presentase?

--Muy posible es, casi indudable.

--Supongo que no habiais de ir á decirla de buenas á primeras lo que ha dicho el rey, esto es, que no quiere para semejante cargo una nobleza adocenada. Pero tu eres mujer de talento, y ya sabrias lo que habias de decirle.

--Y qué? preguntò la favorita.

--Que cederia á esta Sra. la ocasion de prestarte un servicio, y al mismo tiempo de asegurar su suerte.

La anciana condesa se estremeció, porque aquella vez el ataque era cara á cara y no habia medio ninguno de evitarlo.

Encontró uno no obstante.

--No quisiera, sin embargo, faltar á esa Sra., y entre gente de categoria deben guardarse todos los miramientos debidos.

--Imposible le fué á la Sra. Dubarry reprimir un movimiento de despecho, que su hermano calmó con una señal.

--Advertid, Sra., dijo, que yo no os propongo nada. Teneis un pleito pendiente; á cualquiera le sucede lo mismo; deseais ganarlo, cosa muy natural, lo teneis ya perdido; y esto os desespera; disculpo esa desesperacion, y hasta me intereso por vos: he querido hallar un medio de convertir su mal estado en bueno, y veo que hago mal; pues bien, no hablemos mas del asunto.

Y Juan se levantò.

--Oh! Sr., esclamó la vieja con profundo sentimiento, pues empezaba á conocer que los Dubarry, que

hasta entonces habia tenido por indiferentes en su escrito, se inclianaban en favor de los Saluces. Oh! Sr.! todo lo contrario, reconozco y admiro vuestra benevolencia.

--Pero ya comprendeis, replicò Juan con una indiferencia perfectamente representada, que me es indiferente que mi hermana sea presentada por la Sra. de Aloni, por la Sra. de Polastron ò por la Sra. de Barne.

--Quién lo duda, Sr.?

--Partiendo pues de este principio debeis saber que lo único que me incomodaría seria que las bondades y beneficios del monarca recayesen sobre un mal corazon, que guiado solamente por un sòrdido interes, se hubiese agregado á nosotros solo para hacer su agosto, come se dice.

--Oh! eso seria lo que probablemente llegaria á suceder, dijo la Sra. Dubarry.

--Mientras vos, Sra. continuó diciendo Juan, mientras vos, que nada habeis solicitado, que apenas nos conoceis, y que de tan buena voluntad os ofreceis, sois digna bajo todos conceptos de aprovechar las ventajas de la posicion.

Bien tenia intencion la de Bearne de reclamar contra aquella buena voluntad con que la honraba el vizconde, pero la Sra. Dubarry no la dió tiempo para hablar.

--El resultado es, que semejante conducta encantaria al rey, y nada sabria negar á la persona que a observase.

--Cómo! ¿decís que el rey no sabría negar nada?

--No solo esto, sino que se anticiparia á los deseos de esa persona; no solo esto, sino que con vuestros propios oidos oiríais á S. M. decir al vice-canciller: «quiero que se sirva á la Sra. de Bearne, ¿lo entendeis Sr. Maupeon?» Pero parece que la Sra. condesa vé dificultades en que esto se haga así. Está bien. Solamente, añadió el vizconde inclinándose, espero que sabrá agradecer mis buenas intenciones.

--Estoy penetrada de gratitud, Sr. esclamó la vieja: pero....

--Qué quereis decir?

--Que la Sra. de Aloni no cederá su derecho.

--Entonces volvemos á lo que decimos al principio; no por eso tendrá menos mèrito vuestro ofrecimiento, ni S. M. se mostrará menos agradecido.

--Pero suponiendo que la Sra. de Aloni aceptase, dijo la condesa profundizando la materia, no podemos hacer perder á esa dama las ventajas....

--La bondad del rey para conmigo es inagotable, Sra. dijo la favorita.

--Si os ofreciera mis servicios, Sra. replicó la vieja condesa estimulada á la vez por su interés y por la comedia que se representaba con ella, no atenderia al buen éxito de mi pleito: porque al fin ese pleito, que todo el mundo mira hoy como perdido, dificilmente se ganará mañana.

--Ah! sin embargo, si el rey quisiese, respondió el vizconde apresurándose á combatir aquella nueva duda.

—Pues bien, la Sra. condesa tiene razon, vizconde, dijo la favorita, y yo soy de su parecer.

—Qué decís? esclamò el conde abriendo tamaños ojos.

—Digo, que seria honroso para una mujer que lleva un nombre tan ilustre como el de la Sra. condesa, que el proceso marchase como debe marchar. Solamente que nadie puede poner trabas á la voluntad del rey, ni detenerle en el camino de su munificencia. ¿Y si el rey, no queriendo, sobre todo en la situacion en que se halla con sus parlamentos, si el rey, no queriendo cambiar el curso de la justicia ofreciese á la Sra. condesa una indemnizacion?

—Honrosa, se apresuró á decir el vizconde. Oh! sí hermana mia, soy de tu parecer.

—Ay! esclamò lastimosamente la litiganta, ¿cómo indemnizar la pérdida de un pleito que asciende á 200,000 libras?

—En primer lugar por una donacion real de 100,000 libras, dijo la Sra. Dubarry.

Los dos hermanos miraron ávidamente á su víctima.

—Tengo un hijo, dijo la anciana condesa.

—Tanto mejor, con eso habrá un defensor mas para el Estado y un nuevo defensor del rey.

¿Creeis, Sra., que podria hacer algo en favor de mi hijo?

—Yo respondo de ello, dijo Juan, y lo menos que puede esperar es una tenencia en la guardia real.

--Teneis mas parientes? preguntó la favorita.

--Un sobrino.

--Pues bien, ya buscaríamos alguna cosa para el sobrino. Y os darémos ese encargo, vizconde, puesto que acabais de probarnos que teneis una imaginacion muy fecunda, dijo riendo la favorita.

--Veamos: si S. M. hiciese por vos todas estas cosas, Sra. dijo el vizconde, que siguiendo el precepto de Horacio queria llevar las cosas á su desenlace, os pareceria el rey razonable?

—Me parecerá generoso sobre todo encarecimiento, y daria un millon de gracias á esta Sra. convencida de que debia á ella tanta generosidad.

—Así, pues, Sra. preguntó la favorita, ¿tomais seriamente nuestra conversacion?

—Sí, Sra. dijo la vieja condesa algo turbada por el compromiso que acababa de contraer.

—Y permitis que hable de vos á S. M.?

—Es pero que me procureis ese honor, respondió la litiganta lanzando un suspiro.

—Pues descuidad que lo haré esta misma noche, dijo la favorita levantándose; y ahora espero haber conquistado vuestra amistad, Sra.

—La vuestra es tan preciosa para mí, respondió la vieja haciendo nuevas reverencias, que á la verdad creo que me hallo bajo el influjo de un sueño.

—Veamos, recapitulemos, dijo Juan: en primer lugar, 100.000 libras por via de indemnizacion de los gastos del pleito, viajes, honorarios de abogados, etc. etc.

—Sí, Sr.

—Despues una tenencia para el jóven conde.

—Oh! seria un buen principio de carrera.

—Y alguna cosa para un sobrino, ¿no es verdad?

—Alguna cosa?

—Ya encontrarémos alguna cosa, eso queda á mi cargo.

—¿Y cuando tendrè el honor de volver á veros, Sra. condesa? proguntó la de Bearne.

—Mañana por la mañana os enviaré mi coche para que paseis á Luciennes, donde estará el rey. Mañana á las diez habré cumplido mi promesa; S. M. estará ya avisado, y no tendreis que esperar.

—Permitid que os acompañe, dijo Juan ofreciendo el brazo á la condesa.

—No lo consentiré, dijo la vieja: os suplico, Sr. que os quedeis; nada de molestias.

Juan insistió.

—A lo menos hasta la meseta de la escalera.

--Puesto que os empeñais....

Y se apoyó en el brazo del vizconde.

--Zamora! dijo la condesa.

Zamora se presentó.

--Que alumbren á la Sra. hasta el portal, y que arrimen á la puerta el coche de mi hermano.

Zamora partió como un rayo.

--En verdad que me confundìs con vuestros favores, dijo la Sra. de Bearne.

Y ambas condesas se dirigieron su ultima reverencia.

Al llegar á la meseta de la escalera, el vizconde Juan abandonó el brazo de la Sra. de Bearne, y se volviò hácia su hermana, mientras apuella bajaba majestuosamente la escalera.

Zamora marchaba delante: detras de Zamora seguian dos lacayos con achas encendidas, y despues la Sra. de Bearne, cuya cola, algo corta, llevaba otro lacayo.

Los dos hermanos se asomaron á una ventana á fin de seguir hasta su coche con la vista á aquella preciosa madrina, buscada con tanto cuidado y hallado con tanta dificultad.

—Asì que la Sra de Bearne llegó al piè de la escalera, entraba en el patio una silla de posta, y una jòven abria la portezuela y saliò del coche con precipitacion.

—Ah! señorita Chon! esclamó Zamora abriendo desmesuradamente sus gruesos labios; ¡buenas tardes, señorita Chon!

La Sra. de Bearne quedó clavada en su sitio; acababa de reconocer en aquella jòven á la supuesta hija del abogado Flageot.

Dubarry habíase inclinado fuera de la ventana, y desde ella hacia muchas señas á su hermana, que no le veia.

—¿Está aquí ese simple de Gilberto? preguntó Chon á los lacayos sin ver á la condesa.

—No, Sra.; respondió uno de ellos; no le hemos visto.

Chon levantò entonces los ojos, viò las señas que

Juan no se cansaba de repetir, y siguiendo la direccion de su mano, tropezó con la Sra. de Bearne.

Al reconocer la hermana de la favorita, á la condesa exhaló un apagado grito, se cubrió el rostro y apresuróse á entrar en la casa.

Sin embargo, la vieja, como si en nada hubiese reparado, subiò al coche, y diò las señas de su casa al cochero.

XXXII.

EL rey habia partido para Marly, segun se acordarán nuestros lectores, pero sobre las tres de la tarde mandó poner el coche y partiò para Luciennes.

Debia suponer que la condesa Dubarry, apenas recibiera su billete, se apresuraria á dejar tambien á Versalles para ir á esperarle en la encantadora habitacion que recientemente se habia hecho para ella, y que el rey habia ya visitado por dos ò tres veces sin haber pasado allì la noche, bajo el pretesto de que Luciennes no era castillo Real.

No fué por consiguiente poca su sorpresa cuando al llegar encontró á Zamora que, poco engreido á la verdad con su nueva plaza de gobernador, se diver-

tia en arrancar las plumas de una cotorra que hacia todo lo posible para morderle.

Los dos favoritos eran rivales, como el Sr. de Choiseul y la Sra Dubarry.

El rey se instaló en el salon y despidiò á su comitiva.

No tenia costumbre de preguntar á los criados ni á los lacayos, apesar de ser el caballero mas curioso de su reino; pero Zamora no èra un lacayo, sino cierta cosa que ocupaba su rango entre el titi y la cotorra.

El rey, pues, preguntó á Zamora.

--La condesa está en el jardin?

--No, Sr.; dijo Zamora.

Esta palabra reemplazaba el tìtulo de magestad, de que la Dubarry, por uno de sus caprichos, habia despojado al rey en Luciennes.

—Entonces, ¿estará en el estanque de los peces?

A fuerza de gastos considerables habia hecho sobre la montaña un lago, que se alimentaba con las aguas del acueducto, y habia trasladado á él los peces mas lindos de Versalles.

—No, señor, volviò á responder Zamora.

—Pues dónde está?

—En Parìs, señor.

—Cómo en París!.... ¿No ha venido á Luciennes la condesa?....

—No, señor, pero ha enviado aquì á Zamora.

—Para qué?

—Para esperar al rey.

—Ah! ah! esclamò Luis XV, te ha encargado que me recibas; pues digo que es divertida la sociedad de Zamora. Gracias, condesa, gracias.

Y el rey se levantò algo despechado.

—Oh! no, dijo el negro, el rey no tendrá la sociedad de Zamora.

—Y por qué?

—Porque Zamora se vá.

—Y á dónde vas?

—A París.

—Entonces me quedo solo. Me alegro. ¿Pero qué vas á hacer en Parìs?

—A ver á mi ama y decirle que el rey está en Luciennes.

—Ah! ah! ¿es decir qne la condesa te ha encargado que me digas eso?

--Si, señor.

--¿Y no ha dicho lo que yo haria mientras la esperase?

--Ha dicho que dormiriais.

--Ah! se dijo á sí mismo el rey; entonces quiere decir que no va á tardar, y sin duda quiere darme alguna sorpresa.

En seguida añadió en voz alta:

--Pues marcha pronto y vuelve con la condesa... Pero á propòsito, ¿cómo vas á ir?

En el caballo blanco con mantilla encarnada.

--¿Y cuánto tiempo necesitas para llegar á París en el caballo blanco?

--No lo sé, dijo el negro, pero se vá pronto, muy

pronto. A Zamora le agrada andar de prisa.

--Bah! pues no es malo que le agrade á Zamora el ir de prisa.

Y se asomó á la ventana para ver partir á Zamora.

Un lacayo le ayudó á montar, y el negro, gracias á esa feliz ignorancia del peligro, que pertenece esclusivamente á la infancia, partió al galope, casi invisible sobre su gigantesca montura.

Luego que el rey quedó solo, preguntò al lacayo si habia que ver alguna cosa nueva en Luciennes.

--Si, señor, respondió el criado, el señor, Boucher que está pintando el gabinete de la señora condesa.

--Ah! Boucher. ¡Ese pobre Boucher! ¿está aquì? dijo el rey con una especie de satisfaccion, ¿y dónde decìs que está?

--En el pabellon, en el gabinete; ¿quiere S. M. que le acompañe?

--No, no quiero, me gusta mas ver los peces. Dame un cuchillo.

--Un cuchillo, señor?

--Sí, y un pan grande.

El lacayo volvió al punto trayendo en un plato un pan grande, en el que venia clavado un cuchillo largo y cortante.

El rey hizo seña al lacayo que le acompañase y se dirigiò frotándose las manos hácia el estanque.

Era una tradicion de familia dar de comer á los peces, y el gran rey no faltó á ella ni un solo dia.

Luis XV se sentó sobre un banco de musgo, desde donde se disfrutaba la mas pintoresca vista que darse pueda.

En primer lugar, abarcaba el pequeño lago con sus orillas cubiertas de céspes; mas allá la aldea situada entre dos colinas, una de las cuales se eleva al Este como la roca cubierta de musgo de que nos habla Virgilio, de suerte que las casas con techos pajizos que sostiene, parecen juguetes de niños embalados en una caja llena de helecho.

Mas distantes se distinguian las casas de San German, sus gigantescas escaleras y las infinitas macetas de flores de sus azoteas; algo mas lejos los ribazos azules de Saunois y de Cormeilles; en fin, un cielo teñido de rosa y gris, encerrando todo aquello como hubiera podido hacerlo una magnífica y pulimentada cúpula de cobre.

Algo tempestuoso estaba el tiempo, contribuyendo el follaje á dar un cierto color oscuro á los verdes prados; el agua inmóvil y unida como una vasta superficie de aceite, se abria de repente algunas veces cuando desde el fondo se lanzaba algun pez semejante á una saeta de plata para coger la mosca de los estanques que arrastraba sus largas patas sobre el agua. Entonces dibujábanse sobre la superficie estensos circulos, que engrandeciéndose progresivamente, cubrian toda la superficie del lago con sus hondas blancas mezcladas con negruzcos circulos.

Veíase tambien por las orillas elevarse los hocicos de los silenciosos peces, que seguros de no hallar ni el

anzuelo ni la red, iban á morder las ramitas en el agua, hundir las matas y mirar con sus ojos fijos, que parecen no ver, las lagartijas y las ranas recreándose entre los juncos.

Cuando el rey, á fuer de hombre que sabe como se pierde el tiempo, hubo mirado el paisaje por todos lados y contado las casas de la aldea y pueblos inmediatos, cogiò el pan del plato que habian dejado á su lado y se puso á cortarlo en grandes pedazos.

Los peces oyeron chillar el acero sobre la corteza, y familiarizados con aquel ruido que les anunciaba la comida, vinieron tan cerca como era posible, á presentarse á S. M. para que se sirviera darles su ordinario refrijerio. Lo mismo hacian con cualquier lacayo; pero el rey creyó que salian al fresco solo por él.

El rey arrojó uno tras otro los pedazos de pan, que cayendo primero, y apareciendo despues en la superficie del lago, eran disputados por algun tiempo, pero desmenuzándose en seguida, en un abrir y cerrar de ojos.

Era, en efecto, un espectáculo muy curioso y divertido ver todas aquellas cortezas de pan empujadas por hocicos invisibles, y agitándose sobre el agua hasta el momento en que se sepultaban para siempre.

Al cabo de media hora, S. M., que habia tenido la paciencia de cortar cien pedazos de pan, sobre poco mas ó menos, tuvo la satisfaccion de no ver sobrenadar ni uno solo.

Pero tambien entonces empezó el rey á fastidiarse, y se acordò que Boucher podia proporcionarle una distraccion algo menos picante que la de los peces; pero en el campo es preciso conformarse con lo que buenamente se encuentra.

Dirigióse, pues, el rey al pabellon. Boucher estaba ya avisado. Mientras pintaba, ó mas bien mientras fingia què estaba pintando, seguia á Luis XV con la vista; asi es que pudo verle perfectamente encaminarse hácia el pabellon, y enajenado de gozo, se puso á pintar con aire distraido, pues se le habia encargado que aparentase ignorar que el rey estaba en Euciennes. Oyó el ruido de los pasos del rey, y empezó á bosquejar un amor mofletudo en el acto de robar una flor á una pastorcita vestida con un corpiño de razo azul y cubierta la cabeza con un sombrerito de paja.

Temblábale la mano, y el corazon le latia. Luis XV se detuvo en el umbral.

--Ah! Sr. Boucher, le dijo, ¡còmo apestais á tremetina!

Y pasó de largo.

El pobre Boucher, que, aun cuando suponia al rey muy poco artista, esperaba otro cumplimiento, estuvo á punto de caer de su andamio.

Bajó y se retiró con las lágrimas en los ojos. sin raspar su paleta, ni lavar sus pinceles, cosa que no dejaba de hacer todas las tardes al terminar su tarea.

S. M. sacó el reloj. Eran las siete.

En seguida entró en el castillo, hizo rabiar al mono y hablar á la cotorra, y sacò de los armarios todos los juguetes de china que contenian.

Llegó la noche.

No gustaban á S. M. las habitaciones oscuras y por lo mismo encendieron luces.

Pero tampoco le gustaba la soledad.

--Que estén prontos mis caballos para dentro de un cuarto de hora, dijo el rey. Pardiez! añadió, todavia le doy un cuarto de hora, pero ni un minuto mas.

Y Luis XV se acostó sobre el sofá enfrente de la chimenea, tomandose el trabajo de esperar que los quince minutos, es decir novecientos segundos, fuesen transcurridos.

A las pocas vibraciones del péndulo que representaba un elefante azul montado por una sultana color de rosa, S. M. dormia.

Como es fácil comprender, al volver el lacayo para anunciarle que el coche estaba dispuesto, y viéndole dormido, se guardó bien de despertarle. De esta atencion resultò que al despertar el rey vió en frente de él á la Dubarry muy poco dormida, segun á lo menos parecia, y que le miraba fijamente. Zamora esperaba en el ángulo de la puerta las òrdenes que quisieran darle.

—Ah! sois vos, condesa, dijo el rey permaneciendo sentado, pero volviendo á tomar la posicion vertical.

—Si, Sr., yo soy; hace mucho tiempo que estoy aquì, dijo la condesa.

—Oh! ¿mucho tiempo, eh?

—Lo menos una hora. Oh! cómo duerme V. M.!

—Qué habia de hacer! no estabais aquí, y me aburria; ademas duermo tan mal por las noches! ¿Sabeis que me iba á marchar?

—Sì, he visto los caballos de V. M. enganchados.

El rey mirò el péndulo.

—Son las diez y media, dijo, he dormido cerca de tres horas.

—Y luego diréis que no se duerme en Luciennes.

—Pardiez! si! Pero ¿qué diablo veo allì? esclamò el rey reparando en Zamora.

—El goberdador de Luciennes, señor.

—Todavía no, todavìa no, dijo el rey riendo. ¿Cómo es que ese tunante ha de vestir el uniforme antes de ser nombrado? Cuenta sin duda con mi palabra?

—Señor, vuestra palabra es sagrada, y todos tenemos el derecho de contar con ella. Pero Zamora tiene mas que vuestra palabra, ó mas bien, menos que vuestra palabra, señor; pues tiene su despacho.

—Cómo!

—El vice-canciller me lo ha enviado, miradle. Ahora solo falta el juramento para su instalacion: mandadle jurar pronto y que nos guarde.

—Acercaos, señor gobernador, dijo el rey.

Zamora se aproximó; vestia un uniforme con cuello bordado; llevaba las charrateras de capitan, calzon corto, medias de seda, y espada larga.

—¿Sabrá jurar por sì solo? dijo el rey.

—Creo que sí; haced la prueba, señor.

—Avanzad á la órden, dijo el rey mirando con curiosidad al negro.

—De rodillas, dijo la condesa.

—Prestad juramento añadió Luis XV.

El niño puso una mano sobre su corazon, y la otra en las manos del rey, y dijo:

—Juro obediencia y homenage á mi amo y á mi ama; juro defender hasta la muerte el castillo cuya guardia se me confia, y comerme hasta el último cucurucho de confites antes que rendirme si me atacan.

El rey se echó á reir tanto de la fórmula del juramento, como de la seriedad con que Zamora lo pronunciaba.

—En premio de este juramento, replicò tomando la gravedad conveniente, os confiero, Sr. gobernador, el derecho soberano, derecho de alta y baja justicia sobre todos los que habitan el aire, la tierra, el fuego y el agua de este castillo.

—Gracias, Sr., dijo Zamora levantándose.

—Y ahora, dijo el rey, vete á pasear tu hermoso uniforme por las cocinas, y déjanos en paz. Anda.

Zamora saliò.

Al salir el negro por una puerta, Chon entró por otra.

—Ah! estais aquì, querida Chon. Buenos dias.

El rey la atrajo hácia sus rodillas y la abrazó.

—Ea, mi querida Chon, continuò, vas á decirme la verdad.

—Mirad, señor, dijo Chon, á mala parte os vais. La verdad! Creo que seria esta la primera vez de mi vida. Si quereis saber la verdad, dirigios á Juana que no sabe mentir.

—Es eso cierto, condesa?

—Señor, Chon tiene formada una opinion demasiado buena de mí. El ejemplo me ha perdido, y desde esta tarde sobretodo estoy decidida á mentir como una verdadera condesa, si no conviene decir la verdad.

—Ah! dijo el rey, parece que Chon tiene alguna cosa que ocultarme.

--No, á fé mia!

--Algun duquecillo, algun marquesito ó vizconde á quien habrán ido á ver.

--No lo creo, contestó la condesa.

--Qué dice á eso Chon?

--No lo creemos, Sr.

--Será preciso que me proporcione algun informe de la policìa.

--¿De la del Sr. de Sartines, ò de la mia?

--De la del Sr. de Sartines.

--En cuánto pagaréis ese informe?

--Si me dice cosas curiosas, no regatearé.

--Entonces dad la preferencia á mi policía, y tomad mi informe. Os serviré.... régiamente.

--Os venderéis á vos misma?

--Por qué no, si la suma vale el secreto?

--Pues blen, sea. Veámos el informe; pero nada de mentiras.

--La Francia, me insultais.

—Quiero decir, nada de rodeos.

—Pues bien, Sr., aprontad los fondos; he aquí el informe.

—Ya están, dijo el rey haciendo sonar algunas monedas de oro en el fondo de su bolsillo.

—En primer lugar, han visto en París á la condesa Dubarry, á eso de las dos de la tarde.

—Y qué mas? qué mas? ya se eso.

—En la calle de Valois.

—No digo que no.

—A las diez llegò Zamora en su busca.

—Tambien es posible; ¿pero qué iba á hacer la condesa Dubarry en la calle de Valois?

—Iba á su casa.

—Ya comprendo; pero ¿por qué iba á su casa?

—Para esperar á su madrina.

—Su madrina! dijo el rey haciendo un gesto que no pudo disimular enteramente; quiere bautizarse?

—Si, Sr., en las grandes pilas bautismales de Versalles.

—Pardiez! hace muy mal; ¡le sentaba tan bien el paganismo!

--Que quereis, Sr., ya sabeis el proverbio, se quiere tener lo que no se tiene.

--De suerte que queremos tener una madrina?

--Y la tenemos, Sr.

El rey temblò y se encogió de hombros.

--Me gusta mucho ese movimiento, Sr., porque me prueba que V. M. se desesperará al ver la derrota

de los Grammont, de los Guemenée y de todos los necios de la corte.

--De veras?

--Sin duda, puesto que os ligais con todas esas gentes.

--Sabed, condesa, que el reyno no se liga sino con los reyes.

--Verdad es; pero todos vuestros reyes son los amigos del Sr. Choiseul.

--Volvamos á vuestra madrina, condesa.

--Prefiero eso, Sr.

--Conque ¿habeis logrado fabricar una?

--La he hallado ya formada, y de muy buena manera; una condesa de Bearne, familia de príncipes que han reinado. Espero que no deshonrará á la aliada de los aliados de los Estuardos.

--La condesa de Bearné? esclamó el rey sorprendido; no conozco mas que una que debe vivir hácia Verdum.

--Esa misma es: ha hecho el viaje espresamente.

--Y os dará la mano?

--Las dos.

--Y cuándo?

--Mañana á las once tendrá el honor de ser recibida en audiencia secreta por mí, y al mismo tiempo, si la pregunta no es muy indiscreta, pedirá al rey que se sirva fijar dia, y se lo fijaréis lo mas pronto posible, no es verdad, Sr. la Francia?

--El rey se echó á reir, pero sin franqu[illegible]

--Sin duda, sin duda, dijo besando la mano de la condesa.

Pero de repente esclamó:

--Mañana á las once!

--Sin duda, á la hora de almorzar.

--Imposible, querida amiga.

—Por qué es imposible?

—No almuerzo aquì; me vuelvo esta noche.

—Cómo es eso? dijo la condesa que sentìa como iba helándose su corazon. Os marchais, señor?

—Es preciso, querida condesa, he citado á Sartines para un trabajo urgente.

—Como gusteis, señor; pero á lo menos cenaréis.

—Oh! sí, acaso cenaré..... sí, tengo hambre; cenaré.

—Haz que sirvan la cena, Chon, dijo la condesa á su hermana dirigiéndole una seña particular, y que sin duda tenia relacion con un convenio arreglado de antemano.

Chon saliò.

El rey habia visto la seña en un espejo, y aunque no pudo comprenderla, adivinò que se trataba de alguna celada.

—No, no, dijo, es imposible que me quede á cenar..... Necesito marchar ahora mismo. Tengo que firmar, es sábado.

—Como gusteis; entonces voy á disponer que preparen los caballos.

—Sì, querida.

—Sì, querida.

—Chon! Los caballos del rey, dijo la condesa.

—Bien, dijo Chon con una sonrisa.

Y volvió á salir.

Un momento despues oyóse la voz de Chon que gritaba en la antecámara:

--Los caballos del rey!

XXXIII.

El rey se divierte.

UFANO el rey por una demostracion de firmeza que al propio tiempo que servía de castigo á la condesa por haberle hecho esperar, le ahorraba la molestia de la presentacion, se dirigió á la puerta de la sala en el momento de entrar Chon.

—Ola! Chon! ¿hay alguien de mi servidumbre por ahí fuera?

—No, señor, no hay nadie en las antesalas.

El rey llegò hasta la puerta y gritó:

—Eh! mi servidumbre!

Solo contestó el mas profundo silencio á su règia voz: hubiérase dicho que mudo el castillo no tenia siquiera eco.

--¿Quién diablos creeria, dijo el rey entrando en la sala, que soy el nieto del que dijo: «¡He estado á punto de esperar!»

Y se encaminò hácia la ventana, que abrió de par en par.

El patio al cual mirò estaba tan vacío como las antesalas: ni caballos, ni lacayos, ni guardias.

Unicamente la noche se ofrecia á los ojos y al alma en todo su reposo, en toda su majestad, iluminada melancólicamente por una bella luna que mostraba, como un verde y trémulo mar de encrespadas olas, las cimas de los árboles del bosque de Chalons, y hacia brotar miles y miles de luminosas lentejuelas del fondo del Sena, esa colosal y perezosa serpiente, cuyas ondulaciones pueden seguirse desde Bougival hasta Maisons, es decir, durante cuatro ò cinco leguas de vueltas y revueltas.

Despues, en medio de todo esto, un ruiseñor improvisaba uno de esos cantos impregnados de armónica melancolía que solo se oyen durante el mes de mayo, como si sus alegres notas no pudieran hallar una naturaleza digna de él sino en estos primeros dias de primavera que vemos huir apenas aparecen.

Toda aquella armonía fué perdida para Luis XV, rey poco filósofo, poco poeta, poco artista, pero muy material.

--Ea, condesa, dijo con despecho, os suplico que mandeis. Qué diablo! es menester que acaben las bromas.

--Señor, respondió la condesa con un gesto de

seductor enojo que casi nunca dejaba de producir el efecto que se queria, no soy yo quien aquí manda.

—Pues ni yo tampoco, dijo Luis XV; ya veis como me obedecen.

—Ni vos, ni yo, señor.

---Pues entonces, quièn? Chon?

--Yo? dijo esta sentada al otro lado de la sala en un sillon, haciendo simetría con la condesa: bastante tengo con obedecer y no aspiro á mandar.

---Pues quièn es aqui el amo?

--Quién ha de ser? el gobernador.

--Zamora?

---Sí.

--Es cierto; pues bien, que llamen á cualquiera.

La condesa alargó el brazo con seductora negligencia, y tirò de un cordon de seda que remataba en una botella de perlas.

Un lacayo, á quien sin duda de antemano se habia hecho aprender la leccion, se hallaba en la antecámara y se presentó en la sala.

—El gobernador, dijo el rey.

—El gobernador, respondió respetuosamente el lacayo, vela por los preciosos dias de V. M.

—Dónde está?

—Ocupado está en este momento en hacer la ronda.

—La ronda? repitió el rey.

—Con cuatro oficiales, respondió el lacayo.

—Como el Sr. de Malboroug, esclamò la condesa.

El rey no pudo contener una sonrisa.

--Sì, esto es gracioso, dijo, pero no impide que se enganche el coche.

--Señor, el gobernador ha mandado cerrar las caballerizas, temiendo que se refugie en ellas algun malhechor.

—Y mis lacayos, ¿dónde están?

—Con la servidumbre, señor.

—Qué hacen?

—Están durmiendo.

—Cómo durmiendo?

—Esa es la òrden que se les ha dado.

—Y quien ha dado esa órden?

—El gobernador.

—Pero las puertas? dijo el rey.

—Qué puertas señor?

—Las del castillo.

—Están cerradas.

—Muy bien; pero pueden buscar las llaves.

—Señor, las llaves las lleva el gobernador ceñidas á su cintura.

—He aquì un castillo bien guardado, dijo el rey. ¡Diablo! ¡qué órden!

El lacayo salió viendo que el rey no le dirigia nuevas preguntas.

La condesa, recostada en un sillon, se entretenia en deshöjar con los dientes una linda rosa á cuyo lado sus labios parecian de coral.

—Os compadezco, Sr., dijo élla con esa sonrisa lánguida que solo á ella pertenecia, tomad mi brazo

y [illegible]gamos nuestra ronda tambien Chon, Chon alumbra el camino.

Chon saliò la primera formando la vanguardia y dispuesta á señalar los peligros que se le presentaban.

Al volver el primer corredor, cierto perfume que hubiera despertado el apetito del gastrónomo mas delicado comenzó á halagar las narices del rey.

—Ah! ah! dijo deteniendose ¿qué significa este olor, condesa?

—Es el de la cena, pues creyendo yo que el rey me iba á dispensar el honor de cenar en Luciennes, habia tomado mis medidas.

Por dos ò tres veces aspiró Luis XV el gastronòmico aroma, diciéndose allá á sus solas que su estòmago hacia ya algunos ratos le daba señales de vida; que necesitaria media hora para despertar á los picadores, un cuarto de hora para preparar el tiro y diez minutos para ir á Marly, y que en Marly, donde no le esperaban, apenas encontrari a que comer. Hechas semejantes reflecsiones, volvió nuevamente á aspirar el seductor perfume, y conduciendo á la condesa, se parò delante de la puerta del comedor.

Dos cubiertos habia en una mesa espléndidamente alumbrada y suntuosamente servida.

--Cáspita! dijo Luis XV, teneis un buen cocinero, condesa.

--Precisamente esta cena era su primer ensayo, señor, y el pobre diablo ha hecho prodijios para merecer la aprobacion de V. M. Es capaz de degollarse, como el pobre Vatel.

--De veras! Lo creeis así? dijo Luis XV.

--Habia sobre todo una tortilla de huevos de faisanes, señor, con la cual contaba...

--Una tortilla de huevos de faisanes! Precisamente me muero por las tortillas de huevos de faisanes.

--Entonces si que es lástima!

--Pnes bien, condesa, no disgustemos á vuestro cocinero, dijo el rey riendo, y acaso mientras cenamos volverá Zamora de su ronda.

--Ah! señor, es una gran idea, dijo la condesa no pudiendo ocultar su satisfaccion por haber ganado aquella primera partida. Venid, señor, venid.

--Pero quién nos servirá? dijo el rey mirando á todas partes sin ver ni un solo lacayo.

--Ah! señor, dijo la Dubarry, ¿os parece malo vuestro café, cuando soy yo quien os lo presenta?

--No, condesa, y aun diré cuando sois vos quien lo hace.

- Pues bien, venid, señor.

--Solamente dos cubiertos! dijo el rey. ¿Y Chon ha cenado ya?

--Señor, no se hubiera atrevido sin una órden espresa de V. M.

--Vamos, pues, dijo el rey cojiendo èl mismo un plato y un cubierto de uno de los armarios. Ven, querida Chon, aquì, en frente de nosotros.

--Oh! señor... dijo Chon.

--Oh! si, hazte la modestilla, señora hipócrita! Sentaos aquí, condesa, á mi lado. ¡Qué perfil tan encantador teneis!

--¿Y hasta hoy no habeis reparado en ello, señor la Francia?

--Qué quereis? he contraido la costumbre de miraros de frente. Decididamente vuestro cocinero es hombre que lo entiende; ¡qué bien saben sus guisados!

--¿Luego he hecho bien en despedir al otro?

--Sì, habeis hecho bien.

--Entonces, señor, seguid mi ejemplo; ya veis que no se hace mas que ganar.

--No os comprendo.

--He despedido á mi Choiseul; despedid al vuestro.

--Nada de pollìtica, condesa; dadme de ese Madera.

El rey alargò su vaso; la condesa tomó una botella y sirvió á Luis XV.

La presion puso blancos los dedos y sonrosadas las uñas de la graciosa escanciadora.

--Seguid echando, condesa; así, poco á poco, dijo el rey.

--Para no turbar el licor?

--No, para darme tiempo de ver vuestra mano.

--Oh! decididamente, Sr., dijo la condesa riendo, se ha propuesto V. M. hacer hoy descubrimientos.

--Pardiez! sì, dijo el rey, que recobraba poco á poco su buen humor, y creo que estoy dispuesto á descubrir....

--Un mundo? preguntó la condesa.

--No, no, dijo el rey; un mundo seria demasiada

ambicion, y tengo ya bastante con un reino. Lo que quisiera descubrir era una isla, un pedazo de tierra, una montaña encantada, un palacio donde una hermosa amiga mia seria la Armida, y cuya entrada defenderian mónstruos de todas clases cuando quisiese olvidar.

--Señor, dijo la condesa presentando al rey una botella de vino de Champaña helado, invencion enteramente nueva en aquella época, hé aquí precisamente una agua sacada del rio Leteo.

--Del rio Leteo! condesa, ¿estais segura de ello?

--Si, señor; el pobre Juan es quien la ha traido de los infiernos, á donde bajò hace poco.

--Condesa, dijo el rey levantando su vaso: á su feliz resurrecion; pero os suplico que no hablemos de polìtica.

--Entonces no sé de qué hablar, Sr., y si V.M. quisiera contar una historia, puesto que la cuenta tan bien...

--No, pero os diré unos versos.

--Versos! esclamó la Sra. Dubarry.

--Sí, versos... qué hallais en eso de estraño?

--V. M. los detesta.

--Cáspita! de cien mil que se fabrican los noventa mil son contra mì.

--¿Y los que V. M. va á decirme pertenecen á los diez mil que no pueden obtener vuestro perdon para los otros noventa mil?

--No, condesa, los que voy á recitaros están dirijidos á vos.

--A mí?

--A vos.

--Y por quién?

--Por Voltaire.

--Y ha encargo á V. M....

--Nada de eso, os los remitia directamente á vos.

--Còmo! sin carta?

--Al contrario, con una carta muy interesante.

--Ah! comprendo: V. M. ha trabajado esta mañana con el director de correos.

--Eso mismo.

--Leed, Sr., leed los versos de Voltaire.

Luis XV desplegò un papelito y leyò. Concluida la lectura, la condesa dijo al Rey:

--Se conoce, señor, que Voltaire trata de reconciliarse con V. M.

--Oh! en cuanto á eso es tiempo perdido, dijo Luis XV, porque es un embrollon que lo enredaria todo si entrase en París. Que vaya á ver á su amigo, mi primo Federico II. Aquí tenemos bastante con Rousseau. Pero tomad estos versos, condesa, y meditadlos.

La condesa cojió el papel, lo enrollò en forma de pajuela, y lo colocò al lado de su plato. El rey la miraba tranquilamente.

--Señor, dijo Chon, un poco de este tockey.

--Viene de las mismas bodegas de S. M. el emperador de Austria; tomadlo con confianza, señor.

--Oh! de las bodegas del emperador, dijo el rey; nadie hay que las tenga sino yo.

—Por eso debemos este tockey á vuestro dongero, señor.

—Como! le habeis seducido?

--No; se lo he mandado.

--Bien contestado condesa: el rey es un necio.

--Oh! sí, pero el Sr. la Francia....

--El señor la Francia tiene el talento de amaros con todo su corazon.

--Ah! Sr.! por qué no sois el Sr. la Francia y nada mas?

---Condesa, os he dicho ya que no quiero política.

--Toma S. M. café? dijo Chon.

--Ciertamente.

--¿Y S. M. lo quemará como de costumbre?

--Si la señora castellana no se opone á ello.

La condesa se levantò.

--Què haceis?

--Voy á serviros, señor.

--Vamos, dijo el rey hundiéndose en su sillon como un hombre que ha cenado perfectamente y cuyo buen humor ha despertado una buena cena; vamos estoy viendo que lo mejor que se puede hacer es dejaros que hagais lo que gusteis, condesa.

Esta trajo sobre una estufilla de plata una cafetera que contenia el caliente Moka; despues puso delante del rey un plato con una taza de plata, y al lado del plato dejò una pajuelita de papel.

El rey, con la atencion profunda que presentaba siempre á esta operacion, calculò su azùcar, midió su

café, y echando suavemete su rom para que el alcohol sobrenadase, cojió el papelillo enrrollado, lo encendió en la bujía, y comunicó la llama al inflamante licor.

En seguida lo arrojó en la estufilla, donde acabó de consumirse.

Cinco minutos despues saboreaba su café con toda la voluptuosidad de un grastrónomo gastado.

La condesa le dejó hacer, pero así que hubo apurado la ùltima gota del líquido, esclamó:

--Ah! señor, habeis quemado vuestro café con los versos del señor de Voltaire. ¡Qué desgracia para los Choiseul!

--Me engañaba, dijo el rey rièndose, cuando os tenia por una hada, pues veo que sois un diablillo.

La condesa se levantò.

--Señor, dijo ¿quiere V. M. que pregunte si ha vuelto el gobernador?

--Ah! Zamora? bah! para qué?

--Ya no quereis ir á Marly?

--Es verdad, dijo el rey haciendo un esfuerzo para arrancarse del bien estar que esperimentaba. Bien, condesa, bien, haced lo que gusteis.

La señora Dubarry hizo una seña á Chon y esta desapareciò.

El rey volvió á emprender su investigacion, pero es menester decir que con un espìritu muy diferente del que habia precedido al principio de su pesquisa. Los filósofos han dicho que la manera sombría ó de color de rosa con que mira el hombre las cosas depende casi siempre del estado de su estómago.

Y como los reyes tienen estómagos de hombres, menos buenos en lo general que los de sus súbditos, pero que comunican su bien estar ò mal estar al resto del cuerpo exactamente como los demas, así es que mostrábase el rey de tan buen humor, como es posible á un rey tenerlo.

Despues de dar diez pasos por el corredor, un nuevo perfume vino á alhagar al monarca.

Era el que exhalaba el cálido ambiente de un gabinete cuya puerta se acababa de abrir, gabinete magnífico con colgaduras de raso azul recamado de flores naturales, y en el cual la misteriosa luz de una perfumada lámpara ponia de manifiesto una alcoba, á la cual hacía lo menos dos horas que la encantadora sirena queria llevar al rey.

--Y bien, Sr., dijo ella, parece que Zamora no ha vuelto todavía, que continuamos encerrados, y á menos que no nos escapemos del castillo por las ventanas...

--Con las sábanas de la cama? preguntó el rey.

--Señor, dijo la condesa con una sonrisa admirable, usemos, pero no abusemos.

El rey abriò los brazos riéndose, y la condesa dejó caer la linda rosa que magullaba entre los dedos y que se deshojò al rodar por la alfombra.

XXXIV.

Voltaire y Rousseau.

LA alcoba de Luciennes, maravilla del arte, estaba situada al Oriente y cerrada tan herméticamente con persianas doradas y cortinas de tafetan, que no podia penetrar en ella la luz sin antes hacer antesala como un verdadero cortesano.

Ventiladores invisibles sacudian allí en el estío un aire cernido, semejante al que hubiera podido producir un millar de abanicos.

Eran la diez cuando el rey salió del gabinete azul, y forzoso es decir que esta vez los coches esperaban desde las nueve en el patio.

Zamora, con los brazos cruzados, daba ò aparentaba dar órdenes, y al asomarse el rey á la ventana viò todos estos preparativos de marcha.

--¿Què significa esto, condesa? preguntó; ¿no almorzamos? Quereis despedirme en ayunas?

--No por cierto, Sr., respondió la condesa; pero recuerdo que V. M. tenia cita en Marly con el Sr. de Sartines.

--Pardiez! esclamó el rey, me parece que Sartines bien puede venir á buscarme aquì estando tan cerca.

--V. M. me hará el honor de creer, dijo la condesa riendo, que no es la primera persona á quien ha ocurrido esta idea.

--Y por otra parte, la mañana está demasiado hermosa para trabajar: almorcemos.

--Sin embargo, Sr., será preciso darme á mi algunas firmas.

--Para la Sra. de Bearne?

--Justamente, y despues señalar dia.

--Qué dia?

--Y la hora.

--Qué hora?

--El dia y la hora de mi presentacion.

--Cáspita! esclamó el rey, bien habeis ganado vuestra presentacion, condesa. Por lo tanto, fijad vos misma el dia.

--Señor lo mas pronto posible.

--Está todo preparado?

--Sí.

--¿Habeis aprendido á hacer vuestras reverencias?

--Ya lo creo: un año hace que me ensayo en ellas.

--Teneis vuestro vestido?

--Veinte y cuatro horas bastan para hacerlo.

--Teneis vuestra madrina?

--Dentro de una hora estará aquì.

--Pues bien, condesa, hagamos un tratado.

--Cuál?

--No me hablaréis mas del lance del vizconde Juan con el baron de Taverney?

--Con que sacrificamos al pobre vizconde?

--Padiez! sí.

--Está bien, Sr. , no hablarémos mas de él..... ¿El dia?

--Pasado mañana.

--La hora?

--Las diez de la noche, como de costumbre.

--Está dicho, Sr.

--Está dicho.

--Palabra del rey!

--A fé de caballero.

--Pues aprieta estos cinco, la Francia.

Y la Sra. Dubarry presentò al rey su linda mano, en la que LuisXV dejó caer la suya.

En aquella mañana todo Luciennes participó de la alegría del soberano: habia cedido en un punto, sobre el cual hacia ya mucho tiempo que estaba decidido á ceder; pero aquel dia fué ilimitada su munificencia. Daria cien mil libras á Juan con la condicion de que iria á gastarlos en los baños de los Pirineos ò de Auvergue, y esto pasaria por un destierro á los ojos de Choiseul. Hubo luises de oro para los

pobres, tortas para los peces y cumplimientos para las pinturas de Boucher.

Sin embargo de que la víspera habia cenado perfectamente S. M. almorzó con gran apetito.

Entretanto, acababan de dar las once. La condesa, mientras servia al rey, miraba al reloj, que le parecia andar con demasiada lentitud aquel dia.

El mismo rey se habia tomado el trabajo de decir que si llegaba la Sra. de Bearne podian introducirla en el comedor.

El café se sirvió, y hasta se tomò sin que la Sra. de Bearne llegase. A las once y cuarto se oyó resonar en el patio el galope de un caballo.

La Sra. Dubarry se levantó rápidamente y asomándose á la ventana vió á un lacayo de su hermano Juan que desmontaba un caballo bañado de sudor.

La condesa sintió un presentimiento fatal y una especie de temblor recorrió todo su cuerpo , pero como no debia dejar traslucir nada de su inquietud á fin de mantener al rey en la buena disposicion en que se hallaba, volvió á sentarse á su lado.

Un instante despues entrò Chon con un billete en la mano.

No habia ya que retroceder: era preciso leer aquel billete.

--Qué significa eso? querida Chon, ¿un billetito? dijo el rey.

--Sí, señor.

--Y de quién?

--Del pobre vizconde.

--De veras?

--Miradlo.

El rey reconociò la letra, y como pensó que se hablaria en el billete de la aventura de Lachaussée.

--Bueno, bueno, dijo separándolo con la mano, basta.

La condesa se hallaba en un potro.

--Es para mí el billete? preguntó.

--Sí, condesa.

--Me dá V. M. su permiso.....?

--Haced lo que gusteis. Entre tanto me cantará Chon alguna cosa.

Y atrajo á Chon sobre sus rodillas cantando con la voz mas falsa de su reino, como decia Juan Jacobo:

¡Ay! que perdì mi ventura
al perder mi servidor.

Acercóse la condesa á la ventana y abriendo el billete leyó lo siguiente:

«No esperes á la maldita vieja, pues dice que hoy «se ha quemado un pié y que por lo mismo le es imposible salir de casa. Dá á Chon las gracias por su oportuna llegada de ayer, pues ella y nadie mas que ella «tiene la culpa del chasco que nos dá la vieja; la ha «conocido, ha sospechado, y su sospecha echa por tierra todos nuestros proyectos.

«No es poca fortuna que ese bribon de Gilberto, «que tiene la culpa de todo, haya desaparecido, pues

«le hubiera retorcido el pezcuezo; pero no dejaré de «hacerlo si le encuentro.

«En resùmen, ven pronto á París si no quieres que «volvamos á estar como estábamos.»

«JUAN.»

--Què es eso! esclamó el rey, que sorprendió la palidez repentina de la condesa.

--Nada, señor; se me da noticias de la salud de Juan.

--Y está mejor el vizconde?

--Sí, Sr., dijo la condesa. Pero oigo un coche que entra en el patio.

--Nuestra condesa sin duda?

--No, Sr., es el Sr. de Sartines.

--Y qué! dijo el rey al ver que la Sra. Dubarry se dirigia hácia la puerta.

--Os dejo, Sr., respondió la condesa, y paso á mi tocador.

--Y la de Bearne?

--Cuando llegue, Sr., tendrè el honor de avisar á V. M., dijo la condesa estrujando el billete en el fondo del bolsillo de su bata.

--Conque, me abandonais, condesa? dijo el rey lanzando un suspiro melancòlico.

--Sr., hoy es domingo; las firmas! las firmas.....!

Y presentó al rey sus frescas mejillas, sobre cada una de las cuales aplicó el monarca un beso: en seguida salió la condesa de la habitacion.

--¡Al diablo las firmas, dijo el rey, y los que vie-

á buscarlas! Maldiga Dios al que ha inventado los ministros, la carteras y el papel de Talliere.

Apenas habia acabado el rey esta maldicion, cuando el ministro y la cartera entraban por la puerta opuesta á la que habia dado salida á la condesa.

El rey lanzó otro suspiro inmensamente mas melancólico que el primero.

--Ah! esclamó, sois muy puntual, Sartines.

Habia dicho esto con tal acento, que no se podia sacar en limpio si era un elojio ó una reconvencion.

El Sr. de Sartines abrió la cartera y se dispuso á sacar de ella los documentos destinados á la firma.

Oyóse entonces el ruido de un coche.

--Aguarda, Sartines, dijo el rey.

Y corrió hácia la ventana.

--Calle! dijo, ¿es la condesa que sale?

--Ella misma, Sr. , dijo el ministro.

--¿Pues qué, acaso no espera á la condesa de Bearne?

--Señor, estoy por creer que se ha cansado de esperarla , y que va en su busca.

--¿Pero no debia venir esta mañana esa Sra. ?

--Señor , estoy casi seguro de que no vendrá.

--¿Cómo sabeis eso , Sartines?

--Señor , es menester que sepa un poco de todo á fin de qne V. M. esté satisfecho de mì.

--¿Pues qué le ha sucedido , Sartines?

--¿A la vieja condesa, Señor?

--Sí.

--Lo que sucede en todas cosas , Sr.; dificultades.

--Pero en fin, ¿vendrá esa condesa de Beaune?

--Hum! hum! Sr.; era mas seguro ayer tarde que hoy por la mañana.

--Pobre condesa! dijo el rey brillando en sus ojos un rayo de alegria.

--Ah! Sr., la cuadruple alianza y el pacto de familia eran muy poca cosa comparados con el asunto de la presentacion.

--Pobre condesa! repitió el rey meneando la cabeza; me parece que no podrá salirse con la suya.

--Mucho lo temo, Sr., á menos que V. M. no se enfade.

--Y la pobre creia hallarse segura de su resultado.

--Lo peor de todo es, dijo el Sr. de Sartines, que si no es presentada antes de llegar la delfina, es probable que no lo será nunca.

--Mas que probable, Sartines; teneis razon, pues segun se dice, mi nuera es demasiado severa, devota y gazmoña. Pobre condesa!.

--De seguro; añadió el Sr. de Sartines, que será un presentimiento muy grande para la Sra. Dubarry el no ser presentada; pero tambien esto ahorrará á V. M. muchos cuidados.

--Lo creeis asì, Sartines?

--¿Quién lo duda, pues habrá de menos los envidiosos, los maldicientes, los copleros, los aduladores y las gacetas? Si la Sra. Dubarry es presentada, Sr., todo esto nos costaria cien mil francos de policia estraordinaria.

--De veras! Pobre condesa! Sin embargo, ¡lo desea tanto!

--En ese caso, que V. M. mande y se cumplirán los deseos de la condesa.

--Qué decis, Sartines? esclamó el rey. De buena fé, puedo mezclarme en todo esto? Puedo firmar esa órden que desea la Sra. Dubarry? Me aconsejariais vos, Sartines, siendo, como sois, un hombre de talento, que diera un golpe de Estado para satisfacer el capricho de la condesa?

--Oh! no por cierto, Sr., y por lo mismo me contentarè con decir como V. M.: «Pobre condesa.»

--Por otra parte, dijo el rey, su posicion no es tan desesperada. Vos, Sartines, todo lo veis de color de rosa, pero vamos á ver, ¿quién nos dice que no mude de opinion la Sra. de Bearne? Quién nos asegura que la delfina llegará pronto? Quedan todavía cuatro dias antes que llegue á Compiegne, y en cuatro dias se hacen muchas cosas. Ea, trabajarémos esta mañana, Sartines?

--Oh! solo hay tres firmas.

Y el subdelegado de policía sacó él primer papel de la cartera.

--Ola! ola! esclamó el rey despues de haber dado una ojeada, una órden de arresto.

--Sí, Sr.

—Contra quien?

—V. M. puede enterarse.

—Contra Rousseau? Quien es este Rousseau, Sartines, y qué ha hecho?

—El *Contrato social*, Sr.

—Ah! ah! ¿es contra Juan Jacobo? conque quereis encerrarlo en la Bastilla?

—Sr., dá escándalo.

—¿Qué diablo quereis que haga?

---Ademas , no trato de encerrarlo en la Bastilla.

---Pues entonces para qué es esa òrden de arresto?

—Señor, para tener el arma preparada.

—Yo creia estaba autorizada su presencia en París.

—Tolerada, Sr., pero con la condicion de que no se habia de presentar en pùblico.

—¿Y se presenta?

--No hace otra cosa.

--¿En su traje armenio?

--Oh! no, señor; le hemos dicho que se lo quite.

--Y ha obedecido?

--Sì; pero diciendo que se le perseguia.

--Y como se viste ahora?

--Como los demas, Sr.

--Entonces no es grande el escándalo.

--Còmo Sr.! un hombre á quien se prohibe presentarse en público! ¿sabeis á dónde vá todos los dias?

---A ver al mariscal de Luxemburgo, al Sr. de Alembert, ò á la Sra. de Espinay.

--Al café de la rejencia, Sr.! todas las tardes juega al aljedrez por obstinacion; pues sienpre pierde, y no transcurre noche ninguna que no necesite yo un

regimiento para vigilar su casa, pues tal es el número de personas que le visitan.

—Vamos, los parisienses son mucho mas bestias de lo que yo creia. Dejadlos divertirse en eso, Sartines; entretanto no se quejaran de su miseria.

—Sí, Sr.: pero si el dia menos pensado le dá la gana de pronunciar discursos como los pronunciaba en Lóndres.....

—Oh! entonces, haciendo delito, y delito público, no necesitaréis de la òrden de arresto, Sartines.

Por lo mismo que el subdelegado de policía conoció que el arresto de Rousseau era una medida cuya responsabilidad esquivaba el rey, no insistiò mas.

—Ahora, señor, dijo el de Sartines, se trata de otro filòsofo.

—Otro? respon liò el rey con indiferencia, no acabarémos pues con ellos?

—Ay! señor, son ellos los que no acaban con nosotros.

—Y de quién se trata?

—De Voltaire.

—Tambien ha entrado en Francia?

—No, señor, y esto es lo que siento, porque si estuviese aquì le vigilariamos á lo menos.

—Pero vamos á ver, ¿qué es lo que ha hecho?

—No es él quien hace, sino sus partidarios: trátase nada menos que de levantarle una estátua.

—Ecuestre?

—No, señor. Yo no he visto otra cosa igual desde Polioreete. En todas partes tiene corresponsales, en

todas partes entra, muchísimas personas principales se hacen contrabandistas para introducir sus libros. El otro dia he cogido ocho cajones llenos; dos de ellos con sobre al señor de Choiseul.

—Es muy divertido.

—Señor, entretanto observad que se hace por él lo que se ha hecho por los reyes: le han votado la ereccion de una estátua.

—No se votan estátuas á los reyes, Sartines, ellos mismos son los que se las votan. ¿Y quién es el encargado de esta bella obra?

—El escultor Pigale; que ha salido para Ferney á fin de ejecutar el modelo. Entretanto llueven las suscripciones. Ya hay seis mil escudos, y notad, señor, que solo los literatos tienen derecho á suscribirse. Todos llegan con su ofrenda. Es una procesion. El mismo Rousseau ha llevado sus dos luises.

—Y bien, ¿què quereis que haga yo en esto? dijo Luis XV. No soy literato, y por consiguiente es cosa que no me incumbe.

—Señor, yo esperaba tener el honor de proponer á V. M. que se tomaran las medidas convenientes para evitar esta demostracion.

—Hariais muy mal, Sartines, porque si ahora se han contentado con votarle una estátua de bronce, entònces se la votarian de oro. Nada pues. Dejadlos en paz; que por Dios que ha de ser mucho mas feo en bronce que en carne y hueso.

—¿Entònces V. M. desea que la cosa siga su curso?

—Desear! entendámonos, Sartines; desear no es

la palabra propia. Yo quisiera ciertamente poder evitar todo eso; pero qué quereis? esto es imposible. Ha pasado ya el tiempo en que los reyes podian decir al espìritu filosófico como Dios al Ocèano: «no irás mas léjos.» Gritar sin resultado, amenazar sin dar, seria poner en claro nuestra impotencia; y eso, Sartines, eso no nos conviene. Creedme pues, volvamos á otra parte los ojos, y demos á entender que no vemos.

Sartines lanzó un suspiro.

—Señor, dijo, si no castigamos á los hombres estirpemos las obras. He aqui una lista de ellas á las cuales urge formar proceso, porque las unas atacan al trono, y las otras al altar: aquellas son una rebelion, estas un sacrilegio.

Luis XV cogió la lista, y leyó negligentemente:

El contagio sagrado ó historia natural de la supersticion.

Leyes del mundo físico y moral.

Dios y el hombre, discurso sobre los milagros de Jesucristo.

Consejos que da el capuchino de Raguse á fray Reduidoso en su viage á la Tierra santa.

El rey no habia llegado á la cuarta parte de la lista, y sin embargo, dejó caer el papel; sus facciones, ordinariamente tranquilas, tomaron una singular espresion de tristeza y desaliento.

Durante algunos instantes permaneció pensativo, absorto, como anonadado.

—Eso seria levantar un mundo, Sartines, mur-

muró el rey; que otros prueben sus fuerzas.

Sartines le miraba con esa inteligencia que Lúis XV deseaba tanto ver en sus ministros, porque le ahorraba un trabajo de pensamiento ó de accion.

—La tranquilidad, ¿no es verdad, señor? la tranquilidad, dijo á su vez; hé aquí lo que el rey quire.

El rey meneó la cabeza de arriba á bajo.

—Oh! Dios mio! sí, nada mas que eso les pido á vuestros filósofos, á vuestros enciclopedistas, á vuestros taumaturgos, á vuestros visionarios, á vuestros poetas á vuestros economistas, á vuestros folletistas, que salen no se sabe de donde y que pululan, fermentan, escriben, aullan, calumnian, calculan, predican y gritan. Coròneles en buena hora, levánten les estátuas, edifíquenles templos; pero que me dejen tranquilo.

Sartines se levantó, saludó al rey y salió murmurando:

—Afortunadamente dicen nuestras monedas: *Domine, salvun fac regem.*

Luego que Luis XV quedó solo, cogiò una pluma y escribió al delfin:

«Me habeis pedido que active la llegada de la delfina, y quiero complaceros.»

«Doy órden para que no se detenga en Noyon; en su consecuencia el mártes por la mañana estará en Compiegne, y yo mismo estaré allì á las diez en punto, es decir, un cuarto de hora antes que ella.»

—De este modo, dijo, me quitaré de en medio ese cargante negocio de la presentacion que me abru-

ma mas que Voltaire, que Rousseau, y que todos los filósofos habidos y por haber. Que se las compongan como puedan la pobre condesa, el delfin y la delfina, pues que bien pensado, es ya tiempo que los jòvenes, á quienes no faltan fuerzas para luchar, nos ayuden á sobrellevar un poco los pesares, los ódios y las venganzas. Que los niños aprendan á sufrir; esto forma la juventud.

Y satisfecho por haber vencido de este modo la dificultad, y seguro por otra parte de que nadie podria reconvenirle por haber favorecido ò impedido la presentacion que ocupaba todo Paris, montó en su coche y partió para Marly, donde se hallaba aguardando la córte.

XXXV.

Madrina y abijada.

LA pobre condesa—y si le conservamos el epiteto que el rey la habia dado es porque verdaderamente lo merecìa en tales instantes,—la podre condesa, repetimos corria á todo escape camino de Paris.

Aterrada Chon por el párrafo que concerniente á ella habia escrito Juan en su carta, ocultaba en el retrete de Luciennes su dolor y su inquietud, maldiciendo la fatal idea que habia tenido de recojer á Gilberto en el camino.

Cuando la condesa llegò al puente de Autin sobre el albañal qce desembocaba en el rio y rodea á Paris desde el Sena hasta la Roquette, halló un coche que la esperaba.

En este coche estaba el vizconde Juan en compañia de un procurador con quien, al parecer, disputaba acaloradamente.

Tan luego como viò á la condesa, dejò á su procurador, y saltó en tierra haciendo seña al cochero de su hermana que parara.

—Pronto, condesa, pronto, subid á mi coche y corred á la calle de san German de los Prados.

—La vieja trata pues de burlarnos? preguntó la Dubarry cambiando de coche, mientras que el procurador, advertido por una seña del vizconde, hacìa otro tanto.

—Creo que sì, condesa, dijo Juan; creo que trata de pagarnos con la misma moneda.

—Pero ¿què es lo que ha pasado?

—Te lo diré en dos palabras. Hallábame en París, porque soy muy desconfiado, y en verdad que no hice mal, como vas á ver. Al dar las nueve de la noche me puse á rondar la fonda del Gallo Cantor; no oí pasos, no vi á nadie, todo iba á las mil maravillas. En su consecuencia, creì que podia entrar y dormir. Por lo mismo entré y dormí.

Esta mañana, al romper el alba, me despierto, llamo á Patricio y le mando que vaya á ponerse de centinela en el ángulo de la calle.

A las nueve, repara bien, una hora antes de la acordada, llego con el coche: Patricio no habia visto nada alarmente, y subo la escalera bastante tranquilo.

Así que llego á la puerta me detiene una criada, y

me dice que la Sra. condesa no puede salir en todo el dia, y quizá ni en algunas semanas tampoco.

Confieso que, aunque me hallaba preparado á una desgracia cualquiera, no esperaba esta.

—Còmo! no sale hoy; esclamé, pues qué tiene?

—Está enferma.

—Enferma? Imposible! Ayer se hallaba muy buena.

—Sì, señor; pero la señora condesa tiene la costumbre de hacer su chocolate, y esta mañana, cuando ya hervía, volcó la chocolatera del hornillo, y cayendo sobre su pié, se lo ha abrasado enteramente. A los gritos que ha dado, he corrido y héme aqui que he hallado á la condesa casi desmayada. La he conducido á la cama del mejor modo que me ha sido posible, y en este momento creo que duerme.

Estaba pálido como vuestro encaje, condesa, y grité: Eso es mentira!

—No, señor Dubarry, contestó una voz áspera; no, no es mentira: sufro horriblemente.

Me precipito hácia el lado de donde salia aquella voz, empujo una puerta vidriera y veo á la condesa acostada.

—Ah, señora! le dije.

Estas fueron las ùnicas palabras que pude proferir. Estaba rabioso, y confieso que con el mayor júbilo la hubiera ahogado.

—Mirad, me dijo mostrándome una chocolatera tirada en el suelo, mirad la que ha causado todo el mal.

Salté sobre la chocolatera, y pisándola dije: no volverá á hacer mas chocolate, yo os respondo de ello.

—Qué fatalidad! continuó la vieja con su voz doliente: la señora de Aloni será la que presente á vuestra hermana. Qué quereis, estaba escrito! como dicen los musulmanes.

—Ah, Dios mio! esclamò la condesa; me desesperas, Juan.

—Y sin embargo no desconfio si te presentas á ella; he aquì porque te he mandado á llamar.

—Y por qué no desconfias?

—Diablo! porque puedes hacer lo que yo no puedo, porque eres mujer, porque en fin puedes hacer que se arrepienta delante de tí, y probada la impostura, decir á la señora de Bearne que jamas será su hijo otra cosa que un hidalgo de aldea, y que nunca podrá disfrutar un solo sueldo de la herencia de los Salûces; porque últimamente representarás las imprecaciones de Camila con mucha mas verosimilitud que yo representaria el furor de Orestes.

--Creo que se chancea! esclamó la condesa.

--De dientes afuera, créeme.

--Dónde vive nuestra Sibila?

--Ya lo sabes, en la fonda del Gallo Cantor, en la calle de San German de los Prados, una casa grande, negra, con un gallo enorme pintado en una plancha de hierro que cuando gira á impulsos del viento hace cantar al gallo.

--Tendrè una escena terrible.

--Esa es mi opinion; pero mi opinion es tam-

bien de que es menester arriesgarla; quieres que te escolte?

--No por cierto, lo echarias todo á perder.

--Escucha lo que me ha dicho nuestro procurador, á quien he consultado en este sitio; esto es para tu gobierno. Batir á una persona en su casa equivale á multa y prision. Batirla fuera...

--No equivale á nada, dijo la condesa á Juan; mejor sabes eso que nadie.

Los labios de Juan se entreabrieron para dejar escapar una especie de sonrisa.

—Oh! dijo; las deudas que se pagan tarde acumulan interes, y si alguna vez llego á encontrar á mi hombre.....

—No hablemos mas que de mi mujer, visconde.

—Nada mas tengo que decirte de ella: marcha!

Y Juan se hizo á un lado para dejar partir el coche.

—Dónde me aguardarás.

—En la misma posada; pediré una botella de vino de España, y me entretendré con ella para estar pronto si necesitas socorro.

—Al galope, cochero, esclamó la condesa.

—Calle de san German de los Prados en la fonda del Gallo Cantor, añadió el vizconde.

El coche partió precipitadamente con direccion á los campos Eliseos, y cosa de un cuarto de hora despues detenìase cerca de la calle Abbatiale y del mercado de santa Margarita.

Al llegar alli, la Dubarry bajó del coche; temia

fundadamente que el ruido del carruaje avisase á la astuta vieja, pero tomando semejante precaucion, por mas que estuviese en acecho la de Bearne, por mas que se hallase escondida trás de alguna cortina, imposible le seria ver á la condesa bastante á tiempo para evitar su visita.

En su consecuencia, sola con su lacayo, que marchaba detras de ella, entrò rápidamente en la calleja Abbatiale, que solo contenia tres casas, en medio de las cuales estaba la posada donde precipitadamente se entró.

Verdad es que nadie reparó en ella, pero al pié de la escalera encontró á la posadera.

—¿La Sra. de Bearne? preguntò.

—La Sra. de Bearne está muy enferma y no puede recibir, contestò la posadera.

—Enferma! justamente, dijo la condesa, vengo á enterarme del estado de su salud.

Y lijera como un pájaro, subiò la escalera en menos de un segundo.

—Señora, Sra., gritó la posadera, una visita, una visita!

—Quièn es? preguntó la de Bearne desde el fondo de su alcoba.

—Yo, contestó la condesa presentándose repentinamente en el umbral con una fisonomía bastante adecuada á la circunstancia, pues mostraba la sonrisa de la política á par que el gesto del pésame.

—La Sra. condesa aquì! esclamó la vieja asombrada á no poder mas.

—La misma, Sra., la misma que viene á daros una prueba de la parte que toma en vuestra desgracia, que acabo de saber ahora mismo. Contadme como ha sido eso.

—No me atrevo, Sra., á invitaros á que os senteis en este zaguan poco digno.....

—Sé que teneis un palacio en Turen ay no estraño la posada.

La condesa se sentò, esto dió á comprender á la de Bearne que iba á ser larga la visita.

—¿Parece que sufrís mucho, Sra.? preguntó la Sra. Dubarry.

—Oh! muchísimo.

—En la pierna derecha? Pero, Dios mio! ¿cómo os habeis lastimado la pierna?

—De una manera muy sencilla: tenia cojida la chocolatera por el mango, se me escurrió este, volcó aquella y el agua hirviendo cayò toda sobre mi pié.

--Eso es terrible.

La vieja lanzó un suspiro.

--Y tanto, Sra.! esclamó. Pero. ¡como ha de ser! ya sabeis que nunca viene sola una desgracia.

--Sabeis que el rey os esperaba esta mañana?

--Sra, doblais mi desesperacion.

--S. M. ha sentido mucho no veros.

--Mi enfermedad me disculpa, y espero me será licito poder presentar mis humildes escusas á S. M.

--No digo eso para causaros pesar, dijo la Dubarry; solamente he querido daros á entender lo mu-

cho que S. M. apreciaba el favor que ibais á dispensarme.

--Ya veis mi posicion, Sra.

--Sin duda; pero quereis que os diga una cosa?

--Decidla, pronta estoy á oir con sumo gusto cuanto tengais á bien decirme.

--Segun todas las probabilidades, vuestro accidente proviene de una gran emocion que habeis esperimentado.

--Oh! no digo que no, dijo la litiganta haciendo una reverencia con la cabeza; me ha afectado mucho el honor que me hicisteis recibiéndome tan amablemente en vuestra casa.

--Creo que hay todavia otra cosa.

--Otra cosa? no á fé mia, á lo menos no lo recuerdo, Sra.

--Oh! si tal, un encuentro....

--Qué yo he tenido?

--Sì, al salir de mi casa.

--A nadie he encontrado, Sra. Iba en el coche de vuestro hermano.

—Antes de subir al coche.

La vieja hizo como que meditaba.

—Cuando bajabais la escalera.

La de Bearne finjió una atencion mucho mas profunda.

—Sì, dijo la Sra. Dubarry con una sonrisa mezclada de impaciencia; alguno entraba en el patio cuando saliais de la casa.

—Es mucha desgracia, señora; pero no me acuerdo.

—Una mujer....Ah! ya os acordais.

—Tengo la vista tan corta, que á dos pasos no distingo nada.

--Ea, está visto; no puedo con ella, dijo para sí la condesa. Abandonemos la astucia, porque en este terreno me venceria. Pues bien! puesto que habeis visto á esa dama, continuó en voz alta, quiero deciros quien es.

--Esa dama qué entrò cuando yo salia?

--Precisamente. Era mi cuñada, la señorita Dubarry.

--Ah! muy bien, Sra., muy bien. Pero como jamás la habia visto....

--Si tal.

--La hev isto?

--Sí, y hasta tratado.

--A la señorita Dubarry?

--Sí, á la señorita Dubarry; solo que el dia que la hablasteis se llamaba la señorita Flageot.

—Ah! esclamó la vieja litiganta con una acritud que no pudo disimular, ah! ¿esa falsa señorita Flageot que ha venido á buscarme y me ha hecho viajar era vuestra cuñada?

--La misma.

—Quién me la envió?

—Yo.

—Para engañarme?.

—No, para serviros, al propio tiempo que vos me sirvieseis á mí.

La vieja hizo un gesto.

—Creo, dijo, que esta visíta no me será de mucho provecho.

—¿Habeis sido acaso mal recibida por el señor de Maupeon, Sra?

—Cumplimientos de corte.

—Me parece que he tenido el honor de ofreceros algo mas que cumplimientos de corte.

--Sra., ya sabeis aquello de que el hombre propone y Dios dispone.

--Vamos, Sra., hablemos sériamente, dijo la condesa.

--Os escucho.

--Os habeis quemado el pié?

--Ya lo veis.

--Gravemente?

--Y tanto.

--¿No podeis, á pesar de esa herida, dolorosa sin duda, no podeis hacer un esfuerzo, soportar el coche hasta Luciennes y estar de pié un segundo en mi gabinete delante de S. M?

--Imposible, Sra., solo á la idea de levantarme desfallezco.

--Luego es una herida horrorosa la que os habeis hecho.

--Le habeis dado la palabra propia, eso es, horrorosa.

--¿Y quién os cura, quién os aconseja, quién os cuida.

--Conservo, como toda mujer que ha tenido casa, recetas escelentes para las quemaduras, y me aplico un bálsamo compuesto por mí mis...

--Perdonad mi indiscrecion, ¿podria ver ese específico?

--No hay inconveniente ninguno. Podreis verle en aquella redomita que está sobre la mesa.

--Hipócrita! dijo para sì la condesa; hasta este punto ha llevado el disimulo; decididamente se mantiene firme, pero vamos á ver como concluye esto.

Y añadió en alta voz:

--Sra., tambien tengo yo un aceite admirable para esta clase de heridas; pero la aplicacion depende mucho del género de quemadura.

--Cómo?

--Hay rubicundez, simple ampolla ó desolladura, dijo la condesa.

--Desolladura, señora.

--Oh! debeis sufrir mucho entonces. ¿Quereis que os aplique mi aceite?

--Con mucho gusto, Sra., ¿lo habeis traido?

--No, pero lo enviaré...

--Os lo agradeceré infinito.

--Conviene solamente que me asegure del grado de gravedad.

--Oh! no, Sra., dijo la vieja, no quiero ofreceros semejante espectáculo.

--Bueno, dijo para sì la Dubarry, ya la tengo cojida. Nada temais Sra., dijo en voz alta; estoy familiarizada con la vista de las heridas.

--Oh! Sra., conozco demasiado las comodidades.

--Cuando se trata de socorrer á nuestro prójimo, olvidamos las comodidades, Sra.

Y bruscamente alargò la mano hácia la pierna que la condesa tenia estirada sobre un sillon.

La vieja lanzó un espantoso grito de dolor, sin embargo de que apenas la tocara la mano de la Sra. Dubarry.

--Oh! bien representado! murmuró la condesa. que estudiaba cada crispacion del rostro descompuesto de la de Bearne.

--Me muero, dijo la vieja. !Què miedo me habeis causado, señora!

Y con las mejillas pálidas y los ojos moribundos se dejó caer hácia atrás como si fuera á desmayarse.

--Me permitís, señora? continuò la favorita.

--Haced lo que gusteis, señora, dijo la vieja con voz muy débil.

La señora Dubarry no perdió tiempo: desatò el lazo de las vendas que cubrian la pierna, y las desarrollò rápidamente.

No sin gran sorpresa viò que la vieja dejaba desatar su vendaje sin decir una palabra.

--Sin duda espera que vaya á levantar el cabezal para prorrumpir en desaforados gritos; pero aunque sea preciso ahogarla, veré su pierna, murmuró la favorita prosiguiendo su tarea.

La señora de Bearne gemía, pero no oponia resistencia alguna.

La señora Dubarry levantó el cabezal y vió una verdadera llaga. Aquello ya no era fingimiento, y allí era donde se estrellaba la diplomácia de la favorita. No podia hablarse con mas elocuencia de lo que

lo hacia aquella lìvida y sanguinolenta quemadura.

Verdad es que la Sra. de Bearne podia haber visto y reconocido á Chon; pero entonces se levantaba á la altura de Porcia y de Mucio Scévola.

La Dubarry calló y admiró.

La vieja, vuelta en sí, gozaba plenamente de la victoria, lanzando una mirada triunfadora á la condesa, que estaba arrodillada á sus plantas.

Volvió la favorita á colocar el vendaje con aquel tiento, delicadeza y esmero de las mujeres, cuya mano es tan ligera para los heridos, acomodó sobre el almohadon la pierna de la enferma, y sentándose á su lado le dijo:

--Sois mas fuerte de lo que yo creia, y os pido perdon por no haber atacado desde luego la cuestion como convenía á una mujer de vuestro valor. Presentad vuestras condiciones.

Los ojos de la vieja brillaron, pero como la luz de un relámpago su brillo se apagó instantáneamente.

--Manifestadme lisa y llanamente vuestro deseo, Sra., dijo, y veré en que puedo complaceros.

--Quiero, dijo la condesa, ser presentada en Versalles por vos, Sra., aunque tengais que sufrir por espacio de una hora los horribles dolores que habeis sufrido esta mañana.

La Sra. de Bearne escuchò sin pestañear.

--Y qué mas? dijo.

--Eso es todo, Sra.; ahora os toca á vos.

--Quisiera, dijo la vieja con una entereza que probó claramente á la condesa que se trataba con ella

de potencia á potencia, quisiera ver garantidas las doscientas mil libras de mi pleito.

--Me parece que si ganais el pleito tendreis, no solo doscientas, sino cuatrocientas mil libras.

--No, porque considero como mias las doscientas mil libras que me disputan los Saluces. Las otras doscientas mil serán una buena fortuna que habrá que añadir al honor que he tenido en conoceros.

--Tendreis esas doscientas mil libras, Sra. ¿Y què mas?

--Tengo un hijo á quien amo apasionadamente. La espada siempre ha sido llevada con honor por los miembros de mi familia, y nacidos para mandar, debeis suponer que somos medianos soldados. Necesito inmediatamente una compañia para mi hijo, con un despacho de coronel para el año próximo.

--¿Quién correrá con los gastos del regimiento?

--El rey, pues ya comprendeis que si gasto en ese regimiento las doscientas mil libras de mi beneficio, seré tan pobre mañana como lo soy en la actualidad.

--Ajustada bien la cuenta, eso asciende á seiscientas mil libras.

--Cuatrocientas mil suponiendo que el regimiento valga doscientas, lo cual es apreciarlo en mucho.

--Sea; quedaréis satisfecha en esto.

--Tengo que pedir tambien al rey la restitucion de mi viña de Turena: son cuatro buenas fanegas que los ingenieros del rey me quitaron hace once años para el canal.

--Ya os las han pagado?

--Sí, pero lo que quisieron los peritos, y yo taso mis tierras en doble cantidad de la que ellos les dieron.

--Bien! se os pagará otra vez. Hay mas?

--Perdonad; como debeis suponer, no tengo mucho dinero, y debo á mi abogado Flageot unas nueve mil libras.

--Nueve mil libras!

--Oh! es lo menos que puede dársele.

--Si, lo creo, dijo la condesa. Pagaré esas nueve mil libras de mi bolsillo particular. Supongo que no podreis quejaros de mi complacencia, ¿es verdad?

--Oh! no, pero creo tambien haberos dado pruebas, por lo que á mí toca, de mi buena voluntad.

--¡Si supiérais cuanto siento que os hayais quemado el pié! dijo con irònica sonrisa la Dubarry.

--Pues yo no lo siento, Sra., respondiò la litigante, puesto que á pesar de este accidente, mi buen deseo me dará fuerzas para serviros como si nada me hubiera sucedido.

--Reasumamos, dijo la Dubarry.

--Esperad.

--Habeis olvidado algo?

--Un pormenor.

--Decidlo.

--Yo no podia esperar presentarme delante de nuestro gran rey. Ay! Versalles y su lujo han cesado hace mucho tiempo de serme familiares, de suerte que no tengo vestido.

--Habia previsto ese caso, Sra.; ayer, despues de vuestra partida, se principió á hacer vuestro traje de presentacion, y he tenido cuidado de encargarlo á otra modista,--ya que la mia se halla ocupada,--para que se pueda hacer mas pronto. Mañana al medio dia estará dispuesto.

--Tampoco tengo aderezo.

--Los señores Baemer y Bosanger os darán mañana, por órden mia, un aderezo de doscientas diez mil libras, que os tomarán pasado mañana por doscientas mil. De este modo se hallará pagada vuestra indemnizacion.

--Muy bien, señora; nada mas tengo que desear.

--Ya veis mi deseo de complaceros en todo.

--Y el despacho de mi hijo?

--S. M. mismo os lo entregará.

--Y la promesa de los gastos del regimiento?

--En el despacho irán incluidos.

--Perfectamente. No me queda otra pregunta que haceros que la de mis viñas.

--¿En cuánto estimais esas cuatro fanegas?

--En seis mil libras cada una. Oh! eran tierras muy fértiles.

--Voy á firmaros una obligacion de doce mil libras, que con las doce mil que ya habeis recibido, formarán exactamente las veinte y cuatro mil.

—Ahí teneis la escribania, dijo la condesa señalando con el dedo el objeto que nombraba.

—Voy á tener el honor de pasarla á vuestras manos, dijo la Dubarry.

—A mis manos?

—Sí.

—Para qué?

—Para qué os digneis escribir á S. M. la carta que voy á tener el honor de dictaros. Ya sabeis aquello de toma y daca.

—Es justo; dijo la Sra. de Bearne.

—Quereis escribir? Sra.

—Acercó la vieja la mesa á su sillon, preparó su apel, cojiò la pluma y esperó.

La condesa Dubarry dictó:

«Sr., la dicha que esperimento al ver aceptada por V. M. la oferta que hice de ser madrina de mi querida amiga la condesa Dubarry.....

La vieja torció los labios è hizo escupir su pluma.

—Teneis una pluma muy mala, condesa, dijo la favorita, tomad otra.

—No hay necesidad, señora; ya se irá acostumbrando.

--Lo creeis así?

--Así lo creo.

La favorita prosigiò dictando:

«Me impele á rogar á V. M. se digne mirarme con ojos propicios, cuando mañana me presente en Versalles, si es que os dignais permitirlo. Me atrevo á creer, Señor, que V. M. puede honrarme con una buena acogida, siendo aliado de una casa, cuyos miembros han derramado mas de una vez su sangre por el servicio de los príncipes de vuestra dinastia.»

--Ahora firmad si no teneis inconveniente, dijo la Dubarry.

Y la condesa firmò:

«*Anastasia Eufemia Rodolfo,*
Condesa de Bearne.»

La vieja escribió con mano firme; los caracteres eran caidos y del tamaño de media pulgada, y en toda la carta habìa una aristocrática cantidad de faltas de ortografía.

Asi que hubo firmado la carta, retùvola con una mano mientras pasó con la otra la tinta, el papel y la pluma á la Sra Dubarry, la cual con una letrita recta suscribió una obligacion de 21,000 libras: para indemnizar la pérdida de las viñas, 12,000; y 9,000 para pagar los honorarios del abogado Flageot.

En seguida escribió un billete á los señores Bœmer y Bosanger, joyeros de la corona, suplicándoles que entregasen al portador el aderezo de esmeraldas y diamantes llamado *Luisa*, porque procedia de la princesa tia del delfin, que lo habia vendido para sus limosnas.

En seguida madrina y ahijada se entregaron recìprocamente sus papeles.

—Con todo mi corazon, señora.

—Ahora, dijo la Sra. Dubarry, dadme una prueba de vuestra amistad, querida condesa.

—Estoy segura que si consentís en instalaros en mi casa, Trouchin os curará en menos de tres dias. Venid, pues; al mismo tiempo probareis mi aceite, que es prodigioso.

—Dispensadme, señora, dijo la prudente vieja; pero necesito despachar aqui algunos asuntos antes de volver á veros.

—Me desairais?

—Todo lo contrario, os declaro que acepto el favor que me haceis, pero no ahora. Escuchad, la una ha dado en la Abadia; dadme de término hasta la tres, y á las cinco en punto os prometo estar en Luciennes.

—¿Permitís que á las tres venga mi hermano á buscaros en su coche?

—Con mucho gusto.

—Ahora, cuidaos hasta entonces.

—Nada temais. Os he dado mi palabra, y aun cuando vaya en ello mi vida, mañana estaré en Versalles.

—¡Hasta mas ver, mi querida madrina!

—¡Hasta luego, mi adorable ahijada!

Y se separaron, continuando la vieja acostada, con una pierna sobre un almohadon y una mano en sus papeles: y la señora Dubarry, mucho mas ligera que á su llegada, pero con el corazon ligeramente oprimido por no haber sido mas fuerte con una vieja litiganta, ella, que doblegaba ante el mas lijero de sus caprichos la frente del rey de Francia.

Al atravesar el salon viò á Juan, que sin duda para no infundir sospechas sobre su presencia prolongada, acababa de atacar la segunda botella.

Al ver á su cuñada saltò de su silla y corrió hacia ella.

—¿Y bien, que es lo que hay? le dijo.

—¿No te acuerdas de lo que dijó el mariscal de

Sajonia á S. M. mostrándole el campo de batalla de Fontenoy? «Sr., por este espectáculo conocereis cuán cara y dolorosa es una victorria.»

—Hemos pues salidos vencedores? preguntò Juan.

—Escucha otra sentencia de la antigüedad. «Otra victoria como esta, y quedamos arruinados.»

—Pero, ¿tenemos madrina?

—Sí, solamente que nos cuesta cerca de un millon.

—Oh! oh! esclamò Dubarry haciendo un gesto espantoso.

—Qué quieres? aprovecha la ocasion.

—Eso es escandaloso.

—Sea lo que quiera, conviene aguantarse, porque podria suceder que si no fuésemos muy prudentes, nos quedáramos sin madrina ó nos costára el doble.

—Cáspita! que mujer!

--Es una romana.

--Es una griega.

- No importa; griega ó romana prepárate para acompañarla á las tres y conducirla á Luciennes. No estarè tranquila hasta tenerla bajo llave.

--Yo no me muevo de aquí dijo Juan.

--Y yo corro á prepararlo todo, dijo la condesa.

Y subiendo precipitadamente á su coche:

--A Luciennes! gritò, Mañana á Marly.

--Bien mirado, dijo Juan siguiendo con la vista el coche, costamos bien caros á la Francia!... Es verdad, que no deja de ser esto lisonjero para los Dubarry.

XXXVI.

Donde se trata de la quinta conspiracion del Mariscal de Richel.

HABIA ya vuelto el rey á instalarse en Marly, su residencia favorita.

No tan esclavo de la etiqueta como Luis XIV, que buscaba en las reuniones de la corte ocasiones de ensayar su poder, Luis XV buscaba en cada cìrculo noticias, de que estaba siempre deseoso, y sobre todo esa variedad de fisonomìas, distraccion que preferia á todas las demas, principalmente cuando aquellas fisonomías eran risueñas.

En la misma noche de la entrevista que acabamos de referir, y dos horas despues que la Sra. de Bearne, segun su promesa, cumplida fielmente esta

vez, se habia instalado en el gabinete de la Dubarry, el rey jugaba en el salon azul.

Tenia á su izquierda á la duquesa de Ayen, y á su derecha á la princesa de Guemenée.

Algo distraido andaba S. M., y esa distraccion fué causa de que perdiese ochocientos luises; dispuesto despues á cosas sérias por esta pérdida, — Luis XV, digno descendiente de Enrique IV, queria ganar siempre, — el rey se levantó á las nueve para ir á hablar junto á una ventana con el Sr. de Malesherbes, hijo del ex-canciller; en tanto que el Sr. de Maupeon que con el de Choiseul hablaban inmediatos á una ventana que habia en frente, no le quitaba ojo y seguia la conversacion con miradas inquietas.

Mientras esto tenia lugar, habiase formado un círculo al lado de la chimenea, compuesto de las princesas Adelaida, Sofía, Victoria y sus damas de honor y gentiles-hombres, que allì se habian retirado despues de haber dado un paseo por los jardines.

Ese pequeño grupo componìase en sus personajes principales, —esceptuadas las tres hijas del rey, de las Sras. de Grammont, Guemenée, Choiseul, Mirepoix y Polastron. Viva y animada era la conversacion. é indicios mostraba de serlo todavía mas, si se atiende á algunas pequeñas escaramusas de palabras que preludiaban una batalla formal, sin embargo de no poder considerarse entonces sino como simples y avanzadas guerrillas.

En el instante en que vamos á tomar parte en la conversacion, la princesa Adelaida contaba una his-

toria de cierto obispo puesto á disposicion del penitenciario de la diócesis. La historia, que nos abstendremos de repetir, era medianamente escandalosa, sobre todo para una princesa real. Pero la época que intentamos describir no estaba, como es sabido, bajo la advocacion de la diosa Vesta.

--Pues bien, esclamó Victoria, ese obispo ha residido entre nosotros apenas hace un mes.

--A peor encuentro se espondrian en el palacio de S. M., dijo la Sra. de Grammont, si vinieran aquellos, que no habiendo venido jamás, quieren venir á él.

Ni uno solo de los circunstantes dejó de conocer desde las primeras palabras de la duquesa, y sobre todo por el tono en que estas palabras fueron pronunciadas, de quien queria hablar y sobre qué terreno iba á plantearse la conversacion.

--Por fortuna querer y poder son dos cosas muy distintas, ¿no es verdad, duquesa? dijo mezclándose en la conversacion un hombrecillo de 74 años que parecia tener 50 todo lo mas, si se atiende á su talle elegante, su voz fresca, su pierna fina, sus ojos vivos, su cutis blanco y su mano torneada y bella.

--Ah! he aquí al Sr. de Richelieu que se lanzó á las escalas como en Mahon, y que vá á tomar nuestra pobre conversacion por asalto, dijo la duquesa. Nosotras seguimos siendo siempre algo granaderos, ¿no es verdad, mi querido duque?

—Algo! Ah! duquesa, me agraviais, decid mucho.

—Pues bien. ¿no decia yo bien, duque?

—Cuándo?

—Ahora mismo.

—Y qué decias?

—Que las puertas del rey no se violentan.

—Como cortinas de alcoba. Soy de vuestro parecer, siempre de vuestro parecer.

La frase no dejó de hacer aproximar los abanicos á algunos rostros, pero produjo su efecto, aunque los detractores del tiempo pasado pretendian que el espíritu del duque habia envejecido.

Ruborizòse principalmente la Sra. de Grammont, porque á ella mas que á nadie se dirigia la epigramática frase.

—Señoras, continuó esta, trascurrido un breve instante; si el duque nos dice semejantes cosas, no seguiré mi historia, y á fé que perderèis mucho, á menos que no pidais al mariscal que os cuente otra.

—¡Yo, dijo el duque, yo interrumpiros cuando probablemente vais á hablar mal de alguno de mis amigos! Dios me libre! no tal, señora, voy por el concontrario á escucharos con todo el oido que me queda.

Estrechòse el cìrculo laededor de la duquesa.

La señora de Grammot lanzó una mirada hácia la ventana para asegurarse de que continuaba el rey allí. En efecto, allì estaba, pero aunque hablando con el Sr. de Malesherbes no perdia de vista el grupo, y su mirada se cruzó con la señora de Grammont.

Quedò la duquesa algo intimidada con la espre-

sion que habia creido leer en los ojos del rey; pero ya se habia lanzado y no quiso pararse á mitad del camino.

—Ya sabeis, continuò dirijiéndose principalmente á las tres princesas, que una dama,—el nombre no hace al caso, ¿no es verdad?—ha deseado no ha mucho, vernos, á nosotros los elegidos del Señor, en el trono de nuestra gloria, y cuyos rayos la matan de envidia.

--Vernos á nosotros! dónde? preguntó el duque.

--En versalles, en Marly, en Fontainebleau:

--Ya! ya!

--La pobre criatura no habia visto jamás de nuestros grandes círculos otra cosa que la comida del rey, á que son admitidos los mirones detras de las cortinas para ver comer á S. M. y á sus convidados desfilando por supuesto bajo la varita del ujier de servicio.

El Sr. de Richelieu tomó estrepitosamente un polvo de tabaco de una caja de porcelana de Cevres.

--Pero para vernos en Versalles, en Marly ò en Fontainebleau es menester ser presentada, dijo el duque.

--Justamente; la dama de quien se trata solicitó la presentacion.

--Apuesto cualquier cosa á que le fué concedida, dijo el duque; ¡el rey es tan bueno!

—Desgraciadamente para ser presentado no basta el permiso del rey, sino que se necesita tambien una persona que presente.

—Sí, dijo la señora de Guemenée, como si dijéramos una madrina.

—Ya, pero no todos tienen madrina, dijo la señora de Mirepoix; testigo la linda borbonesa, que busca una y no la encuentra.

Y púsose á talarear:

Muy disgustada se halla
la linda borbonesa.

—Ah! mariscala, dijo el duque de Richelieu, dejad todo el honor de su relacion á la señora duquesa.

—Vamos, vamos, duquesa, dijo la princesa Victoria, acabad ya que habeis comenzado. No vayais ahora á cortar el hilo.....

--Nada de eso; quiero contar mi historia hasta el fin. No teniendo madrina, se buscó una. Buscad y hallaréis, dice el Evangelio. Buscóla pues con tanto cuidado que la encontró; ¡pero que madrina! Dios mio! Una buena mujer del campo! muy sencilla, y muy cándida. La sacaron de su palomar, la contemplaron, la mimaron, y la adornaron.

—Eso es escandaloso, dijo la señora de Guemenée.

—Pero de repente, cuando la pobre provinciana estaba bien contemplada, mimada y adornada, baja rodando la escalera de su casa....

—Y qué? dijo el señor de Richelieu.

--Què? que
el pié se fracturò;

dijo la duquesa, añadiendo un verso de circunstancias á los dos de la mariscala de Mirepoix.

—De modo, dijo la Sra. de Guemenée, que ya no hay presentacion?

--Ni sombra, querida mia.

--Lo que es la Providencia! dijo el mariscal levantando las manos al cielo.

--Perdonad, dijo Victoria; pero yo compadezco mucho á la pobre provinciala.

--Todo lo contrario, Sra., dijo la duquesa, felicitémosla, puesto que de dos males ha escogido el menor.

--La duquesa se interrumpió de pronto porque acababa de tropezar otra vez con la mirada del rey.

--¿Pero de quien quereis hablar, duquesa? replicò el mariscal dando á entender que queria averiguar la persona de quien se trataba.

--No me han dicho el nombre.

--Que desgracia! dijo el mariscal.

--Haced lo que yo, que me ha costado el trabajo de adivinarlo.

--Si las damas presentadas fuesen fieles á los principios de honor de la antigua nobleza de Francia, dijo la Sra. de Guemenée con ironia, irian todas á dejar sus nombres en casa de la provinciala que ha tenido la feliz idea de torcerse un pié.

--Ah! en efecto, dijo Richelieu, hé ahì una buena idea; pero convendria saber como se llama esa escelente Sra. que nos salva de tan gran peligro; porque ya nada tenemos que temer: ¿no es verdad, querida duquesa?

--Oh! nada absolutamente, yo os respondo de

ello; la pobre Sra. está en cama con la pierna bendada é incapaz de dar un solo paso.

--¿Y si esa mujer, replicó la Sra de Guemenèe, encontrase otra madrina? Es tan astuta....

--Oh! nada hay que temer; no se encuentran tan fácilmente las madrinas.

--Diablo! ya lo creo, dijo el mariscal mascullando una de esas pastillas maravillosas á las cuales, segun decian, debia él su eterna juventud.

--En aquel instante el rey hizo un movimiento para acercarse, todos callaron y entonces resonó en el salon la voz del rey, tan clara y tan conocida:

--Adios, Sras.; buenas noches, Sres.

Levantáronse todos al punto, y hubo un gran movimiento en la galeria.

El rey dió algunos pasos hácia la puerta, y volviéndose al tiempo de salir como si hubiese olvidado decir algo.

--Apropòsito, dijo, mañana habrá presentacion en Versalles.

Estas palabras cayeron como el rayo sobre la asamblea.

Paseó el rey su mirada sobre el grupo de mujeres, que pálidas como la cera, se miraron unas á otras, y en seguida saliò sin añadir nada.

Pero apenas atravesó el umbral del salon seguido del estenso acompañamiento de gentil-hombres y cortesanos, cuando estallò la mina entre las princesas y personas que quedaron despues de su partida.

--Una presentacion! balbuceó la duquesa de Gram-

mont con rostro lìvido. ¿Què es lo que ha querido decir S. M.?

—Si será esa presentacion la vuestra? dijo el mariscal con una de esas sonrisas que le perdonaban sus mejores amigos.

Las princesas se mordian los labios con despecho.

—Oh! imposible, repetia sórdamente la señora de Grammont.

—Se componen hoy tan bien las piernas, duquesa! dijo el mariscal.

La señora de Choiseul se aproximó á su hermana, y le apretó el brazo en señal de aviso; pero la condesa estaba demasiado afectada y ofendida para reparar en nada.

—Eso seria una indignidad, esclamò.

—Sí, una indignidad! repitiò la señora de Guemenée.

Conoció la señora de Ghoiseul que nada tenia que hacer allí y se retiró.

—Oh! señoras, esclamó la duquesa dirigiéndose á las tres hijas del rey, no contamos con mas recursos que vuestra proteccion, porque siendo las primeras damas del reino ¿cómo es posible que tolereis que nos espongamos á encontrar en el único asilo inviolable de las damas de distincion una sociedad que no querrian nuestras camareras?

Las princesas en vez de contestar bajaron tristemente la cabeza.

--Señoras, en nombre del cielo! esclamó la duquesa.

--El rey es el amo, dijo Adelaida suspirando.

--Es muy exacto, dijo el duque de Richelieu.

--Pero entonces toda la corte de Francia está comprometida, esclamó la duquesa. Ah! señores, que poco os cuidais del honor de vuestras familias!

--Señoras, dijo el Sr. de Choiseul haciendo un esfuerzo por reirse, como esto huele á conspiracion, no llevareis á mal que me retire, y que al retirarme me lleve al Sr. de Sartines. Venís, duque? continuó Choiseul dirigiéndose al mariscal.

—Oh! no á fé mia, dijo el mariscal, me gustan las conspiraciones y me quedo.

El Sr. de Choiseul se retiró llevándose al Sr. de Sartines.

Los pocos hombres que se encontraban todavía allì siguieron su ejemplo, no quedando en compañía de las princesas mas que las señoras de Grammont, Guemenée, Ayen, Mirepoix y Polastron, y ocho ó diez señoras mas que habian abrazado con fervor la querella de la presentacion.

El mariscal de Richelieu era el ùnico hombre que allí habia.

Las damas le miraban con cierta inquietud, como hubieran hecho los griegos al ver en su campo á un troyano.

—No tengais cuidado, dijo el duque, yo represento á mi hija, la condesa de Egmont.

—Sras., dijo la duquesa de Grammont, hay un medio de protestar contra la infamia que quieren imponernos, y por mi parte emplearé este medio.

—Qué medio es ese? preguntaron á una vez todas las mujeres.

—Nos han dicho, «el rey es el amo.»

—Y yo he contestado, «es exacto» dijo el duque.

—El rey es amo en su casa, es cierto, pero en la nuestra nosotras somos las amas; así que, ¿quién puede impedirme que diga esta noche á mi cochero: «á Chanteloux» en lugar de decirle: «á Versalles?»

—Es cierto, dijo el Sr. de Richelieu; pero aunque protesteis duquesa, ¿qué resultará de eso?

—Resultará que se reflexionará.

—Resultará de eso que se reflexionará mucho mas, esclamó la Sra. de Guemmenée, si muchas os imitan, Sra.

—¿Y por qué no hemos de imitar todas á la duquesa? dijo la mariscala de Mirepoix.

—Oh! Sras! dijo entònces la duquesa dirigiéndose de nuevo á las hijas del rey; ¡què bello ejemplo podriais dar á la corte!

—¿Y no nos pediria el rey cuenta de esa conducta? dijo la princesa Sofía.

—No, no, pueden estar seguras VV. AA., esclamó la rencorosa duquesa, no; el rey, que tiene un tacto tan esquisito, lo agradeceria mucho; porqué, creedme, el rey no violenta á nadie.

—Todo lo contrario, dijo el duque de Richelieu aludiendo por segunda vez á una invasion que la de Grammot habia hecho una noche en la cámara del rey, él es á quien se violenta y se coje á la fuerza.

Semejantes palabras produjeron por un momento en las filas de aquellas damas un movimiento parecido al que se observa en una compañía de granaderos cuando rebienta una bomba.

Un momento bastò sin embargo para que todas se recobrasen de aquella momentánea impresion.

--Muy cierto es que nada ha dicho el rey cuando hemos cerrado nuestra puerta á la condesa, dijo la princesa Victoria estimulada por el bullicio de la asamblea; pero podria suceder que en una ocasion tan solemne....

—Sí, Sras., ya se vé que asì podria suceder, replicó la de Grammont, si fuérais las únicas en declararos en rebeldía, pero como todas serémos, sobre este punto, rebeldes...

—Todas? esclamaron las mujeres.

—Sì, todas, repitió el viejo mariscal.

—¿Segun eso, sois tambien del complot? preguntò la princesa Adelaida.

—Quién lo duda? y por eso pido la palabra.

—Hablad, duque, hablad, dijo la señora de Grammont.

—Vamos pues por partes, dijo el duque; no basta gritar, todas, todas; pues persona habrá que grite hasta desgañítarse, haré tal cosa, y cuando llegue la ocasion haré precisamente todo lo contrario, y como yo soy del complot, segun acabo de tener el honor de deciros, no estrañaré verme abandonado, como lo fuì siempre que conspirè en tiempo del difunto rey ò en la época de la rejencia.

—En verdad, duque, dijo irónicamente la duquesa de Grammont, no se dirá que olvidais donde estais: en el pais de las Amazonas; os dais la importancia de gefe.

—Señora, dijo el duque, os suplico que creais que tengo algun derecho á ese rango que me disputais; vos le profesais un ódio mortal á la Dubarry,—ea, al fin he dicho su nombre, pero, nadie lo ha oido, ¿no es verdad?—Vos odiais, repitió á la Dubarry, pero yo estoy mas comprometido que vos.

—¿Vos, comprometido, duque? preguntó la mariscala de Mirepoix.

—Sí, comprometido, y horriblemente; hace ocho dias que no he estado en Luciennes, cuatro que no he ido á Versalles, y esto es tan cierto, que ayer mandò á preguntar la condesa al pabellon de Hannòver si me hallaba enfermo, y ya sabeis que Rafé contestó que la prueba de que yo estaba bueno era que no habia vuelto desde la vìspera: pero abandono mis derechos, no soy ambicioso, os dejo la primera fila y aun os coloco en ella. Lo habeis puesto todo en movimiento, sois el botafuego y sublevais las conciencias; por consiguiente os corresponde el baston del mando.

—Despues de las princesas, dijo la duquesa respetuosamente.

—Oh! dejadnos el papel posivo, dijo Adelaida. Nosotras vamos á ver á nuestra hermana á San Dionisio; ella nos detiene, no volvemos, y nada habrá que decir.

—Nada absolutamente, dijo el duque; seria preciso tener muy malas intenciones.

—Yo, dijo la duquesa, me dedicarè á cuidar mi casa en Chanteloux.

—Bravo! esclamó el duque, esa es una razon convincente.

—Yo, dijo la princesa de Guemmenée, yo tengo un hijo enfermo, y me pondré mi bata para cuidar á mi hijo.

—Yo, dijo la Sra. de Polastron, me siento muy aturdida esta noche, y seré capaz de caer enferma y enferma de peligro, si Trouchin no me sangra mañana.

—Y yo, dijo majestuosamente la mariscala de Mirepoix, no voy á Versayes, porque no voy; esta es la razon que alego, ¡el libre alvedrio!

—Bravísimo, dijo Richelieu, no puede haber mas lògica en todas las razones que se han emitido, pero no basta la lógica, es preciso jurar.

—Cómo! jurar?

—Sí, se jura siempre en las conspiraciones; desde la conjuracion de Catilina hasta la de Cellamare, de que tuve el honor de formar parte, se ha jurado siempre; verdad es que no por eso han salido mas ò menos bien, pero ¿qué quereis? debemos respetar la costumbre. ¡Juremos, pues; esto es muy solemne, vais á ver!

Y tendiendo la mano en medio del grupo de mujeres, dijo majestuosamente:

—Lo juro.

Todas las damas repitieron el juramento, á escepcion de las princesas que habian ya desaparecido.

—Se levanta la sesion; dijo el duque; en una conspiracion, luego de haber jurado, nada mas queda ya que hacer.

—Oh! que furor, cuando se encuentre sola en el salon, esclamó la de Grammont.

—Hum! el rey nos desterrará, dijo Richelieu.

—Y decidme, duque, esclamó la Sra. de Guemenée, ¿qué será de la córte si nos destierran?.... No se destierra á una córte entera por quìtame allá esas pajas. Todo lo mas que se hace es elegir algunas personas.

—Bien sè que eso es lo que se acostumbra hacer, dijo Richelieu, porque siempre dá la casualidad que soy de los escogidos; ya me han elegido cuatro veces, porque, en resumidas cuentas, Sras, esta es la quinta conspiracion en que tomo parte.

—Bah! no creais eso, duque, dijo la Sra de Grammont; yo seré la sacrificada.

—O el Sr. de Choiseul, añadió el mariscal.

—Al Sr. de Choiseul le sucederá lo que á mí; perderá la gracia del rey; pero no sufrirá una afrenta.

—No seréis vos, duque, ni vos duquesa, ni Choiseul á quien desterrarán, dijo la mariscala de Mirepoix, sino á mí. El rey no podrá perdonarme que sea menos atenta con la condesa que lo he sido con la marquesa.

—Es verdad, dijo el duque, vos, á quien siempre han llamado la favorita de la favorita, ¡pobre mariscala, nos desterrarán juntos!

---Nos desterrarán á todos, dijo la señora de Guemenée levantáandose, porque espero que ninguno de nosotros volverá atrás en la determinacion tomada.

—Y despues de haber prestado juramento mayormente, dijo el duque.

—Oh! por lo que pueda suceder dijo la de Grammont, voy á tomar todas mis medidas.

—Vos? dijo el duque.

—Sì; para estar mañana en Versalles á las diez se necesitan tres cosas.

—Cuales?

—Un peluquero, un vestido y un coche.

—Sin duda.

—Y què!

—Qué? que ella no estará en Versalles á las diez; el rey se impacientará, despedirá su corte, y se aplazará la presentacion á las calendas griegas, luego que llegue la delfina.

Estrepitosa salva de aplausos acojió este nuevo episodio de la conjuracion; pero mientras aplaudian mas fuerte que los demas, el duque de Richelieu y la señora de Mirepoix se dirigieron una mirada de inteligencia.

A las once todos los conjurados se retiraban por el camino de Versalles y de S. German, alumbrados por una hermosa luna.

Unicamente el duque de Richelieu habia tomado el caballo de su lacayo, y mientras su coche, echadas las cortinas, corria ostensiblemente por el camino de Versalles, encaminábase él á Parìs por un atajo.

XXXVII.

Ni peluquero, ni vestido, ni coche.

DE muy mal tono hubiera sido que la señora Dubarry partiese de su habitacion de Versalles para dirigirse á la gran sala de las presentaciones.

Por otra parte, Versalles era muy pobre de recursos en un dia tan solemne: y en fin, no era esta la costumbre. Los elojios llegaban con el estrépito de embajadores, ora desde su palacio de Versalles, ora desde su casa de París.

La condesa Dubarry escojió este ùltimo punto de partida.

Desde las once de la mañana habia llegado á la calle de Valois con la señora de Bearne, á quien tenia bajo llave cuando no la tenia bajo su sonrisa, y cuya

herida refrescaba á cada instante con todos los secretos que proporcionaban la medicina y la química.

—Desde la víspera, Juan Dubarry, Chon y Dorée habian puesto manos á la obra, y el que no los hubiera visto en aquella tarea, difícilmente habria podido formarse una idea de la influencia del oro y del poder del ingenio humano.

La una andaba en busca de un peluquero, la otra aguijonaba á las costureras; Juan, que tenia el departamento de los coches, se encargaba ademas de vigilar á costureras y peluqueros. La condesa, ocupada en flores, diamantes y encajes, estaba muy afanada en abrir las cajitas de las joyas, y recibia cada hora correos de Versalles que le decian que se habia dado la órden de iluminar el salon de la reina.

Hácia las cuatro de la tarde entró Juan Dubarry pálido y agitado, pero alegre.

—Qué? preguntó la condesa.

—Todo está preparado.

—El peluquero?

—He encontrado á Dorée que habia ido á buscarle. Estamos convenidos en lo que se ha de hacer, y le he dejado en la mano un vale de 50 luises. Comerá aquí á las seis en punto, y por consiguiente podemos estar tranquilos por este lado.

—El vestido?

—El vestido será magnífico. He encontrado á Chon que cuida de él; veinte y seis costureras estan cosiendo las perlas, las cintas y las guarniciones. De esta suerte se habrá hecho tela por tela ese trabajo pro-

digios, que hubiera costadoocho dias á cualesquiera otras.

--¿Cómo se entiende tela por tela? esclamó la condesa.

—Sì, querida hermana, entran trece clases de telas: dos costureras por cada tela; la una cose por la izquierda y la otra por la derecha, adornándose cada tela por separado, de suerte que no se uniran hasta el ùltimo momento. Todavía quedan dos horas de trabajo. A las seis de la tarde tendremos el vestido.

—Estais seguro de ello, Juan?

—Ayer hice el cálculo de las puntadas con mi ingeniero. Diez mil puntadas entran en cada tela, cinco mil por cada costura. En esta tela gruesa no puede una mujer dar mas de una puntada en cinco segundos: esto es, 12 por minuto, 720 por hora y 7200 en diez horas. Dejo las 2200 para los descansos indispensables y las falsas picaduras, y tenemos todavía cuatro horas de ventaja:

—Y el coche?

—Oh! en cuanto al coche ya sabeis que respondo de él: el barniz se está secando en un gran almacen, cuya temperatura se ha puesto espresamente á cincuenta grados. Es una hermosa carretela, comprada con la cual, nada valen las carrozas que se han enviado para recibir á la delfina. Ademas de los blasones que forman el fondo de los cuatro tableros, he mandado pintar en los del costado las palomas que se acarician, y un corazon atravesado por una flecha. El todo enriquecido con arcos, aljabas y antorchas.

Es infinito el nùmero de personas que acuden á casa de Erancia para verlo. A las ocho en punto está aquì.

En este momento entraron Chon y Dorée confirmando todo lo que habia dicho Juan.

—Gracias, mis queridos lugar-tenientes, gracias, dijo la condesa.

—Hermana mia, esclamó Juan, estás cansada, puedes dormir una hora y esto te hará muchìsimo provecho.

—Dormir! ah! sí! dormiré esta noche, y muchos no podrán decir otro tanto.

Mientras estos preparativos se hacian en casa de la condesa, corria por la ciudad el rumor de la presentacion. Por ocioso que sea, y por indiferente que parezca, el pueblo parisiense es el mas novelero de todos los pueblos. Nadie ha conocido mejor los personajes de la córte y sus intrigas que el miron del siglo XVIII, ese mismo que no era admitido en ninguna fiesta interior, que no veia mas que los tableros geróglíficos de los coches y las misteriosas libreas de los lacayos corredores de noche. No era raro entonces que tal ó cual señor de la corte fuese conocido de todo Parìs, lo cual nada tenia de estraño representando la córte el principal papel en los espectáculos y en los paseos; y así tanto el señor de Richelieu en su sitial de la escena italiana, como la señora Dubarry en su carroza brillante como la de una reina, se presentaban á los ojos del público como un còmico querído ò como una actriz favorita de nuestros dias.

Es muy natural que nos interesen mas los rostros que conocemos que los que dejamos de conocer. Nadie existía en Parìs que desconociese á la condesa Dubarry, ávida de presentarse en el teatro, en los paseos, en los almacenes, como las mujeres ricas, jóvenes y hermosas. Se la conocia además por sus retratos, por su caricatura, por Zamora. La historia, pues, de la presentacion ocupaba tanto á París como á la corte. Aquel dia hubo gran reunion en la plaza del palacio real; pero pedimos perdon á la filosofia: no era para ver á Rousseau jugando al aljedrez en el café de la Rejencia, sino para ver á la favorita en su hermosa carroza y su magnìfico vestido de que tanto se habia hablado. La frase de Juan Dubarry: «costamos caro á la Francia,» era una sentencia profunda; ¿y qué cosa mas natural que la Francia representada por Parìs, quisiera gozar del espectáculo que tan caro pagaba?

Perfectìsimamente conocia la Dubarry á su pueblo, porque el pueblo francés fué con mas razon su pueblo que lo habia sido de Maria Leckyinska. Ella sabia qne le gustaba ser deslumbrado; y como era de buen carácter, se afanaba porque el espectáculo fuese proporcionado á los gastos.

En lugar de acostarse, como le habia aconsejado su cuñado, tomó desde las cinco á la seis un baño de leche, y en seguida, sin perder minuto, se entregó á sus camareras esperando la llegada del peluquero.

Léjos de nosotros la idea de pretender hacer gala de erudicion al hablar de una época tan conocida

en nuestros dias, que casi podria llamarse contemporánea, y que la mayor parte de nuestros lectores saben tan bien como nosotros; pero no será inoportuno esplicar, en este momento sobre todo, los cuidados, el tiempo y el arte que costaba un peinado de la condesa Dubarry.

Que se imagine el lector un edificio completo. El preludio de esos almenados castillos que la corte del jòven rey Luis XVI se construia sobre la cabeza como si todo en aquella época hubiera debido ser un presagio, como si la frìvola moda, eco de las pasiones sociales que socavaban la tierra bajo los pasos de todo lo que es ó parece grande, hubiese decretado que las mujeres de la aristocrácia habian de gozar de sus titulos por un tiempo demasiado limitado, y que por lo tanto debian ostentarlos en sus frentes; y por último, prediccion mucho mas siniestra, pero no menos exacta, como si les hubiesen anunciado, que teniendo poco tiempo para guardar sus cabezas, debian adornarlas hasta la exageracion y elevarlas cuanto pudieran sobre las vulgares.

Para trenzar aquellos hermosos cabellos, levantarlos alrededor de una almohadilla de seda, enrollarlos sobre moldes de ballena, matizarlos de piedras, perlas y flores, polvorearlos con esa nieve que daba brillantez á los ojos y frescura á la tez, en fin, para hacer armoniosos aquellos tonos de carne, nacar, rubí, òpalo, diamantes y flores onnicolores y multiformes, era preciso ser no solamente un gran artista, sino tambien un hombre sumamente cachazudo.

Así que, los peluqueros eran los únicos que de todos los gremios de oficio llevaban espada como los estatuarios: y esto esplica los 50 luises dados por Juan Dubarry al peluquero de la córte, y el temor de que el gran Lubin—el peluquero de la corte, en aquella época se llamaba Lubin,—y el temor, decimos, de que el gran Lubin fuese menos exacto ó menos diestro de lo que se esperaba.

Por desgracia muy pronto fueron justos semejantes temores; dieron las seis, y el peluquero no parecia; despues la seis y media y luego las siete menos cuarto. Una sola cosa infundia alguna esperanza á todos aquellos corazones palpitantes, y era que un hombre del mérito de Lubin debia naturalmente hacerse esperar.

Sin embargo dieron las siete; el vizconde temió que se enfriase la comida preparada para el peluquero, y que este artista no quedase satisfecho. Mandó por consiguiente un criado á su casa para avisarle que la comida estaba servida.

Un cuarto de hora despues volvió el lacayo.

Solo los que en iguales ò muy parecidas circunstancias han esperado, solo estos, repetimos, saben los minutos que tiene un cuarto de hora.

El lacayo habia hablado á la misma Sra. Lubin, la cual habia asegurado que su esposo acababa de salir y que si no habia llegado á la casa de la Sra. Dubarry, era indudable que estaba en camino.

—Bueno, dijo Dubarry, habrá encontrado algun carruaje que le impedirá el paso. Esperemos.

—Por otra parte, nada hay comprometido todavía, dijo la condesa; yo puedo ponerme medio vestida, pues la presentacíon no se verificará hasta las diez en punto. Nos quedan todavía tres horas, y no necesitamos mas que una para ir á Versalles. Entretanto, Chon, ensèñame mi vestido, y esto me distraerá. Pero ¿dònde está Chon? Chon! mi vestido, mi vestido!

—No ha llegado todavía, Sra., dijo Dorée, y la señorita Chon ha partido hace diez minutos para ir á buscarlo en persona.

—Ah! esclamó Dubarry, oigo ruedo de coche; sin duda será el nuestro.

Completamente se engañaba el visconde, pues era Chon que entraba en su coche con dòs caballos bañados de sudor.

--Mi vestido! esclamó la condesa cuando Chon estaba todavía en el vestíbulo, ¡mi vestido!

--Pues qué no lo han traido? preguntó Chon azorada.

--No.

--Oh! no puede tardar, continuó tranquilizándose, porque la modista cuando fuí á su casa, acababa de partir en un fiacre con dos de sus oficialas para traer y probar el vestido.

--En efecto, dijo Juan, vive en la calle de Baco, y el fiacre ha debido andar menos vivo que vuestros caballos.

--Sì, sí, seguramente, dijo Chon, que no podia, sin embargo, desechar cierta inquietud.

--Vizconde, dijo la Sra. Dubarry, bien pudieras enviar á buscar el coche, y á lo menos por este lado no tendriamos que esperar.

--Tienes razon, Juana.

Y Dubarry abrió la puerta.

--Que vayan á buscar el coche en casa de Erancia, dijo, y que lleven los caballos nuevos á fin de que se hallen de una vez enjaezados.

El cochero y los caballos marcharon.

Cuando el ruido de sus pasos comenzaba á perderse en direccion de la calle de San Honorato, entró Zamora con una carta.

--Carta para la Sra. Dubarry, dijo.

--Quién la ha traido!

--Un hombre.

--Còmo un hombre! qué hombre?

--Un hombre á caballo.

--Y por qué te la ha dado á tì?

--Porque Zamora se hallaba en la puerta.

--Pero, leed, condesa, leed, y dejaos de preguntar, esclamó Juan.

--Tienes razon, vizconde.

--Con tal que esta carta no contenga algo desagradable, murmuró Juan.

—Oh! no! dijo la condesa, será algun memorial para S. M.

—El billete no está doblado en forma de memorial.

—En verdad, vizconde, que no os deja vivir el miedo que teneis, dijo la condesa sonriendo y a-

briendo el billete; pero al leer los primeros renglones lanzó un agudo grito, y cayó sobre un sillon medio desmayada.

—Ni peluquero! ni vestido! ni coche! esclamò.

Chon se lanzò hácia la condesa, y Juan se precipitó sobre la carta.

La letra era muy menuda, y se conocia que era de mujer.

Decia así:

«Os advierto, señora, que esta noche no tendréis ni peluquero, ni vestido, ni coche.

«Espero recibireis á tiempo este aviso.

«Para no obligar vuestro agradecimiento, no os digo mi nombre. Adivinadme si quereis conocer á una sincera amiga»

--Ah ese es el ùltimo golpe que podíamos recibir, esclamò Dubarry en el colmo de la desesperacion. Por vida de.....!Necesito matar á uno. No viene el peluquero! Si llego á atraparle, le hago trizas. Las siete y media!.....y todavía no llega ese bribon. Ah! maldicion! maldicion!

Y Dubarry que no era el que habia de ser presentado aquella noche, se agarró de los cabellellos y se tiró de ellos desapiadadamente.

--Oh, Dios mio! esclamó Chon, lo que importa es el vestido, un peluquero puede encontrarse todavìa.

--¿Y de qué peluquero quereis echar mano? De asesinos? Al diablo todos ellos!

La condesa nada decìa, pero lanzaba suspiros que

hubieran enternecido á los mismos Choiseul si hubiesen podido oirlos.

--Vamos, vamos, un poco de calma, dijo Chon. Busquemos un peluquero, volvamos á casa de la modista para saber qué es del vestido.

--Ni peluquero! murmuraba la condesa con voz lánguida, ¡ni vestido ni coche!

--Es verdad; ni coche, esclamó Juan, no viene el coche, y sin embargo, debia ya estar aquí. Oh! este es complot, condesa. ¿Y Sartines no mandará prender á los autores? Y Maupeon no los hará ahorcar? No quemarán á los cómplices en la Greve? Quiero ver enredado al peluquero, atenaceada la costurera, y desollado al maestro de coches.

Mientras tanto habia vuelto en sí la condesa, pero solo para sentir mas profundamente el horror de su posicion.

--Oh! por esta vez estoy perdida, dijo en voz baja la señora Dubarry; los que han ganado á Lubin son bastante ricos para haber alejado á todos los buenos peluqueros de París. No se hallaran mas que asnos que me arrancarán los cabellos.....¡Y mi vestido.....! mi pobre vestido....! Y mi coche nuevo que iba á dar tanta envidia y tantos celos!

Ni una palabra contestaba Dubarry, pues no hacia otra cosa que dar vueltas por la sala, chocando á cada momento contra las paredes, tropezando contra los muebles, haciendo mil pedazos todo lo que le venia á las manos, y si los pedazos le parecian demasiado grandes, los rompia en otros mas pequeños.

En medio de esta escena de desolacion, que desde la pieza de tocador se habia propagado á las antecámaras, y desde las antecá naras al patio, mientras que los lacayos atolondrados por veinte órdenes diferentes y contradictorias, iban y venian, corrian y se chocaban uno, con otros, un jóven vestido con una casaca verde, calzon color de lila y medias de seda blancas se apeaba de un cabriolè, pisaba el umbral abandonado de la puerta de la calle, cruzaba el patio, y brincando de losa en losa sobre la punta de los piés, subia la escalera y venia á llamar á la puerta del tocador.

Juan iba ya á derribar una bandeja de porcelana que se habia enganchado en el faldon de su frac al querer impedir la caida de un hermoso jarro del Japon que habia apostrofado con un puñetazo.

Oyòse dar en la puerta tres golpes suaves, discretos y modestos.

Reinó entonces un gran silencio, y era tál la ansiedad que cada uno sentia, que nadie se atrevia á preguntar quien llamaba.

—Perdonad, dijo una voz desconocida: pero deseo hablar á la Sra. Dubarry.

—No se entra de ese modo en ninguna parte, dijo el portero corriendo detrás del desconocido para impedir que pasara mas adelante.

—Un momento, un momento, dijo Dubarry; no puede sucedernos cosa peor de la que nos sucede. ¿Qué quereis decir á la condesa?

Y Juan abrió la puerta comunicándola un formidable empuje.

El desconocido evitó el choque dando un salto hácia atrás, y dijo:

—Señor, queria ofrecer mis servicios á la señora condesa Dubarry, que, segun creo, está de ceremonia.

—Y qué servicios?

—Los de mi profesion.

—Y cuál es vuestra profesion?

—Soy peluquero.

Y á estas palabras hizo el desconocido una segunda reverencia.

—Ah! esclamó Juan saltando al cuello del jòven. Ah! sois peluquero! Entrad, amigo mio, entrad!

—Venid, Sr. , venid, dijo Chon cojiendo de la mano al jòven azorado.

—Un peluquero! esclamò la Sra. Dubarry levantando las manos al cielo. Un peluquero! Este es un ángel. ¿Os ha enviado Lubin?

—No me envia nadie. He leido en una *Gaceta* que ibais á ser presentada esta noche, y he dicho para mì: « ¡calla! si por casualidad no tiene la Sra. condesa peluquero, lo cual, aunque no es probable, es posible, ¿qué pierdo con presentarme? » Dije, y vine.

—Cómo os llamais? dijo la condesa algo tranquila.

—Leonardo, Sra.

—Leonardo, ¿no sois conocido?

—Todavía nó; pero si aceptais mis servicios, lo seré mañana.

—Hum! hum! esclamó Juan, ¡cómo si no hubiese mas que ponerse á peinar!

—Si la Sra. condesa desconfia de mí, dijo, me retiraré.

—Es que no tenemos tiempo para ensayar, díjo Chon.

—Y por qué decìs ensayar! esclamò el jóven Leonardo en un momento de entusiasmo, y despues de haber examinado atentamente á la Sra. Dubarry. Bien sé que es necesario qne la Sra. condesa atraiga todas las miradas con su peinado. Asi es que desde que contemplo á la señora, he inventado uno que estoy seguro producirá el efecto mas maravilloso.

Y el jòven peluquero hizo con la mano un movimiento lleno de confianza en sí mismo, que empezó á tranquilizar á la condesa é introducir la esperanza en el corazon de Chon y de Juan.

--Ah! en efecto, dijo la condesa admirada del desembarazo del jòven que se daba cierto aire de importancia, como hubiera podido hacer el mismo Lubin en persona.

--Pero ante todas cosas convendria que yo viese el vestido de la señora condesa para que guarden armonía los adornos.

--Oh! mi vestido! esclamò la señora Dubarry, llamada á la terrible realidad, ¡mi pobre vestido!

Juan se diò una palmada en la frente.

--Ah! es verdad! dijo, aqui hay una intriga horrible..... ¡Lo han robado, vestido, costurera y todo! Chon, mi buena Chon!

Y Dubarry, cansado de arrancarse los cabellos, se puso á sollozar.

---Podias volver á casa de la modista, Chon, dijo la condesa.

--¿A qué he de ir, contestò Chon, si ha salido de su casa para venir aqui?

--Ay! murmuró la condesa recostándose en su sillon, ay! ¿De què me sirve un peluquero si no tengo vestido?

En aquel momento sonò la campanilla de la puerta, pues que temiendo el portero que no volviera otro á introducirse como acababa de hacer el peluquero, habia cerrado todas las puertas y echado todos los cerrojos.

---Estan llamando, dijo la Dubarry.

Chon se asomó á la ventana.

--Una caja! esclamó.

--Una caja! repitió la condesa. ¿La traen aqui?

--Sì, no, sí, la entregan al portero.

---Corre, Juan, corre en nombre del cielo.

Juan se precipitó por la escalera, atropelló á todos los lacayos y arrancó la caja de manos del portero.

Chon le miraba por detras de los cristales.

El vizconde levantò la tapa de la caja, metió la mano hasta el fondo y arrojó un grito de alegria.

Iba dentro de la caja un magnífico vestido de seda de China con flores de adorno y una guarnicion de encaje de un valor incalculable.

---Un vestido, un vestido! gritò Chon llena de alegria.

--Un vestido? repitió la señora Dubarry, prò-

xima á sucumbir á la alegria, como lo habia estado á sucumbir al dolor.

---¿Quién te ha entregado esto? preguntó Juan al portero.

--Una muger, señor.

--Pero qué muger?

---No la conozco.

---Donde está?

---No lo sé; dejó la caja delante de la puerta diciendo: "para la señora condesa." En seguida subió al cabriolé que la había traido, y marchó con toda la velocidad del caballo.

--Vamos, dijo Juan, ya tenemos vestido, que es lo principal.

—Pero subid, Juan, gritó Chon; mi hermana está impaciente.

—Mirad, dijo Juan, mirad lo que el cielo nos envia.

—Pero no me sentará bien, porque no se ha hecho para mí. ¡ Què lástima! por que al fin es muy lindo.

Chon tomó rápidamente una medida.

—La misma longitud, dijo, y el mismo ancho del talle.

—Qué tela tan rica! Dijo Dubarry.

—Esto es fabuloso! dijo Chon.

—Incomprensible añadió la condesa.

--Esto prueba, dijo Juan, que si teneis grandes enemigos, no nos faltan amigos sinceros.

—No puede ser un amigo, dijo Chon, porque

¿cómo era posible que supiese lo que se tramaba contra nosotros? Preciso es que sea algun hechicero, algun duende.

--Mas que sea el diablo! esclamó la señora Dubarry, poco me importa, mientras me preste ayuda para derribar á los Grammont; ¡nunca será tan diablo como esa gente!

—Y ahora, dijo Juan, estaba pensando.....

—En què?

--En que sin desconfianza ninguna puedes poner tu cabeza á disposicion de ese peluquero salido por escotillon.

—Y que es lo que te impele á tener tal desconfianza?

—Pardiez! es imposible que no le envie el mismo que nos ha enviado el vestido.

--A mí! esclamò Leornado con natural sorpresa.

—Vamos! vamos! dijo Juan, esa historia de la *Gaceta* no es mas que una comedia, ¿no es verdad, amigo mio?

—Esa es la pura verdad, señor vizconde, y en prueba de ello aquí en el bolsillo traigo el diario, como que lo habia conservado con la esperanza de convertirlo en papillotes.

Y el peluquero sacó en efecto del bolsillo de su chupa una *Gaceta* en la que se annuciaba la presentacion.

—Vamos, vamos, manos á la obra, dijo Chon; estan dando las ocho.

—Oh! tenemos tiempo, dijo el peluquero; una hora basta á la señora para ir.

—Sí, como tengamos carruaje, dijo la condesa.

—Oh! es verdad, dijo Juan, y ese pícaro de Erancia que no llega.

—¡Ni peluquero, ni vestido, ni coche! esclamó la condesa.

—Oh! dijo Chon espantada, ¿nos faltará asi á la palabra?

—No, dijo Juan, aquí está ya.

—Y el coche? el coche? preguntó la condesa.

—Habrá quedado á la puerta, dijo Juan. El portero vá á abrir. Pero que tiene el maestro de coches?

En efecto, casi al mismo tiempo se lanzó Erancia en el salon pálido y fuera de sì.

--Ah! Sr. vizconde! esclamó, el coche de la Sra. condesa estaba ya en camino para venir aquí, cuando al volver la calle Traversiere fué detenido por cuatro hombres que echaron al suelo al criado que le conducia, y poniendo los caballos al galope han desaparecido por la calle de S. Nicasio.

—Cuando yo os lo decia dijo Dubarty sin levantarse del sillon donde se habia sentado viendo entrar al maestro de coches, ¡cuando yo os lo decia!

—Pero esto es un atentado! gritó Chon. Vamos, levántate, corre, hermano mio.

--Levantarme? correr? y para qué?

--Para buscar un coche, pues aquí no hay mas que caballos derrengados y coches sucios. Juana no puede ir á Versalles con uno de esos muebles.

--Ba! dijo Dubarry, el que pone freno al furor de las olas, que dá alimento á los pajaritos y que en-

via un peluquero como el señor, y un vestido como ese, no nos dejará á pié por falta de un coche.

--Eh! callad, dijo Chon, oid un coche que viene.

--Y que se para, añadiò Dubarry.

--Sì, pero no entra, dijo la condesa.

--No entra, es verdad, dijo Juan.

Y asomándose á la ventana gritó:

--Corred voto á cribas, corred ó llegaréis demasiado tarde. Alerta! alerta! que á lo menos conozcamos á nuestro bienhechor.

Los lacayos, los batidores y los criados todos se precipitaron, pero era ya demasiado tarde. Un coche forrado de raso blanco y tirado por dos magnìficos caballos bayos estaba parado delante de la puerta.

El coche era lo ùnico que habia. Por lo demás ni huellas de cocheros ni de lacayos, y un simple encargado sujetaba á los caballos por la brida.

El comisionado habia recibido seis libras del que los habia conducido, y habia desaparecido hácia el lado de la plaza de las Fuentes.

Se examinaron los costados del coche; pero una mano rápida habia reemplazado las armas con una rosa.

Juan hizo entrar el coche en el patio, cerró en seguida la puerta y recogió la llave.

En seguida subió al gabinete del tocador, donde el peluquero se disponia á dar á la condesa las primeras pruebas de su ciencia.

--Amiguito mio, esclamó cogiendo el brazo de

Leonardo, si no nos nombrais á nuestro genio protector, si no nos lo señalais á nuestra gratitud eterna, juro...

--Mirad, Sr. vizconde, interrumpió flemáticamente el peluquero, que me haceis el honor de apretarme el brazo tan fuertemente, que tendré la mano engarrotada cuando vaya á peinar á la Sra. condesa; tenemos mucha prisa; son ya las ocho y media.

--Suelta, Juan, suelta! gritò la condesa.

Juan volvió á caer en un sillon.

--Milagro! dijo Chon, milagro! el vestido está ajustado á la medida..... una pulgada por delante y nada mas: pero dentro de diez minutos estará corregido este defecto.

--Y el coche que tal es? puede pasar? preguntò la condesa.

--Del gusto mas esquisito.... lo he examinado por dentro, respondió Juan: está guarnecido de raso blanco y perfumado con esencia de rosa.

--Entonces todo va bien, gritó la Sra. Dubarry batiendo sus lindas manos en señal de alegria. Vamos, señor Leonardo, si haceis una cosa buena, teneis asegurada vuestra suerte.

Leonardo no diò lugar á que se lo dijeran dos veces; apoderóse de la cabeza de la señora Dubarry, y apenas empezò á pasar el peine revelò un talento sublime.

Rapidez, gusto, precision maravillosa, inteligencia de las relaciones de la parte moral con la física, todo lo desplegó en el desempeño de aquella importante tarea.

A los tres cuartos de hora, la condesa Dubarry salió de sus manos mas seductora que la diosa Alfrodita, porque estaba mucho ménos desnuda y no era mènos bella.

Así que hubo dado la última mano á aquel edificio espléndido, así que hubo probado su solidez, así que hubo pedido agua para lavarse las manos y dado humildemente las gracias á Chon, que enagenada de gozo le servia como á un monarca, pidió permiso para retirarse.

--Escuchad, dijo Dubarry, yo soy tan testarudo en mis amores como en mis ódios. Espero pues que me digais ahora quien sois.

--Ya lo sabeis, señor; soy un jóven que principia á darse á conocer en su arte, y me llamo Leonardo.

--Cómo principiante! Caspita! si sois un maestro consumado.

--Sereis mi peluquero, señor Leonardo, dijo la condesa mirándose á un espejillo de mano, y os pagaré por cada peinado de ceremonia cincuenta luises. Chon, cuenta cien luises y entrégalos al maestro. Por ser el primer peinado que me haceis os doy cien luises; en lo sucesivo tendreis cincuenta por cada uno.

--Bien os lo decia, señora; que hariais mi reputacion.

--No peinareis á nadie mas que á mì.

--Entonces guardad vuestros cien luises, dijo Leonardo; quiero mi libertad, y á ella debo haber tenido el honor de peinaros hoy. La libertad es el primer bien del hombre.

--Un peluquero filósofo! esclamò Dubarry levantando las dos manos al cielo, ¿á dónde vamos á parar, Dios mio? á dónde vamos á parar? Pues bien; mi querido Leonardo, no quiero enfadarme con vos, tomad vuestros cien luises y guardad vuestro secreto y vuestra libertad. Al coche, condesa, al coche.

Estas palabras se dirigian á la señora de Bearne que entraba erguida y adornada como una matrona en una silla de manos, y á la cual acababan de sacar de su gabinete precisamente en el momento en que debian servirse de ella.

--Vamos, vamos, dijo Juan, que cojan á la señora entre cuatro y la lleven dulcemente hasta el pié de la escalera. Como exhale un solo suspiro os desuello vivos.

En tanto que cuidaba Juan, de esta delicada é importante maniobra, en lo que Chon le ayudaba en calidad de lugar-teniente, la señora Dubarry buscaba con la vista á Leonardo; pero este habia desaparecido.

--Por dónde ha pasado? murmuró la señora Dubarry, apenas recobrada de todas las emociones sucesivas que acababa de esperimentar. Por dónde habrá salido?

--A traves de las paredes ó por el agujero de la llave que es el camino ordinario por donde suelen pasar los duendes. Ahora lo que debes hacer, hermana mia, es tener mucho cuidado que tu peinado no se vuelva un pastel de tordos, que tu vestido no se trueque en tela de araña y que no lleguemos á Versalles en una calabaza arrastrada por dos ratones.

Y así que hubo dicho estas palabras, subió el vizconde Juan á su vez al coche donde ya habian tomado asiento la condesa de Bearne y su venturosa ahijada.

XXXVIII.

La Presentacion.

COMO todo lo grande, Versalles es y será siempre hermoso.

Ya se apodere el musgo de sus piedras carcomidas, ya sus estátuas de plomo, de bronce, ó de mármol, rotas y dislocadas, yazcan en el fondo de sus estanques sin agua, ya los árboles de sus grandes alamedas levanten al cielo sus ramas despojadas de verdura, no por eso dejará de haber siempre, aun en medio de las ruinas, un espectáculo pomposo y sorprendente para el pensador ó para el poeta que desde el balcon principal mire los horizontes eternos despues de haber mirado los esplendores efímeros.

Allá, cuando la vida y la gloria henchian el seno de Versalles; cuando Versalles se elevaba grande y gigantesco; cuando un pueblo sin armas, contenido por un pueblo de soldados brillantes, batia con sus oleadas las doradas rejas; cuando las carrozas de terciopelo, de seda y de raso, adornadas con orgullosos blasones rodaban bajo la sonora bòveda al galope de sus fogosos caballos, cuando todas las ventanas, despidiendo torrentes de luz como las de un palacio encantado, dejaban ver un mundo resplandeciente de diamantes, de rubies y de záfiros, que la mirada de un solo hombre encorvaba, como hace el viento con las espigas de oro entremezcladas de margaritas de nieve y amapolas de pùrpura; entonces sí que Versalles era bello, bello sobre todo cuando abria sus puertas para dar paso á correos enviados á todas las potencias, bello sobre todo cuando los reyes, los príncipes, los señores, los altos funcionarios, los sábios del mundo civilizado hollaban sus ricas alfombras, pisaban sus brillantìsimos mosáicos.

Y mas bello era aùn, cuando se adornaba para una gran ceremonia, cuando las suntuosidades del guardamuebles y las grandes iluminaciones redoblaban la mágia de sus riquezas, cuando suministraba Versalles á las imaginaciones mas frias una idea de todos los prodigios que pueden concebir el capricho y el poder humano.

Tal era la ceremonia de recepcion de un embajador, y tal tambien para los simples gentil-hombres a ceremonia de la presentacion. Luis XV, fundador

de la etiqueta que encerraba á cada uno en un espacio limitado, habia querido que la iniciacion en los esplendores de su vida real infundiese á los elegidos tal veneracion, que jamás tuviesen al palacio del rey sino como un templo, en el que tenian derecho de venir á adorar al Dios coronado, en un sitio mas ó menos próximo al altar.

Versalles, pues, ya degenerado sin duda, pero resplandeciente siempre, habia abierto todas sus puertas, encendido todos sus candelabros y sacado á luz todo su lujo para la presentacion de la Sra. Dubarry. El pueblo de curiosos, pueblo hambriento, pueblo miserable, y que sin embargo,—¡estraña cósa!—olvidaba su miseria y su hambre al aspecto de tan deslumbrador espectáculo, el pueblo, repetimos llenaba toda la plaza de armas y toda la avenida de Paris. Torrentes de fuego arrojaba el palacio por las cien bocas de sus ventanas, y desde lejos asemejábanse sus candelabros á una multitud de astros envueltos por una nube de oro.

A las diez en punto salió el rey de su aposento. Estaba mas lujoso que de costumbre; es decir, que sus encajes eran mas ricos y las hebillas solo de sus ligas y de sus zapatos valian un millon.

Conocedor, por el Sr. de Sartines, de la conspiracion tramada la víspera entre las envidiosas cortesanas, erguia la ceñuda frente, disgustado de no ver mas que hombres en la galeria.

Pronto sin embargo se serenó, cuando, en el salon de la reyna destinado especialmente á las presenta-

ciones, vió entre una nube de encajes y de polvo, en que hormigueaban los diamantes, primero á sus tres hijas, despues á la mariscula de Mirepoix, que habia hecho tanto ruido la víspera, y en una palabra, á todas aquellas turbulentas damas que habian jurado no salir de sus casas, y que olvidando sus promesas eran las primeras en acudir.

El duque de Richelieu corria como un general de unas á otras diciéndoles:

--Ah! os he cogido en el lazo, pérfidas!--Segurísimo estaba de que faltarìais á vuestra palabra! Cuando yo os lo decia!

—¿Y vos, duque, no estais tambien aquí? contestaban las damas.

—Yo represento á mi hija, la condesa de Egmon. Buscadla, no está aquì; ella sola se ha mantenido firme con la Sra. de Grammont y la Sra. de Guemenée. No hay remedio, mañana sufro mi quinto destierro, ó mi cuarta Bastilla. ¡Por Cristo que jamás se me ocurrirá volver á conspirar!

El rey apareció y estableciòse al propio tiempo un profundo silencio, en medio del cual se oyeron las diez, hora solemne. Rodeaba á S. M. una córte numerosa, contándose mas de cincuenta gentil-hombres que habian jurado no venir á la presentacion, y sin duda por este mismo motivo estaban todos presentes.

No se escapò á la primera mirada del rey la falta en aquella espléndida asamblea de la señora de Grammont, la señora de Guemenée y la condesa de Egmont.

Acercóse al señor de Choiseul, que no obstante su sosegado continente, mal podia reprimir su inquietud bajo aquella máscara de indiferencia.

—¿No veo aquí, dijo, á la duquesa de Grammont?

—Señor, respondiò el de Choiseul, mi hermana está enferma, y me ha encargado que ofrezca á V. M. sus humildes respetos.

—Tanto peor! esclamó el rey, y volviò la espalda al señor de Choiseul.

Al volverse se hallò cara á cara con el príncipe de Guemenée.

—¿Y la princesa de Guemenée? dijo, ¿dónde está? cómo no la habeis traido, príncipe?

—¡Imposible, señor! la princesa está enferma; me la he encontrado en cama cuando he ido en su busca.

—Ah! tanto peor, tanto peor, dijo el rey. Ah! hé aqui al mariscal. Buenas noches, duque.

—Señor, dijo el viejo cortesano inclinándose con la flexibilidad de un jóven.

—Vos no estais enfermo, dijo el rey con voz bastante alta para que fuese oido por el Sr. de Choiseul y el príncipe de Guemenèe.

—Siempre que se trata para mí de la felicidad de ver á V. M., respondiò el duque de Richelieu, me siento muy bueno, señor.

—Pero, añadiò el rey mirando á su alrededor: ¿vuestra hija, la señora de Egmont, cómo es que no está aquí?

Viendo el duque que le escuchaban tomó un aire de profunda tristeza.

—Ay, señor! mi pobre hija se vé privada del honor de depositar á los piés de V. M. sus humildes homenajes, á lo menos por esta noche, pues se halla muy enferma....

—Tanto peor! dijo el rey. ¡Enferma la señora de Egmont, la mujer que disfruta mejor salud en Francia! Tanto peor, tanto peor!

Y separóse el rey del duque de Richelieu como se habia separado de los señores de Choiseul y de Guemenée.

En seguida acabó de dar la vuelta al salon, cumplimentando sobre todo á la señora de Mirepoix, que no dejaba por cierto de estar con alguna zozobra allá en sus adentros.

—Hè aqui el premio de la traicion, dijo el mariscal á su oido; mañana os vereis colmada de honores, mientras que nosotros..... me estremezco solo al pensarlo.

Y el duque exalò un suspiro.

—Pero me parece que vos tambien habeis hecho traicion á los Choiseul, puesto que estais aquì, y habeis jurado....

---Por mi hija, mariscala, por mi pobre Septimania, que por haber sido demasiado fiel acaba de perder la gracia del soberano.

---Demasiado fiel á su padre, replicó la mariscala.

Hizo el duque como que no oía aquella respuesta que podia pasar por un epígrama.

---¿Pero no os parece, mariscala, dijo, que el rey está inquieto?

---Y por cierro que no le faltan razones para estarlo.

---Cómo?

---Son las diez y cuarto.

---Ah! es verdad, y la condesa no viene. ¿Quereis, mariscala, que os diga una cosa?

--Decidla.

--Tengo un temor.

--Cuál?

--Que haya sucedido algun contratiempo á esa pobre condesa. Vos debeis saberlo....

--Yo! y por qué?

---Sin duda, puesto que estabais metida en la conspiracion.

---Pues si he de hablaros con franqneza, duque, respondió la mariscala, tambien yo tengo miedo como vos.

---Nuestra amiga la duquesa es una ruda antagonista que ataca huyendo, á la manera de los Partos, puesto que ella ha huido. Mirad al señor de Choiseul cuan inquieto está á pesar de los esfuerzos que hace para aparecer tranquilo; miradle, no puede estar en un sitio; no pierde de vista al rey. Veamos, ¿han tramado alguna cosa? Confesádmelo.

—No sé nada, duque, pero soy de vuestra opinion.

—¿Qué fin se proponen con esa trama?

—Ganar tiempo; mañana puede sobrevenir un

suceso imprevisto que retarde indefinidamente esta presentacion. La delfina llega tal vez mañana á Compiegne, en lugar de llegar dentro de cuatro días. Acaso hayan querido ganar el dia de mañana.

—Mariscala, ¿sabeis que vuestra suposicion tiene todo el aire de realidad, pues no llega la condesa?

—Mirad al rey como se impacienta.

—Es la tercera vez que se aproxima á la ventana. El rey sufre realmente.

—Pues peor será ahora.

—Cómo?

—Escuchad. ¿No son las diez y veinte minutos?

—Sì.

—Pues bien, ahora puedo dicìroslo.

—Qué?

La mariscala miró alrededor, y despues dijo en voz baja:

—No vendrá.

—Oh! ¿qué estais diciendo, mariscala? Eso seria un escándalo abominable.

—Materia para un proceso, duque, para un proceso criminal.... capital.... porque habrá en todo esto, lo sé de buena tinta, rapto, violencia, y hasta lesa-majestad, si se quiere. Los Choiseul han jugado el todo por el todo.

—Oh! es una imprudencia por su parte.

—Cómo ha de ser! la pasion los ciega.

—Hé ahí la ventaja de no ser apasionado, de ser como nosotros, mariscala; á lo menos se vé claro.

—Mirad, mirad al rey que se aproxima otra vez á la ventana.

Efectivamente, Luis XV, pensativo, inquieto, irritado, aproximóse á la ventana y apoyò su mano en la falleba y su frente en los vidrios.

Entretanto se oia zumbar como el murmullo del follaje antes de la tempestad las conversaciones de los cortesanos.

Todos los ojos se dirigian del reloj al rey.

El reloj dió la media y el señor de Maupeon se acercó al rey.

—Hermoso tiempo, señor, dijo tímidamente.

—Soberbio, soberbio.—¿Comprendeis algo de esto, señor de Maupeon?

—De qué, señor?

—De esta tardanza.—Pobre condesa!

—Preciso es que haya enfermado, señor, dijo el canciller.

—Concíbese muy bien que la señora de Grámmont esté enferma, que lo esté tambien la señora de Guemenée y hasta la señora de Egmont, pero no se concibe que lo esté la condesa.

—Señor, una emocion fuerte puede poner enfermo á cualquiera, ¡y la alegria de la condesa era tan grande!..

—Ah! está visto, dijo Luis XV meneando la cabeza está visto; ya no viene.

Aunque el rey pronunció estas últimas palabras en voz baja, tal era el silencio que entonces reinaba que casi todos los concurrentes las oyeron.

Sin embargo, aun no habian tenido tiempo para

contestar á ellas siquiera con el pensamiento, cuando resonò bajo las bóvedas del pórtico un gran ruido de coches.

Todas las cabezas oscilaron; todos los ojos se interrogaron mùtuamente.

Separóse el rey de la ventana y fué á situarse en medio del salon para ver á travès de la galeria.

--Mucho temo que sea alguna mala nueva, dijo la mariscala al oido del duque, que disimuló sonriéndose ligeramente.

De repente, la fisonomía del rey se animò y sus ojos despidieron un brillo no acostumbrado.

--La señora condesa Dubarry! gritò el ujier al maestro de ceremonias.

--La señora condesa de Bearne!

Estos dos nombres hicieron palpitar todos los corazones con sensacion muy diferente. Una oleada de cortesanos, invenciblemente empujada por la curiosidad, avanzó hácia el rey.

La señora de Mirepoix fué la que mas se aproximó al monarca.

--Oh! Qué hermosa es! Qué hermosa es! esclamó la mariscala juntando las manos como si se dispusiera á algun acto de adoracion.

El rey se volvió y miró sonriéndose á la mariscala.

---No es una mujer, dijo el duque de Richelieu, es una hada.

El rey respondió con una sonrisa á la galanteria del viejo cortesano.

Y era verdad, nunca habia estado mas bella la condesa, suavidad semejante de espresion, ni mirada mas modesta, ni talle mas elegante, ni aire mas noble, había escitado la admiracion en el salon de la reina que sin embargo era, como hemos dicho, el salon de las presentaciones.

Bella hasta el encanto, rica y sin fausto, peinada sobre todo de una manera deslumbradora, la condesa avanzaba llevada de la mano por la Sra. de Bearne, que á pesar de sus crueles dolores, no cojeaba, ni pestañeaba; pero cuyo arrebol se destacaba por átomos secos; tanto era lo que la vida se retiraba de su rostro, y tan dolorosamente temblaba en ella cada fibra al menor movimiento de su pierna herida.

Nadie pudo menos de fijar los ojos en aquel grupo estraño.

La anciana señora, escotada como en los tiempos de su juventud, con su peinado de un piè de alto, sus grandes ojos hundidos y brillantes como los de una zumaya, su vestido magnìfico y su andar de esqueleto, parecia la imágen del tiempo pasado dando la mano á la personificacion del tiempo presente.

Aquella dignidad seca y fria guiando á la gracia voluptuosa y decente, llenò de admiracion y de asombro sobre todo á la mayor parte de los concurrentes.

Era tanto y tan notable el contraste, que hasta le pareció al rey que la señora de Bearne le traia á su querida mas jóven, mas fresca y mas risueña de lo que hasta entonces la habia visto.

Este fué el motivo porque en el momento en que

segun la etiqueta, doblaba la condesa la rodilla para besar la mano del rey, Luis XV la cogió por el brazo y la levantó diciéndole palabras tan dulces y lisonjeras, que recompensaron lo mucho que habia sufrido en el espacio de quince dias.

—A mis pies, condesa, dijo el rey; yo soy quien deberia y, sobre todo, quisiera estar á los vuestros.

Al mismo tiempo, el rey abrió los brazos, como exigia el ceremonial; pero en lugar de fingir que abrazaba, en esta ocasion abrazó realmente.

—Teneis una ahijada muy hermosa, condesa, dijo á la señora de Bearne; pero tambien ella tiene una madrina muy noble, que mucho celebro ver en mi córte.

—Id á saludar á mis hijas, condesa, dijo el rey en voz baja á la señora Dubarry, y probadles que sabeis hacer la revencia. Espero que no quedareis descontenta de la que ellas os harán.

Continuaron las dos damas su marcha por medio de un gran espacio vacío, pero que las centelleantes miradas parecian llenar de llamas abrasadoras.

Al ver las tres hijas del rey que la señora Dubarry se aproximaba á ellas, pusièronse en pié como impulsadas por un resorte, y aguardaron.

Luis XV fijos sus ojos en las princesas, les recomendaba la política y la cortesanía.

Sin embargo de hallarse un poco conmovidas, hicieron las princesas á la señora Dubarry la reverencia que el ceremonial exigia. Esta á su vez se inclinó mucho mas de lo que mandaba la etiqueta, siendo seme-

jante accion tan del gusto de las princesas y quedando tan sumamente encantadas que la abrazaron, como habia hecho el rey, con una cordialidad de la que S. M. se mostró no poco satisfecho.

Desde entonces pudo contar la condesa su triunfo como seguro, y fué preciso que los mas lentos ó los menos diestros de los cortesanos esperasen una hora antes de hacer llegar sus saludos á la reina de la fiesta.

Esta, sin ceño, sin cólera y sin recriminacion, recibiò todas las felicitaciones, olvidando al parecer todos sus resentimientos: y en verdad que nada habia finjido en aquella magnánima benevolencia; pues su corazon rebosaba de alegria, y en tales momentos no era ocupado por ningun sentimiento de ódio.

El señor de Richelieu era el mismo vencedor de Mahon: sabia maniobrar. Mientras que los cortesanos vulgares permanecian, durante las reverencias, en sus puestos, y esperaban el resultado de la presentacion para incensar ó denigrar al ídolo, el mariscal habia ido á tomar posesion detrás de la silla de la condesa, y semejante al guia de caballeria que vá á plantarse á cien toesas en el llano para esperar que se desplegue una fila en su punto exacto de conversion, el duque esperaba á la señora Dubarry, y debia naturalmente hallarse cerca de ella sin que nadie pudiera ponerle obstáculo.

Por lo que toca á la señora de Mirepoix, sabedora de lo bien que á su amigo le habian salido todas las empresas de guerra, imitó aquella maniobra, y

habia aprocsimado insensiblemente su silla á la de la condesa.

No tardaron en empezarse varias conversaciones en todos los grupos, pasando en berlina, como vulgarmente se dice, á la señora Dubarry.

Apoyada esta por el amor del rey, por la acogida afectuosa de las princesas y por la presencia de su madrina, dirigiò una mirada menos tímida á los hombres colocados alrededor del rey, y segura de su posicion, buscó á sus enemigas entre las mujeres.

Un cuerpo opaco interpúsose entre ella y el objeto á donde iba á dirigir sus miradas.

--Ay! señor duque, dijo, era preciso que viniera aqui para veros.

---¿Cómo podeis creer tal cosa, señora? preguntó el duque.

---Sì, hace ocho dias que no se os vé ni en Versalles, ni en Paris ni en Luciennes.

---Es que alimentaba la ilusion de veros aqui esta noche, contestó el viejo cortesano.

--¿Quizá lo preveíais?

--No solo lo preveia, si que estaba seguro.

--Es verdad, duque, que no os perdono que sabiendo eso, no me hayais avisado, á mì, que soi vuestra amiga y que nada sabia.

---¿Será posible, señora? dijo el duque, ¿no sabiais que debiais venir aquí?

--No; estaba poco mas ò menos en la posicion de Esopo cuando un alguacil le detuvo en la calle: «A dónde vais? le preguntò.--No lo sé, respondiò el

fábulista.--¡Ah! ¿de veras? en ese caso iréis á la cárcel.»--Ya veis que no sabia donde iba. Del mismo modo duque, podria yo creer que iba á Versalles; pero no estaba muy segura para decirlo y hé aquí por que me hubierais hecho un favor con venir á verme.... pero..... ahora no faltareis..... ¿verdad que no?

—Señora, dijo Richelieu sin mostrarse alterado por la burla, no comprendo bien por qué no estábais segura de venir aquí.

—Voy á decíroslo, porque estaba rodeada de celadas.

Y miró fijamente al duque, que imperturbablemente y con la mayor serenidad sostuvo aquella mirada.

—¡De celadas! ¡Oh, Dios mio! ¿Que me decìs, condesa?

—En primer lugar, me han robado mi peluquero.

—¡Calle! ¡vuestro peluquero! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

—No es broma; hablo formalmente.

—Entonces ¿habia mas, señora, que mandármelo á decir? Yo os hubiera enviado, pero os suplico que hablemos mas bajo, os hubiera enviado una perla, un tesoro que la señora de Egmont ha descubierto, un artista muy superior á todos los peluqueros: mi buen Leonardo.

—¡Leonardo! esclamó la señora Dubarry.

—Sí; un hombrecillo que peinaba á Septimania, y que oculta á todos los ojos, como Harpagon su tesoro. Por lo demas, no debeis quejaros, condesa pues que estais admirablemente peinada, ¡y cosa singular

el dibujo de ese peinado se asemeja al croquis que la señora Egmont pidió ayer á Boucher, y de que pensaba servirse ella misma, sino hnbiera caido enferma. ¡Pobre Septimania!

Estremecióse ligeramente la condesa y clavó sus ojos en los del duque, pero la fisonomìa de este permaneciò risueña é impenetrable.

--Perdonad, condesa, os he interrumpido; ¿hablábais de celadas á lo que creo?....

--Sì, despues de haberme robado mi peluquero, me han sustraido mi magnífico vestido.

--¡Oh! eso es odioso; pero os podiais pasar sin el que os han quitado, pues os veo vestida con una tela riquísima..... Es de seda de china ¿verdad? pues bien, si os hubiérais dignado dirijiros á mí en medio de vuestro apuro como me lisongeo haréis en lo sucesivo, os hubiera enviado el vestido que mi hija habia mandado hacer para su presentacion, y que era tan parecido á este como una gota de agua á otra, casi podria decirse que es el mismo.

Cogiò la condesa Dubarry las dos manos del duque, pues mepezaba á comprender quién era el encantador que le habia sacado de su conflicto.

—¿Sabeis en qué coche he venido, duque?

—No, pero me figuro que será en el vuestro.

—Duque, me habian robado mi coche, lo propio que mi vestido y que mi peluquero.

—¿Pues entonces se habia tramado una conspiracion general contra vos? ¿ Y en què coche habeis venido?

—Decidme primero como es el coche de la señora de Egmont.

—Si mal no me acuerdo, parèceme que previendo la solemnidad de esta noche, habia mandado hacer uno forrado de raso blanco; pero no ha habido tiempo para pintar sus armas.

—Sí, en efecto, una rosa se hace mas pronto que un escudo. Los Richelieu y los Egmont tienen armas muy complicadas. Duque, sois un encantador.

Y le presentò su dos manos, de las que el viejo cortesano se hizo una máscara tibia y perfumada.

De repente, en medio de los besos con que las cubria, sintió el duque temblar las manos de la señora Dubarry.

—¿Qué teneis? preguntó mirando á su alrededor.

—Duque...dijo la condesa con una mirada de asombro.

—Y qué?

—¿Quién es ese hombre que está allì, junto al señor de Guemenée?

—¿Aquel que viste con uniforme de oficial prusiano?

—Sì.

—Aquel hombre moreno, de ojos negros y de espresiva fisonomía?

—Sí, sì.

—Es, condesa, un oficial superior que S. M. el rey de Prusia envia aquí sin duda para honrar vuestra presentacion.

—Pues no tengais la menor duda; ese hombre, duque, ha estado ya en Francia hace tres ó cuatro años; ese hombre, que no habia podido encontrar, y á quien he buscado por todas partes, no es la primera vez que le veo; ¡Oh! si, le reconozco.

---Os equivocais, condesa, ese es el conde de Fenix, un estrangero que ha llegado ayer ó antes de ayer.

—¿Reparais como me mira, duque?

—Todo el mundo os mira, señora; ¡estais tan bella.

—Estais viendo? parece que me saluda.

—Todo el mundo os saludará, si no os han saludado ya todos, condesa.

Pero la condesa, dominada por una emocion estraordinaria, no prestaba oido á las lisonjas del duque, y clavados los ojos en el hombre que habia cautivado su atencion, dejó como á pesar suyo á su interlocutor para dar algunos pasos hácia el desconocido.

El rey, que no la perdia de vista, notó este movimiento; creyó que ella reclamaba su presencia, y como ya por mucho tiempo habia observado la mas rigurosa etiqueta, manteniéndose apartado de ella, se aproximó para felicitarla.

La preocupacion que de la condesa se habia apoderado era sin embargo demasiado fuerte para que pudiera fijar su imaginacion en otro objeto.

---Señor, dijo, ¿quién es ese oficial prusiano que vuelve la espalda en este mismo momento al señor de Guemenée?

--¿Aquel que ahora precisamente tiene fijos los ojos en nosotros? preguntó Luis XV.

---Sí, contestó la condesa.

--Es un enviado de mi primo el rey de Prusia; algun filòsofo como èl. Le he hecho venir esta noche porque queria que la filosofia prusiana consagrase el triunfo de Cotillon III por medio de embajador.

--¿Y su nombre, señor?

--Aguardad á que me acuerde, y el rey quedó un breve rato pensativo. ¡ah! ya estoy... se llama el conde de Fenix.

--¡El es! murmurò la señora Dubarry; él es, estoy segura de ello.

El rey esperò algunos segundos para dar á la señora Dubarry tiempo de hacerle nuevas preguntas; pero viendo que guardaba silencio:

--Señoras, dijo alzando la voz, mañana llega la señora delfina á Compiegne. S. A. R. será recibida á las doce en punto: todas las damas *presentadas* se pondrán en camino, escepto las que se hallan enfermas; porque el viaje es molesto, y la señora delfina no querria agravar las indisposiciones.

Pronunció el rey estas palabras mirando con severidad á los señores de Choiseul, de Guemenée y de Richelieu.

El mas aterrador silencio reinó en torno del rey pues el significado de las régias palabras habia sido comprendido perfectamente: este significado era que todos aquellos á quienes el rey se dirigia, habian caido de su real gracia.

--Señor, dijo la condesa Dubarry, que habia permanecido al lado del rey, os pido gracia para la condesa de Egmont.

—¿Y por qué?

—Porque es la hija del duque de Richelieu, y el señor de Richelieu es mi mas fiel amigo.

—¿Richelieu?

—Estoy segura de ello.

—Harè lo que gusteis, condesa, dijo el rey.

Y aproximándose al mariscal, que no habia perdido de vista un solo movimiento de los lábios de la condesa, y que si no habia oido, á lo menos habia adivinado lo que acaba de decir:

—Espero, mi querido duque, dijo, que la señora de Egmont estará restablecida para mañana.

—Ciertamente, señor, y si V. M. lo desea lo estará para esta noche.

Y Richelieu saludò al rey de un modo que espresaba al propio tiempo que su gratitud, su respeto.

Inclinòse el rey al oido de la condesa y le dijo una palabra en voz baja.

—Señor, respondio esta haciendo una reverencia acompañada de la mas graciosa sonrisa, soy vuestra humilde sùbdita.

El rey saludó á todos con la mano y se retiró á sus habitaciones.

Apenas habia pasado el umbral del salon, cuando los ojos de la condesa volvieron á fijarse mas espantados que nunca sobre aquel hombre singular que tan vivamente la preocupaba.

Este hombre se inclinó como los demas al pasar el rey; pero aunque saludò, su frente conservaba una singular espresion de altivez y casi de amenaza. En seguida, asi que Luis XV hubo desaparecido, abriéndose calle entre los grupos, vino á pararse á dos pasos de la señora Dubarry.

La condesa por su parte, arrastrada por una invencible curiosidad, dió un paso, de suerte que el desconocido, inclinándose, pudo decirle en voz baja y sin que nadie lo oyese:

—¿Reconocéisme, señora?

—Sí, señor; sois mi profeta de la plaza de Luis Quince.

El desconocido fijó entonces en ella su mirada límpida y segura.

—Y bien, ¿os mentí, señora, cuando os predije que seriais reina de Francia?

—No, caballero; vuestra prediccion está cumplida, ó casi cumplida á lo menos. Tambien yo por mi parte estoy dispuesta á cumplir mi compromiso. Hablad, caballero. ¿Qué es lo que anhelais?

—No es este el sitio mas á apropósito para hablar, señora, y por otra parte, no ha llegado todavia el tiempo de haceros mi peticion.

—En cualquier tiempo que me hagais esa peticion me hallareis pronta á satisfacerla.

—¿Podré en cualquier tiempo, en cualquier sitio y á cualquiera hora penetrar hasta vos, señora?

—Os lo prometo.

—Gracias.

—Pero, ¿bajo qué nombre os presentaréis? ¿bajo el del conde de Fenix?

—No, sino bajo el de José Bálsamo.

—¡José Bálsamo!.... repitió la condesa, mientras que el misterioso estrangero se perdia en medio de los grupos. ¡José Bálsamo! Bueno; no se me olvidará.

XXXIX.

Compiegne.

A la mañana siguiente Compiegne despertó alegre y risueño, por mejor decir, Compiegne no se acostó.

Desde la víspera la vanguardia de la casa del rey habia dispuesto sus alojamientos en la ciudad, y en tanto que los oficiales se enteraban de sus respectivas habitaciones, los comisionados, de acuerdo con el intendente de palacio, preparaban la ciudad al gran honor que iba á recibir.

Verdes arcos de triunfo formados de ramajes, macetas de rosas y lilas, inscripciones latinas, francesas y alemanas tanto en verso como en prosa, ocuparon á la municipalidad todo un dia.

Las jóvenes vestidas de blanco, segun el uso inmemorial, los regidores vestidos de negro, los frailes

franciscanos vestidos de gris, el clero adornado con sus hábitos mas ricos y los soldados y oficiales de la guarnicion con sus uniformes nuevos, ocuparon sus respectivos puestos, preparados todos á marchar tan pronto como se diera aviso de la llegada de la princesa.

El delfin, que habia partido desde la víspera, llegó de incógnito á las once de la noche con sus dos hermanos. Apenas amaneciò montó á caballo sin distincion alguna, como si hubiese sido un simple particular, y acompañado del conde de Provenza y del de Artois, el uno de quince años de edad y el otro de trece, tomó al galope el camino de Ribecourt que era el mismo por donde la delfina debia pasar.

Forzoso será confesar que tan galante idea no habia ocurrido al jòven príncipe, sino á su ayo el señor de Lavauguyon, que enviado desde la víspera por el rey habia recibido de Luis XV el encargo de instruir á su augusto alumno en todos los deberes que le impondrian las veinte y cuatro hora que iban á transcurrir.

Para sostener, pues, en todo punto el honor de la monarquía, el señor de Lavauguyon habia juzgado oportuno hacer seguir al duque de Berry el ejemplo tradicional de los reyes de su dinastía Enrique V., Luis XII, Luis XIV y Luis XV, los cuales habian querido ver por sí mismos, sin la ilusion del adorno, á sus futuras esposas, menos preparadas en medio del camino á sostener el exámen de un esposo.

Montados en bravos corceles, anduvieron tres ó cuatro leguas en media hora. Grave y sèria era la fisonomìa del delfin; risueña la de sus hermanos! A las

ocho y media estaban de vuelta en la ciudad. El delfin sério, como habia salido, el conde de Provenza taciturno, y solo el conde de Artois mas alegre que estaba por la mañana: y la razon era porque el duque de Berry estaba inquieto, el conde de Provenza envidioso y el conde de Artois encantado de una sola cosa: la de hallar tan bella á la delfina.

El carácter grave, envidioso, é insustancial de los tres principes, se traslucia en la fisonomia de cada uno de ellos.

Las diez sonaban en el reloj de la casa municipal de Compiegne, cuando el vijia vió izar sobre el campanario del pueblo de Claives la bandera blanca que debia desplegaree al descubrir á la delfina.

Sonò en el mismo instante la campana de aviso, señal á que contestó un cañonazo disparado desde el castillo.

En el mismo momento, como si el rey no hubiese esperado mas que este aviso, subió á su coche tirado por ocho caballos, seguido por la imensa multitud de coches de su còrte.

Los gendarmes y los dragones abrian al galope aquella multitud impelida por el deseo de ver al rey y el de salir á recibir á la delfina.

Mas de cien carruajes, tirado cada uno por cuatro caballos y ocupando casi el espacio de una legua, conducian á cuatrocientas damas y otros tantos señores de la mas alta nobleza de Francia. Escoltaban á estos cien coches batidores, correos, pages, lacayos y multitud de criados. Los gentil-hombres de la casa del

rey iban á caballo y formaban un ejército brillante que deslumbraba en medio del polvo levantado por los cascos de los caballos, como un rio de terciopelo, de oro, de plumas y de seda.

Hicieron alto por un momento en Compiegne, saliendo despues de la ciudad al paso para avanzar hasta el límite convenido, que era una cruz colocada en medio del camino á la altura del pueblo de Magny.

Toda la juventud francesa rodeaba al delfin; toda la antigua nobleza acompañaba al rey.

Por lo que toca á la delfina, que no habia mudado de coche, avanzó con paso calculado hácia el límite convenido.

Reuniéronse al fin las dos comitivas, y en un abrir y cerrar de ojos quedaron vacíos todos los coches; apeáronse los cortesanos de una y otra parte, y solo quedaron ocupados dos coches, el del rey y el de la delfina.

Abrióse la portezuela del coche de la delfina y la jóven archiduquesa saltò ligeramente á tierra, avanzándose hácia la portezuela del coche real.

Asi que vió Luis XV á la princesa su nuera, hizo abrir la portezuela de su coche y se apeó á su vez con precipitacion.

Con tanto acierto habia la delfina calculado la distancia, que en el momento de poner el rey el pié en tierra se echó de rodillas.

El rey se inclinó, levantò á la jóven princesa y la abrazó tiernamente, dirigiéndola una mirada que la hizo ruborizar.

—¡Señor delfin! dijo el rey mostrando á Maria

Antonieta al duque de Berry, que permanecia detrás de ella, sin que hasta entonces le hubiese visto, á lo menos oficialmente.

La delfina hizo una graciosa reverencia, que le devolvió el delfin, ruborizándose á su vez.

Despues del delfin vinieron sus dos hermanos, y detrás de los dos hermanos las tres hijas del rey.

La delfina halló una palabra afectuosa para cada uno de los dos príncipes y para cada una de las tres princesas.

El rey cojió á la jóven princesa de la mano para llevarla á su coche, y conducida de este modo pasò por delante del señor de Choiseul. ¿Le vió ella ó no le vió? es imposible decirlo; pero lo que hubo de cierto fuè que no hizo la delfina ni con la mano ni con la cabeza señal alguna que se pareciera á un saludo.

Acercòse Dubarry á la portezuela del coche de su hermana; esta le recibió con el rostro risueño, pues esperaba todas sus felitaciones.

—¿Sabeis, Juana, le dijo mostrándole con el dedo un caballero que hablaba en uno de los coches de la comitiva de la delfina, sabeis quien es aquel jóven?

—No, dijo la condesa; pero, sabeis lo que ha contestado la delfina cuando el rey me presentó á ella?

—No se trata de eso. Aquel jóven es Felipe de Taverney.

—¿El que os dió la estocada?

---El mismo. ¿Y sabeis quién es esa admirable criatura con la cual está hablando?

--Esa jóven tan pálida y tan majestuosa?

--Sí, á quien el rey mira en este momento, y cuyo nombre segun todas las probabilidades pregunta á la delfina?

---Y bien!

---Es la hermana,

---Ah! esclamò la señora Dubarry.

--Escuchad, Juana; no sé por qué, pero me parece que debeis desconfiar tanto de la hermana, como yo del hermano.

---Estais loco?

---Soy prudente. De todos modos, tendré cuidado con el mozo.

—Y yo no perderé de vista á la niña.

—Chit! dijo Juan; ahì viene nuestro amigo el duque de Richelieu.

Efectivamente, el duque se aproximaba meneando la cabeza.

—Qué teneis, mi querido duque? preguntó la condesa con encantadora sonrisa; parece como si estuvieseis disgustado.

--Condesa, dijo el duque, ¿no os parece que estamos todos muy graves, y hasta tristes, para circunstancias tan alegres como las en que nos hallamos? En otro tiempo, me acuerdo muy bien, salimos á recibir á una princesa amable como esta y hermosa como esta, la madre de monseñor el delfin, y estábamos mas alegres. ¿Seria por que éramos mas jóvenes?

--No, dijo una voz detrás del duque, mi querido mariscal, consiste en que la monarquìa era menos vieja.

Todos los que oyeron esta palabra no pudieron ni fueron dueños de reprimir una especie de estremecimiento. El duque se volvió y viò á un viejo gentilhombre de elegante continente que con sonrisa misantròpica le ponia una mano sobre el hombro.

—Dios mio! esclamó el duque, es el baron de Taverney! condesa, añadió en seguida, os presento á uno de mis amigos mas antiguos, para el cual os pido toda vuestra benevolencia; el baron de Taverney Casa-Roja.

—Es el padre! murmuraron á un tiempo Juan y la condesa.

—¡Al coche, señores, al coche! gritò en aquel momento el mayor de la casa del rey que mandaba la escolta.

Los dos viejos gentil-hombres hicierou un saludo á la condesa y al vizconde, y se encaminaron al mismo carruaje, contentos ambos de volver á verse despues de una ausencia tan larga.

—¿Quieres que te diga lo que siento, hermana? tanto me disgusta el padre como los hijos, dijo el vizconde.

—Que lástima, dijo la condesa, que ese pequeño oso de Gilberto haya desaparecido, porque él nos hubiera dado informes sobre todo eso, ya que se ha educado en la casa!

—Bah! dijo Juan, ya le encontrarémos, ahora que no tenemos que hacer otra cosa.

La conversacion fuè interrumpida por el movimiento de los coches.

Al dia siguente, despues de haber dormido en Compiegne, las dos còrtes, ocaso de un siglo y aurora de otro, dirigíanse mezcladas y confundidas hácia París, insondable abismo que abria ya su ancha boca pronto á devorarlos á todos.

FIN DEL TOMO TERCERO Y DE LA PRIMERA PARTE.